CARLOS MARIA GUTIERREZ

EN LA SIERRA MAESTRA Y OTROS REPORTAJES

EDICIONES TAURO

80

EN LA SIERRA MAESTRA Y OTROS REPORTAJES

0

EDICIONES TAURO S. R. L.
Misiones 1290 — Tel. 98 68 59
MONTEVIDEO - URUGUAY - 1967
Copyright by Carlos María Gutiérrez
Carátula y diagramación: Horacio Añón
Queda hecho el depósito que marca la ley

EN LA SIERRA MAESTRA Y OTROS REPORTAJES

CARLOS MARIA GUTIERREZ

EDICIONES TAURO

A MARIA PAZ, MAESTRA RURAL

Advertencia

Lo primero que verificará el lector en esta recopilación de crónicas es la diversidad de estilos. Ello no obedece tanto al hecho —también cierto— de que en el transcurso de la década que las incluye el autor haya ido aprendiendo lentamente a escribir, como a las disímiles urgencias y oportunidades que un corresponsal debe manejar en el extranjero. Alguno de estos reportajes fue compuesto al regreso de un viaje, en la tranquilidad de un estudio con biblioteca de consulta a mano; la mayoría, sin embargo, debieron redactarse a escasas horas de la salida del último avión; otros, en fin, sufrieron la reducción gramatical de los despachos cablegráficos y, una vez en el diario que los esperaba al límite del cierre de la edición, algún colega cordialmente apurado les restituyó como pudo artículos y conjunciones. En lo posible, he revisado esos textos, les he dado continuidad y he corregido en lo que estaba a mi alcance los desaliños de la prosa periodística. Cuidé, al hacerlo, que la espontaneidad del juicio o los hechos no sufrieran deterioro. Las notas al pie señaladas con asteriscos existían en el original; las numeradas se agregaron a esta edición, como media de actualizar o clarificar algunas informaciones.

Siempre me ha preocupado el grado de incomunicación que puede existir entre el estado de ánimo con que un corresponsal en el extranjero escribe su nota y el que el consumidor de diarios o revistas —aposentado en su sillón preferido o colgado del pasamanos del ómnibus— utiliza para leerla. Ese décalage *es uno de mis complejos profesionales y creo que el de muchos colegas. Por ello, en esta recopilación he añadido una breve introducción a cada reportaje, intentando describir los orígenes del mismo y su circunstancia. Creo que puede ser útil para que el lector se aproxime algo más a las intenciones del cronista.*

Anoto, finalmente, un descargo para la profesión: el trabajo de un periodista no depende solamente, como en los casos del novelista o el poeta, de un estado espiritual; excusándome por la vulgaridad, debo afirmar que también intervienen factores más prosaicos: el cansancio físico, el frío, el dolor de pies, la falta de dinero, el miedo. Escribí la entrevista con los peronistas prófugos mientras tiritaba a varios grados bajo cero en una casilla de madera de Punta Arenas, vestido con la misma ropa de verano que vestía cuarenta y ocho horas antes, al salir precipitadamente de Montevideo. Cuando conversaba con Fidel Castro en un remoto valle de la Sierra Maestra, debo confesar que no pensaba tanto en la esotérica noción de haber logrado un reportaje que dos meses antes me parecía imposible, como en ciertos dedos congelados después de doce días de escalar sierras y vadear pantanos sin quitarme las botas. Algún arresto a culatazos por soldados que no entendían otro idioma, los puntapiés de un policía enfurecido, la soledad de los cuartos de hotel, las pequeñas catástrofes motivadas por un giro que no llega a tiempo, son otras condicionantes del enervamiento, la depresión o el juicio superficial que corren en las entrelíneas de un corresponsal y a veces desorientan al lector. Que todo eso me sea tenido en cuenta.

PERON, EL PROFUGO

ACCION — 3/X/1955

En setiembre de 1955, cuando Buenos Aires fue bloqueada por la escuadra del almirante Isaac Rojas, se advirtió que la caída de Juan Domingo Perón era asunto de horas. La Marina uruguaya impedía la salida de embarcaciones hacia Buenos Aires, los aeropuertos estaban cerrados y dos cañoneras argentinas prohibían la navegación por la desembocadura del Paraná. Leonidas Piria, el fotógrafo Mauricio Tokman (ambos de La Mañana*) y yo, alquilamos en Nueva Palmira los servicios de un contrabandista y su bote, para cruzar de noche el río de la Plata. Después de haber pasado silenciosamente entre los haces de luces de las cañoneras y ya a mitad del camino, el contrabandista se asustó, declaró que se volvía y nos abandonó en una isla del Delta. Perdidos, demoramos un día más en llegar a Buenos Aires. Cuando desembarcamos en San Isidro —sucios, hambrientos y barbudos— Perón ya había huído, Lonardi era presidente y nuestros colegas uruguayos (venidos cómodamente en un avión comercial fletado al efecto) confraternizaban en el bar de un hotel en la calle Florida y habían cubierto el derrocamiento antes que nosotros. El fracaso me hizo ir a Asunción, para asistir a la llegada del gobernante depuesto, con un vago resentimiento personal contra el hombre, que no se justificaba pero que se transparenta en esta nota.*

ASUNCION DEL PARAGUAY

Eran las 17.54. Frente a la especie de arco triunfal pintado de amarillo que señala la entrada al aeródromo militar de Campo Grande, estaban reunidos una cincuentena de curiosos y algunos automóviles. El gran De Soto negro con la chapa 3201 apareció de improviso, a toda velocidad, en medio de una nube de polvo y haciendo sonar ininterrumpidamente la bocina. Frenó para esquivar un fotógrafo demasiado audaz, patinó y volvió a enderezarse, tomando la carretera hacia Asunción. En el asiento de adelante iban el jefe de la Policía paraguaya, Mario Ortega y un agente; en el trasero, sonriendo y saludando con la mano entre el embajador Chávez y un oficial ceñudo, pasó Juan Domingo Perón, el ex dictador argentino, que entraba a su país de asilo. Román Jiménez, de la Associated Press de Buenos Aires, tuvo tiempo de lanzarle por la ventanilla el insulto más terrible; un núcleo de curiosos aplaudió débilmente.

Esta segundo entrada al Paraguay —drámatica en sí, pero a la que los recursos utilizados para despistar a la prensa añadieron un tono de farsa— no tuvo, como la primera, multitudes agrupadas a lo largo de la avenida Presidente Stroessner que vitorearan a Perón y a Evita, destacamentos de policías de investigaciones

argentinos y casas engalanadas con banderas. El profuso cartel de la otra vez (retratos de los dos presidentes y la leyenda "Bienvenido el general Perón") ya había sido arrancado de casi todas las paredes de Asunción, inclusive las del consulado argentino en la calle Palma. Salvo las jóvenes señoras que, con los niños y las mucamas, se trasladaron en veinte o treinta autos al aeropuerto —más bien en paseo dominical— los testigos de la llegada de Perón fueron los corresponsales extranjeros, los funcionarios y algunos campesinos. (Hubo otro testigo más importante, pero eso viene después).

La farsa —eso lo supimos recién doce horas más tarde— comenzó el sábado de noche en el aeropuerto civil, cuando el canciller Sánchez Quell, conversando mano a mano con periodistas uruguayos en una entrevista no oficial, aseguró que hasta el lunes 3 no vendría nadie desde Buenos Aires, debido al feriado que interrumpía trámites administrativos. El capitán de la Fuerza Aérea paraguaya Leo Novak —presunto transportador de Perón— había llegado hacía unos minutos desde la capital argentina, en un DC3. Cuando subí a la cabina del avión para pedirle noticias, imitó magníficamente varios bostezos y declaró que estaba listo para otro vuelo, pero también seguro de dormir tranquilo en Asunción hasta el lunes.

Desde cinco días atrás nadie confiaba en las declaraciones de los círculos oficiales. Pero allí, a medianoche, con Sánchez Quell retirándose hacia la ciudad, Novak dirigiéndose a dormir en la base de Campo Grande y el DC3 carreteando hacia un hangar, la **mise en scène** era casi perfecta.

Todo lo que sigue fue reconstruído recién ayer de noche, en una mesa redonda de cronistas con cara larga, que iban atando cabos lentamente. Aún previendo que Perón llegaría de sorpresa, nadie pudo confirmarlo en un país donde los funcionarios no reciben a nadie, los diarios publican caprichosos resúmenes con lo menos importante y los empleados del telégrafo tiran al canasto los despachos de prensa o, simplemente, suspenden el circuito por doce horas "para estudiar los textos en envío."

Cuando dejó a los periodistas, Novak no fue a dormir, sino a preparar el anfibio Catalina, para volar nuevamente a Buenos Aires. El viaje del que regresaba había sido la primera tentativa de recoger a Perón. Pero aterrizó en el aeroparque de Palermo y entonces, para trasladarse de la cañonera a tierra firme, Perón

pidió garantías. Quizás no le pareció suficiente la respuesta del canciller Mario Amadeo. Lo cierto fue que prefirió no abandonar el barco paraguayo que lo asilaba en Puerto Nuevo; Novak debió volver solo, a cambiar el DC3 por el Catalina que le permitiría amarar junto a la cañonera.

A las 5.40 de la mañana del domingo, mientras en el hotel Colonial unos periodistas dormían y otros tecleaban el despacho siguiente, el Catalina despegó secretamente de Campo Grande y se dirigió al Sur.

El domingo de mañana las asunceñas comenzaron a desfilar como de costumbre, dirigiéndose a misa de once. En la plaza de los Héroes los conscriptos hacían lustrar sus botas por los pilluelos, mientras sorbían en la latita de tereré cebado con el agua de las canillas de los canteros; al costado de la Estación de Ferrocarril, las vendedoras de chipá y refrescos seguían sentadas somnolientamente contra el muro. Asunción estaba más apacible que de ordinario. Hicimos una llamada verificatoria a Sánchez Quell (pretexto: ¿seguirían hoy los campeonatos militares?) y el canciller estaba en su casa. Los periodistas, después de algunas giras al aeropuerto civil Stroessner, se adormecían en el penumbroso vestíbulo del Colonial.

A las 11.45 (en Buenos Aires era una hora más tarde) sonó el teléfono; una mujer preguntaba por el corresponsal de **Acción.** El mensaje quebró la placidez de mi mediodía asunceño: "Soy una paraguaya anti peronista. Dentro de un rato, el avión Catalina recogerá a Perón en el río." "¿Quién conduce el Catalina?" "El capitán Novak." "¿Cómo lo sabe?" "Eso no importa, pero lo sé. Perón estará en Asunción alrededor de las cuatro de la tarde." Y colgó.

Llamadas como éstas habían habido muchas, en los últimos días. Pero ese era un día especial. En la atmósfera demasiada calma de Asunción, en la desusada cordialidad del canciller, en los bostezos exagerados de Novak había esa perfección excesiva que tienen las imitaciones.

Me puse a averiguar cosas; veinte minutos después, un uruguayo residente en Asunción confirmaba haber oído por una radio de Montevideo la noticia del despegue del Catalina; casi en seguida, la teletipo del diario **Tribuna** emitió la noticia de la partida de Perón desde Puerto Nuevo, ocurrida a las 13.15 hora argentina.

¿Por dónde llegaría al Paraguay? Las posibilidades

de puntos de acceso planteaban un problema exasperante. El avión anfibio podía dejar a Perón en cualquier parte: el aeropuerto civil, o la base de Campo Grande, o el hidropuerto de Asunción, o el lago de San Bernardino, o la pista de Paraguarí o una estancia particular. Los caminos paraguayos, en general, no permiten una velocidad mayor de 60 kilómetros por hora; ir a San Bernardino, a Paraguarí o a otro sitio implicaba no regresar hasta la noche y quizás una **panne;** significaba, en todo caso, una dispersión arriesgada. Entonces la suerte vino en ayuda de los cronistas uruguayos. (Los brasileños dormían en su hotel ajenos a todo; los italianos estaban almorzando con el ministro de su país; Cornell Capa, de **Life,** habría ido a visitar una toldería indígena; sólo el gerente de la UP en Chile, venido especialmente a Asunción, estaba en la misma pista que nosotros)

Como primera medida, se había inspeccionado el aeropuerto Stroessner; allí no pasaba nada. La visita siguiente fue a Campo Grande. En la puerta estaban atravesados dos coches militares; motociclistas policiales custodiaban la entrada. Y de pronto, cuando la discusión con el oficial de guardia subía de tono y los centinelas armados comenzaban a enojarse en guaraní, un auto oscuro, sin escolta, entró a toda velocidad en la base, sin detenerse a pedir permiso. Hubo tiempo para reconocer al único ocupante del asiento trasero, un hombre rubio y sonriente, de bigote, con un vistoso uniforme verde lleno de galones dorados y rojos: el presidente del Paraguay, general Alfredo Stroessner. Lentamente, los hechos iban ensamblándose, pero todavía no se vislumbraba la solución de la adivinanza.

Las normas del derecho de asilo y la tradición diplomática prohibían que el primer mandatario recibiera personalmente a Perón. Sánchez Quell lo había explicado la noche anterior. Pero allí estaban los hechos: el Catalina militar viajando hacia Asunción, la base de Campo Grande custodiada especialmente, el presidente Stroessner trasladándose de incógnito al aeródromo. Y de pronto, un cuarto hecho vino a incorporarse al problema: sobre el aeropuerto civil, distante apenas un kilómetro, se vio evolucionar un avión dispuesto al aterrizaje. Por una carretera interna la base militar comunica con el aeropuerto civil. Hubo apenas tiempo de trepar a los coches y salir a la carrera; entre una nube de polvo, el coche del presidente se perdía ya entre los hangares, yendo al encuentro del avión que aterrizaba.

No era el Catalina, pero un cambio de aparatos podía haberse efectuado en cualquier parte del territorio. Ya eran las 16 horas y en el DC3 que aterrizaba podía venir Perón.

Se perdieron algunos minutos en estacionar los autos, sortear alambrados sin atender a los gritos de los subtenientes y correr hacia el lugar de aterrizaje. Cuando los sofocados fotógrafos llegaban primero, ya el automóvil del presidente volvía sólo con el chofer; el avión, sin haber detenido los motores, enfilaba la pista para salir nuevamente. El general Stroessner salía por aire de Asunción, en viaje no oficial, aproximadamente a la hora en que el dictador depuesto llegaba al Paraguay.

Aquí se confundían nuevamente los datos. Stroessner podía haber ido a cualquiera de los puntos anteriormente citados, para recibir al Catalina. Otra vez chocábamos contra el mutismo, los actos incomprensibles y los indicios falsos que caracterizaban en esa semana a la intranquila dictadura paraguaya. No sabíamos, sin embargo, que estábamos muy cerca de la verdad. Cambiábamos febrilmente puntos de vista, calculábamos horarios, inquiríamos si con viento de cola el Catalina podría haber empleado sólo cuatro horas desde Buenos Aires, pedíamos asesoramiento sobre el posible balizaje de aeródromos chicos para un aterrizaje nocturno.

Mientras tanto, el avión a cargo de Leo Novak y conduciendo a Perón y al embajador paraguayo Chávez, estaba cruzando la frontera y el presidente Stroessner, respetando las normas diplomáticas y cumpliendo los deberes de su amistad con el asilado, no recibía a Perón personalmente, pero lo encontraba a mitad de camino y se entrevistaba con él por radio. Con estrategia militar el mandatario paraguayo había solucionado el problema.

La idea mejor, si se quería ver a Perón, era esperarlo en el aeropuerto civil. Se aproximaban las seis de la tarde y la luz iba declinando. El miedo de Perón a los viajes aéreos (nunca viajó en avión durante su gobierno) debía tenerse en cuenta para descartar un aterrizaje nocturno en pistas inapropiadas lejos de Asunción. Cada vez más firmemente se creaba la convicción de que el punto de aterrizaje sería la pista común a la base de Campo Grande y al aeropuerto civil.

Paulino, el fotógrafo de **Acción**, dio la pauta de esa seguridad, instalándose en el techo de un automóvil y desplegando el visor de su teleobjetivo. Y a las 17.30,

un punto en el horizonte le otorgó la razón. El anfibio Catalina llegaba a Asunción; algunos centenares de metros más arriba, el transporte militar que llevaba al general Stroessner volaba en círculos.

El Catalina describió un amplio viraje sobre las cabezas de los periodistas y tomó tierra a las 17.45, cruzó frente a las instalaciones civiles y se dirigió rodando hacia la base militar. Hubo una desbandada de autos, que arrancaron en caravana hacia la carretera, para llegar a la salida del aeródromo militar. A fuerza de bocina y de salirse del camino los coches de la prensa llegaron primero. Allí, policías y soldados detenían a los vehículos a cien metros de la puerta, y hubo que trasladarse a pie hasta la entrada. Nadie pudo ingresar al campo, salvo las autoridades militares, los elusivos y socarrones funcionarios de la Secretaría de Prensa de la Presidencia y el enorme coche negro con chofer (presumiblemente particular) que recogería a Perón.

El cameraman argentino Peruzzi (único que filmó el descenso del ex dictador, por encargo del gobierno paraguayo) contó después los detalles. El Catalina se detuvo y Novak, por la ventanilla de la cabina, agitó las manos unidas en señal de triunfo. El amplio bastidor lateral del anfibio fue levantado; primero bajó el embajador Chávez. Luego apareció Perón, sonriente y con expresión descansada, saludando a los presentes. Vestía una campera azul, camisa blanca sin corbata y pantalón claro; estaba tocado con la popular gorra de visera que usaba para sus excursiones en motoneta con las jovencitas estudiantes de Secundaria. El De Soto negro se acercó rápidamente; Perón, Chávez y varios oficiales tomaron ubicación en el coche y partieron a toda velocidad hacia la salida. Ningún equipaje fué cargado en el coche.

Frente al cementerio de la Recoleta, el humilde entierro de un niño campesino (el cajoncito de madera cepillada portado a pie, los deudos descalzos detrás, las mujeres llorosas envueltas en sus rebozos negros como en un cuadro de Blanes) debió dejar el centro de la calle de tierra, ante el paso avasallante del automóvil negro y su cortejo de coches de la prensa.

En el barrio residencial de Asunción, la casa de Ricardo Gayol (un argentino millonario que puso todos sus bienes a disposición del ex dictador, para su estada en el Paraguay) se encontraba con fuerte custodia. Cerrando la cuadra en ambas esquinas, tropas del ejército y patrulleros de la policía arreaban a los curiosos.

Simpáticos **piragüés** —agentes de investigaciones— arrimaban sus oídos a la boca de los periodistas y con aire cándido y distraído se pegaban a sus talones, mirando por encima del hombro las notas que tomábamos.

Cuando llegamos, Perón ya estaba dentro de la casa Gayol, que permanecía con las ventanas clausuradas. En la puerta del parque donde se levantaba la residencia (de un estilo vagamente moderno, pero con los millones delatados en cada ornamento de hierro forjado y en cada escalinata de mármol), soldados con ametralladoras apuntaban al público y, sobre el muro, una larga fila de **piragüés** asomaba las cabezas, en una involuntaria parodia de tiro al blanco. Todas las casas adyacentes habían cerrado sus puertas y verjas; en los jardines, otros policías simulaban infructuosamente ser vecinos curiosos y miraban con fijeza a los periodistas.

En algún momento, me hice el sordo ante los gritos de prevención de los **piragüés** que me habían tocado en el reparto y crucé hasta el portón de la casa. Un hombre bajo, de cara aniñada y sombrero a lo Gardel, me puso una mano en el pecho; era el jefe de policía, Ortega:

—No se puede, señor. Vuelva.

—Quiero solamente que alguien le transmita al general Perón el deseo de los periodistas de entrevistarlo...

—Vuélvase, señor.

—Pero, escúcheme primero...

El empujón no fué muy doloroso, porque atrás me recibieron otros ansiosos **piragüés:**

—¡Que se vaya, le digo! ¡A ver si anda creyendo que soy una criatura, para que me ocupen en mandados!

El lunes por la tarde, el canoso y maquiavélico Ramón Jiménez, secretario de prensa de Stroessner, nos anunció que Perón nos recibiría en la residencia Gayol. A mediodía, un centenar de corresponsales se agrupaban en la vereda calcinada de sol.

A las tres, José Bernabé (al que muchos confundirían con un guitarrero de orilla pero que es, en realidad, Director de Información) hizo de introductor. En el portón pintado de blanco, dos soldados con máuser nos dejaron entrar, uno a uno; un oficial y varios agentes verificaban nuestros documentos y nos cacheaban. Después, otros policías iban agrupándonos en un vestíbulo. A las cuatro, cuando la ceremonia precaucional se había cumplido, pudimos pasar al **living**, to-

dos juntos. Allí, entre sillones tapizados de rojo, con un óleo que representaba a una bella paraguaya aguatera decorando la repisa de la chimenea, Juan Domingo Perón —de pie y fumando un cigarrillo— parecía esperar el pelotón de fusilamiento.

Vestía la ropa deportiva de costumbre. Contra los tonos sobrios de la campera marrón y el pantalón verde olivo se destacaba la corbata roja, quizás un sutil homenaje al partido paraguayo gobernante. No aparenta sus sesenta años casi completos (los cumple el 8). Alto, todavía vigoroso aunque con trazas de enorme agotamiento físico, sin canas visibles y exhibiendo una magnífica dentadura, impresiona a primera vista como una fuerte personalidad. Es en un segundo examen que se advierte la artificialidad de su sonrisa, las huellas de una vida sobresaltada e intensa en el rostro cruelmente ajado por una enfermedad cutánea.

Con el cigarrillo recién encendido en la mano, alternando rápidas fumadas con la sonrisa que es una mueca y no una expresión, el hombre hasta ayer todopoderoso hacía pensar, entre el destello incesante de los flashes, en un animal atrapado. En los primeros momentos, siempre en silencio, mantuvo una rígida compostura, erguido firmemente y con las piernas separadas. Pero en seguida lo vencieron los nervios. La sonrisa desapareció y comenzó a hurtar el rostro de los fotógrafos, mientras repetía: "Ya es bastante, ya es bastante..." Esbozó un movimiento de huída y los fotógrafos le cerraron el paso; entonces los policías lo rodearon y le abrieron camino, mientras él, con la cabeza gacha y las manos extendidas, se dirigía a la escalera.

Todos se precipitaron detrás. Yo, que estaba situado en un punto contiguo a la escalera, llegué al pasamanos casi al mismo tiempo que Perón y le dirigí las únicas preguntas que todo el mundo tenía en los labios: "¿Pero, no piensa hacer declaraciones? ¿No nos llamó para eso?" Perón se detuvo un segundo, abrió los brazos para subrayar la frase y contestó: "Mientras esté en el Paraguay, no haré ninguna clase de declaraciones."

Y entonces subió la escalera a grandes trancos, casi corriendo, entre las exclamaciones irritadas de los periodistas y el continuo relampagueo de las cámaras.

Esta fué la llegada de Perón al Paraguay. Vino sin pan dulce, ni juguetes de la Fundación. Mucho después de haber llegado, la mayoría de los paraguayos (que sólo leen una prensa amordazada) lo ignoraban. Entre los que lo supimos, el clima fué menos excitante de lo

que habíamos supuesto; estuvo teñido de cierta conmiseración por el hombre disfrazado de motonetista, reducido del endiosamiento bonaerense, de sus uniformes y palacios, a la pequeña estatura del prófugo con miedo a volar de noche.

OPERACION PUNTA ARENAS

LA MAÑANA — 29/III/1957

El cronista de diarios matutinos es animal de una especie pálida y nocturna, cuyo sueño imposible está constituido por una semana de vacaciones a orillas del mar, con sol, yodo y salitre. En marzo de 1957 creí haber logrado esa utopía, y con la valija pronta me dirigí a la plaza Libertad, para tomar el ómnibus hacia La Paloma. En la estación me esperaba una peregrina idea de Carlos Manini Ríos, director de La Mañana. *En vez del ómnibus a la playa debía alcanzar un avión que salía para Santiago de Chile dos horas más tarde; después seguir hacia el Polo Sur (o tal me pareció, en esos momentos) y entrevistar en Punta Arenas a los jerarcas peronistas prófugos de Río Gallegos, que se encontraban detenidos en un transporte militar donde no podía subir nadie que oliera vagamente a civil. Sonreí con tristeza y me fui a tomar el avión, pero cuando dos días después descendí en la pista de Punta Arenas y comencé a caminar entre la nieve y el helado viento magallánico, no conservaba ni la sonrisa. Creo que mi obsesión por huir de aquel espantoso frío polar me urgió a obtener, de cualquier modo, el reportaje que Manini quería.*

PUNTA ARENAS

Jorge Antonio levantó su taza de té, meditó un momento mirando el monograma de la Armada chilena en el recipiente y después dijo, sonriendo: "En toda mi vida, ha sido la operación que me salió más barata." Con la frase, mitad chiste y mitad desafío, contestaba a mi pregunta sobre el costo de la "Operación Punta Arenas" (como llaman irónicamente a la fuga sus autores) que permitió a Héctor Cámpora, John William Cooke, Jorge Antonio, Guillermo Kelly, José Espejo y Pedro Gómiz —en la práctica, las cabezas políticas, gremiales y financieras del peronismo clandestino— huir el pasado lunes 18 del penal de Río Gallegos y asilarse en territorio chileno.

Desde su fuga hasta hoy, cuando subí a bordo del transporte militar **Almirante Pinto**, Jorge Antonio, Cooke y sus compañeros se habían negado a ser entrevistados formalmente por la prensa. Sólo un periodista chileno logró unas breves declaraciones generales de Cooke y de Antonio, y un corresponsal del **New York Times** —en comunicación telefónica desde Santiago— obtuvo igual resultado. Ese hermetismo del grupo fué reforzado por la prohibición absoluta, por parte de las autoridades chilenas, de que periodistas entraran al hotel Cosmos —alojamiento de los fugados, en los prime-

ros momentos— ni menos aún, desde que se les internó en el **Almirante Pinto**, que se pudiera entrevistarlos a bordo.

La tarea para sortear las estrictas disposiciones del ministro del Interior, las consignas del jefe naval de Punta Arenas, comodoro Jacobo Neumann, la desconfianza y reserva del jefe militar, general Armando Conlledo y, finalmente, la cortés pero firme negativa del comandante del **Pinto**, el capitán de navío Jorge Balaresque, forman un capítulo casi tan erizado de dificultades como la fuga misma, pero ellas fueron el precio de una buena mercadería periodística: la charla de tres horas, desahogo de una semana de silencio o reticencias, que mantuvieron conmigo los jerarcas peronistas.

En la cámara de oficiales del transporte, los seis fugados de Río Gallegos, interrumpiéndose mutuamente, levantando a veces la voz hasta merecer una reconvención del teniente Ross —marino chileno que, discretamente apartado, asistió a la entrevista —recorriendo con excitación a grandes pasos el breve espacio de la cámara, me proporcionaron la extraña versión (su versión) de un tema sobre el que, algún día, un sociólogo se inclinará con interés: el de la clandestinidad de un partido antes omnímodo, el del lenguaje de perseguidos, torturados y víctimas en labios de quienes, en su hora, fueron indudablemente persecutores y victimarios; el de la incondicionalidad —después de la cárcel, la confiscación y el exilio— al hombre que, luego de huir abandonándolos, mantuvo la seguridad física y material que a ellos les falta.

Este curioso acto teatral de papeles trocados fué tan incongruente como el escenario. Relegados al inhóspito extremo sur del Continente, en una pequeña población donde el viento polar silba incesantemente entre las casitas de zinc y madera, quienes todavía son cabezas visibles de la superestructura peronista —Cooke y Cámpora, el partido; Espejo y Gómiz, los sindicatos; Jorge Antonio, las finanzas; Kelly, las fuerzas de choque— eran en ese momento sólo seis presos, pero sus maneras y su lenguaje no evidenciaban la desesperanza.

—No hablo mucho ahora —dijo Cooke— porque me reservo para cuando caigan varios, cuando llegue el momento, que ya está próximo.

—¿Dónde será eso? —le pregunté.

—En la Argentina, por supuesto. Ya les queda poco.

Por el ojo de buey del **Pinto** se veía la borrasca rizando las aguas negras del Estrecho de Magallanes y

la costa blanquecina de Tierra del Fuego, esfumada en la llovizna: el eterno viento de Punta Arenas silbaba en la cubierta. Adentro, distribuídos en los sillones de cretona floreada o acodados en el pequeño bar, estaban todos: el abogado John William Cooke, al que los gruesos zapatones y la tricota marrón acentuaban un absurdo aire infantil (sus familiares lo llaman "Bebe"); Guillermo Patricio Kelly, el siniestro líder de la Alianza Nacionalista, con el aire jovial del profesor de **ski** que entretiene a los turistas en el hall de un hotel de Bariloche; el dentista Héctor Cámpora, ex presidente de la Cámara de Diputados, de sienes grises y aspecto distinguido; José G. Espejo, ubicado por Evita Duarte en la Secretaría General de la CGT y caído en desgracia antes del derrocamiento de Perón, y Pedro Gómiz, dirigente de los obreros del petróleo y ex diputado, ambos con el aire descolocado, la vestimenta burguesa y el acento **xeneise** típicos de los **grasas** que la Señora llevó al poder; Jorge Antonio, moreno, de habla reposada pero con un latente ardor polémico (de todos, fué el único que dirigió amargos reproches al Uruguay: "ustedes nos criticaban, pero ningún uruguayo que vino a verme se fué con las manos vacías").

La primera pregunta estaba cantada: era ingenua —una respuesta completa significaría aún la pérdida de muchos— pero es, con seguridad, la interrogante que está en boca de todo el mundo, desde Aramburu y Rojas hasta cualquier lector de diarios:

—¿Cómo hicieron para fugarse?

Todos sonríen; Kelly, con el aire de "te juego a que no lo descubrís", pregunta a su vez:

—¿A usted qué le parece?

La ocasión es buena para picarles el amor propio, porque el punto de honor del grupo es no haber gastado un centavo en sobornos.

—Se me ocurre que a fuerza de plata.

—A fuerza de plata no tenía gracia —dice Jorge Antonio.

—Bueno, no me digan nombres, pero den detalles. ¿Cuándo se les ocurrió fugarse?

—A mí, el 9 de enero de 1956 —dice rápidamente Kelly. (Ese fué el día en que se les llevó de Buenos Aires a Ushuaia, primer penal donde fueron alojados.) Kelly no pierde nunca el tono deportivo. Esta es para él sólo otra de las aventuras riesgosas que eligió como profesión y en este apacible ambiente de la cámara parece irreal el pensamiento de que ellas incluyeron el asesi-

nato político, la intimidación pública a base de brigadas de choque y los métodos fascistas con que los pistoleros de la Alianza consternaron a Buenos Aires.

Cooke consulta con la mirada a los demás, y explica:

—El trato en Ushuaia era malo; yo he estado 99 días incomunicado en un calabozo de 3 por 2, sin asistencia médica...

—Yo, en total, 5 meses y 28 días —añade Kelly.

—...y con un régimen de censura inhumana para la comunicación con los familiares —prosigue Cooke. — En Ushuaia, simbólicamente, el ejército, la marina y la aviación se repartían la responsabilidad de custodiarnos. Perón había cerrado el penal, por lo insoportable de las condiciones de vida allí. Nosotros, como detenidos políticos, lo reinauguramos.

Gómiz interrumpe:

—Teníamos permanentemente a nuestro lado un soldado con ametralladora. Nuestros abogados nos visitaban en presencia de un oficial. y nunca pudimos estar a solas con un familiar.

Después, continúa Cooke:

—A propósito: de los nueve abogados que hemos tenido todos, ocho están actualmente detenidos. Después, se nos trasladó a Río Gallegos, donde ya estaba Espejo. Allí el régimen mejoró algo: por lo menos, nos sacaron al tipo de la ametralladora.

—¿Y el plan de fuga?

—Fue madurando de a poco. Eramos once en un pabellón; había tres peronistas más, cuyos nombres no interesan, y dos comunistas, junto con nosotros.

—¿No participaron a los comunistas de la fuga?

—Habíamos llegado a un pacto con ellos: hablábamos de todo menos de política. Como habían sido ellos quienes lo propusieron, se quedaron sin enterarse.

—¿A qué hora se escaparon?

Cooke vacila y consulta con la mirada a Kelly. Después dice:

—De noche.

—¿Pero a qué hora?

—Si lo decimos, pueden perjudicar a un guardia inocente —salta Kelly.

—¡Qué me importa la guardia! —se ríe Cooke. — ¡Cuántos más echen, mejor!

Jorge Antonio, que ha salido un momento, vuelve con unos papeles:

—Nos escapamos a primera hora de la madrugada.

No es cierto que estuviéramos armados, como dicen. Las armas que usamos fueron éstas.

Y deposita sobre la mesa un mapa y una brújula. El mapa es una carta aeronáutica; pertenece a la colección denominada **World Aeronautical Carts**, que usan las aviaciones militares de casi todos los países y es solamente un sector —el de la Patagonia— arrancado a una carta mayor. Con tinta, los conspiradores marcaron en ella doce rutas distintas desde Río Gallegos a Punta Arenas, con seis cruces diversos en la frontera. ("Hombre prevenido vale por dos", ríe Jorge Antonio.) La brújula es de bolsillo, marca Bézard, de las usadas por la Marina.

Se me ocurre que la ironía de que los dos elementos procedan precisamente de las fuerzas que debían vigilar a los fugados, no es tan casual.

—Quiere decir —indago— que consiguieron la carta y la brújula, dentro.

—Saque las conclusiones que quiera —dice Kelly.

—Yo he visto un plano de la prisión —les señalo— y sé que debían atravesar un corredor con centinelas y salir a la calle, bajo la observación de una garita con ametralladoras y reflectores. Pero también sé que esa noche había una fiesta en una estancia y que el jefe del penal y otros, habían ido. ¿O hicieron la vista gorda?

—Perdone que no le contemos esa parte —señala Jorge Antonio. Y Kelly añade: "Secreto profesional".

—Lo que le puedo decir, —sigue Jorge Antonio— es que en ese trecho hasta la puerta nos jugamos la vida. No había complicidad que valiera.

—¿Y el jefe de la guardia, Juan de la Cruz Ocampo, que se fugó con ustedes? ¿No les facilitó las cosas?

Aquí interviene Cooke:

—Ese hombre no se fugó con nosotros, ni estaba combinado.

—Pero ha desaparecido, y se le echó de menos el mismo lunes...

—Con nosotros no vino. Calcule: más de seis pasajeros en un Ford, que ya llevaba a Araújo de chofer, era una carga excesiva a la velocidad de ochenta kilómetros por caminos pésimos.

—¿De dónde sacaron el auto?

—Secreto profesional.

—¿Tenía chapa chilena?

—No; era de Río Gallegos.

—¿Y no les pareció que un auto amarillo era demasiado llamativo, si los seguían?

—Precisamente —responde Kelly. — Era tan llamativo que nadie podía imaginarnos adentro.

Jorge Antonio sigue con el relato:

—Viajamos cerca de ocho horas, cambiando continuamente de ruta. Una hora después, levantó vuelo un avión de la base de Río Gallegos, que nos buscó infructuosamente. Imagínese: llevaba una bomba.

—¿Cómo saben lo del avión?

—Pregúntele a los chilenos. En total, nos buscaron tres aviones y dos de ellos con bombas. Volaron sobre territorio de Chile y aterrizaron a varios kilómetros de este lado de la frontera, pidiendo permiso por falta de combustible.

—¿Por dónde pasaron ustedes la frontera?

—Secreto profesional.

Les digo entonces que no van a comprometer a ningún carabinero chileno con sus declaraciones: el Ministerio del Interior —llegando a una salomónica solución que evitaba investigar y no creaba conflictos internacionales— declaró en Santiago haber probado que "los prófugos cruzaron la línea divisoria por un sitio sin vigilancia." Pero Jorge Antonio no quiere contestar. "Me lo reservo —dice— porque este plancito, que ya tenemos patentado, quizás sirva para otros compañeros".

Así fue la fuga, contada por sus propios protagonistas. Olvidaron (o no quisieron decir) algunos detalles: que disponían de cuatro pistolas y una ametralladora; que el automóvil fue comprado expresamente para la fuga, en una suma exorbitante. Pero, en general, no omitieron nada de importancia. Toda la aventura fue relatada como un juego —un peligroso juego— que los rescató por unas horas de la espera gris y la monotonía en que se ha convertido la existencia de los hombres que supieron de todos los halagos del poder, y también de todas sus impunidades. Estoy seguro de que ninguna operación multimillonaria de divisas, ninguna **razzia** contra los socialistas o ningún elogio de la Señora causaron a Jorge Antonio, Kelly o Espejo la satisfacción de haberse fugado en las barbas del gobierno de Aramburu. Los seis, en este lejano rincón del mundo, con diarios atrasados y sin conexión telefónica con Buenos Aires o Montevideo, parecen siempre estar esperando más plácemes de los que han recibido.

En un momento dado Cámpora pierde su compostura de **gentleman** y se inclina ávidamente, para preguntar:

—Usted viene de Montevideo. ¿Cómo lo tomaron allá? ¿Lo comentaron?

Y Kelly también quiere saber:

—¿Qué dicen de nosotros en Buenos Aires? ¿Se ríen mucho de Aramburu?

La carta que sirvió para la fuga quedó en poder de Jorge Antonio. En los ángulos, sus compañeros de aventura le han dedicado autógrafos. Uno, firmado por Araújo (el chófer del Ford) dice: "Como humilde colaborador de la Operación Punta Arenas." Otro, con la firma de Kelly y Gómiz: "A Jorge Antonio, en recuerdo de la Operación Punta Arenas."

En este punto del reportaje se produce el curioso fenómeno aludido al principio. Ya hemos hablado de la heroicidad, del riesgo compartido. Seis camaradas de aventura, con circunspección para el mérito propio, con humor, contaron el episodio. Ahora resta hablar de la extradición, de los cargos judiciales, de la peripecia procesal de los fugados. Entonces, seis perseguidos políticos remplazan a los seis aventureros. Sus expresiones pudieron estar en boca de cualquiera de los antiperonistas que, desde 1943 a 1955, albergamos en el Uruguay. Han cambiado únicamente los nombres.

El más notable es Kelly, precisamente por su turbulento pasado. La versión más recibida sobre la Alianza Libertadora Nacionalista que dirigió, (y, posiblemente, la histórica) es la de un movimiento de ideología fascista y nacionalista al principio, convertido luego —al apartarse Mario Amadeo y otros "ideólogos"— lisa y llanamente en una fuerza de choque del gobierno, con absoluta impunidad para el castigo de opositores, la violencia organizada y aún el asesinato.

Cuando se menciona a Kelly todo eso, se indigna sinceramente:

—¿A usted le parece que soy un pistolero?

—Eso dicen.

—¿Qué es exactamente lo que dicen?

La pregunta es espinosa. Este deportivo joven de tricota blanca, con el que he estado cambiando bromas hasta hace un momento, no condice con la ominosa imagen de sus actividades.

—Bueno: personalmente, usted está acusado de la muerte de un joyero y de un transeúnte, creo que judío. Además, figura como ordenando el degüello de un oficial, la noche del cañoneo al edificio de la Alianza. Los cargos incluyen, también, una cantidad de atentados y robos, más la quema de iglesias en junio de 1955.

—Es todo mentira.

—Veamos.

—En mi expediente judicial tengo solamente dos imputaciones: "comando de una organización anticomunista" e "intimidación pública". Lo primero es cierto, y no creo que sea un delito. Una vez, en una refriega, murió un comunista, pero eso no fue un asesinato.

—¿Y la intimidación pública?

—Es ridículo. El día de la quema de iglesias, con un grupo de aliancistas nos constituímos en fuerza pública y detuvimos a 127 saqueadores de iglesias y comercios, rescatando bienes por valor de 377.000 pesos. Consta en los registros policiales. Nosotros no quemábamos iglesias; las defendíamos, pero todo era una provocación antiperonista.

—¿Y el oficial degollado?

—Eso también es mentira. Nunca se supo quién había sido la víctima. Además, la noche del asalto a la Alianza yo no estaba dentro. Fui detenido al entrar, antes de que comenzara la lucha. Mal podía ordenar asesinatos.

Y Kelly no es el único: todos exhiben la legalidad de su conducta, la intachabilidad de sus antecedentes. Hasta ahora, una corriente de cordialidad involuntaria me había hecho bajar la guardia, ganado por el relato de una peripecia humana y legítima. Pero en esta segunda etapa de la charla los hombres políticos han reasumido sus defensas, sus alegatos de bien probado y su dialéctica.

Gómiz, en una minuciosa exposición de quince minutos, me interioriza de que su cargo de malversación de fondos en la organización sindical del petróleo es infundada. ("Dicen que utilicé materiales del YPF para construirme una casa, pero lo que hice fué comprarlos como todos los obreros, porque la organización se los compraba a YPF para distribuirlos en forma cooperativa.")

Cooke y Cámpora aluden al cargo de "traición a la patria." "Es ridículo —dice Cámpora— y no puede configurarse. La Constitución del 49 dice que será "infame de la patria" quien preste ayuda a un poder extranjero contra ella y establece que tendrá similar pena —entiéndalo bien, no dice **similar denominación**— quien entregue facultades extraordinarias al gobernante. La disposición fué incorporada después de Caseros, aludiendo a la votación de poderes extraordinarios a Rosas, pero la comparación no puede aplicarse. La Cámara votó el título de Libertador a Perón y de Jefa Espiritual de la Nación a Eva Duarte, pero no fueron

leyes, sino resoluciones. Y yo ni siquiera las voté, porque ejercía la presidencia. En cuanto al Código Policial (que establecía el fuero de la policía) es similar al fuero militar, y nadie ha hablado nunca contra éste.

Cooke es igualmente preciso:

—El cargo de traición a la patria es ridículo. Y en cuanto al de malversación, todo el mundo sabe de mi pobreza. Ya se aclararán debidamente las cosas ante los tribunales.

Espejo, el más callado del grupo, saca un recorte. Es de **La Prensa**, del 13 de marzo. Allí, en media página de texto, se transcribe una decisión de la Cámara de Apelaciones y se dispone "la inmediata libertad de José G. Espejo", libre de toda imputación. No se puede negar que, como golpe de efecto, vale más que las apasionadas negativas de Kelly.

—Pero, hombre —digo.— Usted fué declarado inocente el 13 y se fugó el 18... ¿Por qué no esperó unos días?

El ex secretario de la CGT sonríe amargamente:

—Si no me voy, todavía estaba allí, y allí seguiría muchos años.

¿Y Jorge Antonio? ¿Cómo justifica sus millones veloces, o los cargos de malversación? Sentado a la cabecera de la mesa, responde calmosamente a un intento de clarificar de una vez por todas las versiones que corresponde sobre su persona.

—No soy uruguayo, como dicen. Cuando tenía unos pocos años, mis padres vivieron en Carmelo, y allí nacieron algunos de mis hermanos. Pero soy argentino. No me enriquecí con Juan Duarte; en 1947 dejé de ser funcionario del gobierno e inicié una empresa, con socios que después formarían mi grupo económico. A Duarte lo conocí recién en 1952.

Después reseña su sistema. ("Cuando vuelva a Montevideo, pídale a mi esposa que le mande el folleto **La filosofía de mi grupo**, donde lo explico."): Jorge Antonio, según él mismo, no usaba divisas del gobierno. Al contrario: las hacía afluir desde afuera. Cuando precisaba dólares para importar autos o camiones, conseguía un inversor de afuera ("un radicador", le llamaba) que se los proporcionaba, invirtiéndolos en las empresas del grupo. El grupo aseguraba al radicador un interés razonable y su reinversión en nuevos negocios argentinos. Jorge Antonio obtenía divisas, el gobierno no gastaba las suyas. Aparentemente, nada más perfecto.

"Además de ser lícito —añade el financista— ese negocio utilizaba a gente muy capaz."

A lo largo de tres horas y de varias tazas de té, ha habido revelaciones y justificaciones. Faltan ahora las predicciones. ¿Políticamente, qué programa tienen estos seis hombres? ¿A través de ellos, qué futuro tiene el peronismo?

John William Cooke, presidente clandestino del partido peronista —declarado, como se sabe, fuera de la ley— traza un esbozo de propósitos y de interpretación del momento argentino:

—He estado, durante todo mi encarcelamiento, en contínuo contacto con Perón. Con su guía y por nuestro intermedio, el partido ha rehecho sus cuadros y estructurado una nueva organización, adecuada a la clandestinidad. No se ha hecho nada sin consultar a Perón.

—En consecuencia, ¿los actos de sabotaje y los alzamientos han sido por su orden?

—No; esas son actividades aisladas de las fuerzas de resistencia.

—En algunos medios exiliados se expone el criterio de que las masas peronistas ya no responden personalmente a Perón, sino a otros dirigentes. La teoría añade que el voto de esas masas daría el triunfo presidencial a Frondizi, si éste buscara una alianza con esos grupos.

—Esa es una ilusión de falsos dirigentes, que nunca han sido escuchados. El peronismo sin Perón no puede existir. En la Argentina hay un 70 % de peronistas. En el 30 % restante Frondizi representa una mayoría, pero nada más.

—¿Y si hubiera elecciones apoyarían a Frondizi?

—Si hubiera elecciones no nos abstendríamos, pero la orden del partido, si no se le devuelve la legalidad, será votar en blanco.

Después viene una pregunta para todos:

—¿Ustedes creen en la posibilidad de un triunfo electoral peronista —inclusive sin alianza con Frondizi y con el partido en la legalidad— si Perón no fuera candidato?

Casualmente, Jorge Antonio se ha alejado a conversar con el teniente Ross y no contesta. Los demás (ardientemente Gómiz, y con diferentes matices los otros) contestan negativamente. Y Cámpora resume esa incondicionalidad: "Perón es la razón y el motivo del peronismo. Sin Perón, no hay peronismo."

Después, termina la entrevista. Los seis asilados, que por un rato han reencontrado en la charla el acento fa-

miliar rioplatense, algunas experiencias comunes, la comodidad de hablar con alguien que no es autoridad chilena o argentina, deben volver a sus camarotes. Alguno garrapatea el número de teléfono de su esposa. ("Dígale que aumenté dos kilos, que ando con ropa de abrigo.") Otro, que había desaparecido un rato antes, me entrega furtivamente una carta para la familia (está prohibida la correspondencia sin censura chilena). Kelly (el Kelly de la Alianza) me detiene un momento en la puerta y me dice: "Escriba en su diario que mando mis cariños a mi esposa y a mis nenes. No le doy la dirección porque no sé dónde están, pero ellos lo van a leer. No se olvide."

CON FIDEL, EN LA SIERRA MAESTRA

LA MAÑANA — 14, 18/III/1958

El profesor Enrique Rodríguez Fabregat, con su sonrisa mefistofélica, me dijo en su oficina de Nueva York: "¿Así que usted quiere entrevistar a Fidel Castro?" Entonces me dio una tarjeta para un amigo opositor en La Habana, que me arreglaría todo. Cuando llegué a La Habana, el amigo opositor había huído del país. El embajador uruguayo Julio Casas Araújo, al confiarle la idea, se levantó a cerrar las puertas de la sala (porque en la Cuba de 1958 el mayordomo de una embajada era, con seguridad, confidente de la policía) y me contó historias macabras del terror policial. "Vuélvase —me aconsejó. —Usted ya ha cumplido viniendo hasta La Habana. Yo atestiguaré que hizo lo posible." Casas Araújo, que era un entrañable caballero, minuano, compañero de Juan José Morosoli, escritor y hombre de paz, había visto ya demasiadas muertes, demasiada sangre y albergaba asilados que podían contar historias aun más macabras sobre la represión de la dictadura batistiana. Yo no tenía esa experiencia, podía considerar todavía el asunto como un horror teórico y me quedé. Después, usando la testarudez y la paciencia como únicas virtudes, conseguí llegar hasta la guerrilla de la Sierra Maestra.

Incluyo aquí dos reportajes a Fidel Castro, por razones bien precisas. El primero, de febrero de 1958, describe (creo que por primera vez en América Latina, por primera vez en español) la lucha del Movimiento 26 de Julio. Muy pocos sabían entonces quiénes eran los que ahora son héroes de una época: Fidel, Guevara, Cienfuegos. El segundo, de julio de 1961, propone una Revolución en el poder, ejerciendo el gobierno, victoriosa en Playa Girón. Creo que puede ser ilustrativo para el lector comparar los tímidos programas de 1957, la nebulosa y sin embargo correcta intuición del Fidel guerrillero, las reticencias y el lastre burgués de esos tiempos, con la realidad y la solidez del régimen socialista de 1961; el incipiente pensamiento político de Fidel (que en 1958 buscaba su camino ideológico pero poseía ya sus objetivos de cambio) con la impresionante personalidad de 1961 y la maduración del estadista revolucionario.

1.- Quién gobierna en Cuba

A lo largo de la costa de La Habana, desde el monumento conmemorativo de la voladura del acorazado **Maine** hasta el famoso cabaret Tropicana, se suceden hoteles para turistas millonarios. Exilados políticos como Jorge Antonio, petroleros de Texas, estrellas de Hollywood y **gangsters** retirados, colman todas las noches los casinos y los **dinner rooms** donde actúan celebridades artísticas mundiales. Frente a los rascacielos de Radiocentro docenas de adolescentes esperan para ver a sus ídolos de la televisión; en el exclusivo Tennis Club del Vedado, sirvientes con librea abren las portezuelas de los Cadillacs a los ricos habaneros que van a disfrutar del póquer después de la cena. Pero todas las noches, también, los turistas, las admiradoras de Lucho Gatica y los nuevos ricos tienden un momento el oído para escuchar por encima del estrépito del casino, de la melodía o del rumor de las fichas, las sordas explosiones de las bombas que el sabotaje de la resistencia hace explotar en toda la ciudad.

En la más seria crisis de autoridad que haya experimentado nunca el país, el gobierno del dictador Fulgencio Batista parece impotente para mantener el orden público de un extremo a otro de la Isla; desde Oriente, donde los escasos mil rebeldes de Fidel Castro ejercen

su ley sobre 5600 kilómetros cuadrados de territorio y se baten sin mengua contra un ejército moderno de veinte mil soldados (mientras Santiago cierra sus casas al caer el sol para no ver los asesinatos en plena calle), pasando por las pequeñas ciudades hirvientes de atentados y ocupadas militarmente por el gobierno como territorio enemigo, hasta los otros dos frentes revolucionarios de la Sierra del Escambray y de Cubitas, en las provincias de Las Villas y Camagüey, y las bombas y tiroteos de La Habana.

Observadores imparciales y hasta los expertos del Departamento de Estado —que presionó a Batista el año pasado para que restableciera las garantías constitucionales— creen que la situación es cada vez más favorable para la revolución que el abogado de 32 años Fidel Castro Ruz inició el 26 de julio de 1953, cuando con sólo sesenta partidarios asaltó el cuartel Moncada, base militar de Oriente. Esa primera tentativa fue aniquilada: Castro y los pocos sobrevivientes recibieron condenas de presidio (hasta su liberación por una amnistía en 1955), pero el episodio dio su nombre al Movimiento y transformó a su jefe en figura nacional.

En diciembre de 1956, con 82 hombres provistos de inadecuados fusiles belgas con mirilla telescópica, algunas ametralladoras y llevando como médico de la expedición a Ernesto Guevara, un especialista en alergia nacido en Rosario de Santa Fé, Castro dejó el exilio mexicano y encalló su yate **Granma** (comprado con dinero de Prío Socarrás) en una pantanosa playa de Oriente. Cumplía así su prometida invasión de Cuba (la había anunciado un mes antes, diciendo: "En 1956 seré héroe o mártir"). Durante varias semanas la suerte de Castro osciló entre esas dos posibilidades; al desembarcar, los expedicionarios fueron diezmados por la aviación militar o dispersos por el acoso de las tropas gubernistas. Fidel Castro, con once sobrevivientes y un guía, se internó en la Sierra Maestra sin provisiones y cercado por miles de soldados.

En ese momento Fulgencio Batista declaró que la intentona de Castro era asunto terminado; su ministro de Guerra anunció oficialmente la muerte del rebelde. Pero el 20 de febrero pasado, cuando encontré a Fidel Castro en su cuartel general de la Sierra Maestra, su salud era inmejorable, su aguerrida tropa, médicos, abogados y maestros adscriptos a ella ejercen autoridad en miles de kilómetros cuadrados, el Movimiento 26 de Julio es, desde la clandestinidad, la fuerza política más

poderosa del país y sus escuadras de acción desafían casi diariamente en las Ciudades al aparato represivo de Batista. En poco más de un año, los doce sobrevivientes del Granma, con sus fusiles belgas de francotiradores, han cambiado la fisonomía de una nación de seis millones de habitantes y hacen tambalear una dictadura que, desaparecido el régimen de Pérez Jiménez, es la más fuertemente armada de América Latina.

¿Qué factores transformaron a un joven y oscuro abogado en jefe que algunos sólo aceptan comparar con Martí, el héroe civil, o con Antonio Maceo, el héroe militar de Cuba? ¿Cómo un movimiento revolucionario que aún no posee un programa definido y se dirige por jóvenes cuya edad promedial es de treinta años y la mayoría de los cuales no había actuado antes en política, ha logrado la admiración y el apoyo oculto de todo el pueblo? La respuesta a esas interrogantes está en un vistazo a lo que ha llegado a ser Cuba en manos de los políticos profesionales. Tanto los provenientes de la idealista generación que volteó al dictador Gerardo Machado (Carlos Prío, transformado en uno de los más escandalosos ejemplos de corrupción administrativa, o el senador Rolando Masferrer, ahora incondicional de Batista y jefe de los odiados Tigres de Masferrer, un ejército de asesinos a sueldo), como el ex presidente Grau, con su personalismo obstinado y senil, u opositores ambiciosos como Carlos Márquez Sterling. Los dos últimos, además, decorando con sus candidaturas las próximas elecciones de junio, para las cuales Batista ya ha designado su sucesor en el primer ministro Andrés Rivero Aguero.

De arriba a abajo, la estructura de gobierno de Cuba aparece gravemente enferma. A similitud de la Venezuela de Pérez Jiménez, la causa principal no es económica. Aún acendrados opositores como el economista Rufo López Fresquet —ex delegado cubano en el GATT— admiten que el ingreso de la producción agrícola es floreciente. "La situación es próspera —me dijo López Fresquet en su bufete del barrio bancario de La Habana— porque el sistema con que funciona la zafra azucarera y los mecanismos de importación permanecieron intocados en los últimos años. Ni lo malo ni lo bueno del sistema puede adjudicarse a este gobierno."

Los organismos económicos oficiales procuran industrializar el país por medio de los llamados "créditos paraestatales", en los que el Estado contribuye con amplios préstamos al establecimiento de plantas. Entre esas

obras se encuentran la primera central hidroeléctrica cubana, en Hanabanilla, con una futura producción anual de ochenta millones de kilovatios, fábricas de cemento (3 millones estatales en 7), la exploración petrolífera (10 millones en 68) y el aprovechamiento de subproductos del bagazo de caña (23 millones en 43). Compartiendo audazmente la tesis que prescribe la obra pública como solución al desempleo, Batista está terminando los modernísimos edificios del Centro Cívico —sede del Poder Judicial, ministerios, un teatro, estación terminal de ómnibus— que rodean al monumento a Martí, un faro obelisco que podrá divisarse desde ambas costas de la Isla. Al mismo tiempo, en el último año, se han inaugurado lujosos hoteles internacionales: el Havana Riviera (costo: 14 millones de dólares), el Havana Hilton (22 millones) y el Capri (6 millones), para atraer al turismo norteamericano.

Sin embargo, esta optimista fachada de prosperidad encubre una sombría situación de privilegio. El progreso edilicio y el incremento industrial parecen favorecer sólo al grupo gobernante y a sus conexiones financieras. Batista, a través de personeros o directamente, es dueño de los ingenios azucareros Washington, Parque Alto, Constancia de Abreu, Hormiguero y Australia (los cuatro últimos, obtenidos después de 1952), que tienen un valor aproximado de 12 millones de dólares. También detenta el dominio del monopolio nacional de los fósforos, de la Compañía Cubana de Aviación y es propietario, por mitades, de la empresa periodística **El Mundo** y de mayoría de acciones en otros cinco diarios. Su primogénito, Fulgencio Rubén, ha obtenido recientemente el total del capital necesario (12 millones de dólares) para una planta industrial papelera, del Banco de Desarrollo Industrial. Costosas obras públicas de relleno en la costa norte del país favorecen otra inversión varias veces millonaria del perspicaz joven, en un nuevo balneario residencial llamado Barlovento.

Al igual que en la Argentina peronista de los últimos años, una nueva clase de financistas apresurados ha venido a sustituir a la execrada oligarquía anterior. El aventurero italiano Amedeo Barletta es socio del dictador en varias empresas, y como agente de una firma estadounidense de automóviles, dueño vitalicio de todos los contratos para proporcionar vehículos al ejército y a la policía. El uruguayo Amleto Batisti, dirigente del Partido Liberal, es simultáneamente el principal ca-

pitalista del juego clandestino; el senador Eduardo Suárez Rivas —hermano del ministro de Trabajo, quien debe autorizar la presencia de extranjeros en los negocios nacionales— es miembro de la administración del Havana Riviera, pese a saberse que más del 50 % de la financiación de los nuevos hoteles, todos con casino, ha sido proporcionado por el Sindicato del Juego que integra la Maffia norteamericana, y que **gangsters** como Meyer Lansky, Santos Traficanti y Joseph Silesi operan personalmente las salas de juego.

A la vez que se registran enriquecimientos tan veloces como el del jefe de Policía de La Habana, Salas Cañizares (quien aparte de su discreto sueldo de brigadier dejó al morir 14 millones de dólares) o el del catalán Eusebio Mujal, rector de la oficialista Confederación de Trabajadores Cubanos, que posee una cadena de cines y la industria lechera MURALE (1.800.000 dólares en cría de ganados finos), el desempleo, la carestía y los vicios sociales consiguientes agravan la situación. En un reciente estudio del periodista Carlos Castañeda, cifras gubernamentales del Consejo Nacional de Economía señalaban que hay en el país 665.000 desocupados (la mano de obra cubana se estima en 2.204.000 personas), mientras que 955.000 trabajadores sólo perciben 75 pesos mensuales (salario mínimo vital, 200 pesos). Las estadísticas expresan también que en La Habana 26.710 personas viven del juego, 11.500 mujeres de la prostitución y 15.064 habitantes de la mendicidad. Es interesante observar que la mayor desocupación (Oriente, 108.000; Las Villas, 83.000; La Habana, 78.000) se registra en las provincias que llevan el peso de la insurrección armada.

Férreamente dirigida por Eusebio Mujal, la estructura visible del sindicalismo cubano ha perdido todo vestigio de funcionamiento democrático. Desde que Carlos Prío, como ministro de Trabajo de Grau San Martín, desconoció y clausuró en 1947 la CTC dominada por los comunistas (Mujal, ex comunista, se prestó a asumir el mando de la nueva Confederación y el gobierno le entregó inmuebles y bienes de la central obrera) y, casi simultáneamente, el dirigente agrario Jesús Menéndez —que había organizado a los trabajadores azucareros y obtenido en trato directo con las firmas norteamericanas el reconocimiento de categorías y salarios— fue muerto a balazos por un oficial del ejército enviado a detenerlo, los sindicatos cubanos quedaron sujetos a la CTC por leyes del Estado.

Los comunistas, con su Partido Socialista Popular fuera de la ley, mantienen una relativa predominancia subterránea en los sectores del transporte, gráficos y calzado, pero Mujal es autoridad absoluta sobre los cinco millones de dólares que cada año ingresan a la CTC por cuotas sindicales. La industria básica del país tiene a sus trabajadores organizados dentro de la FENETA (Federación Nacional de Empleados y Trabajadores Azucareros), pero ésta es tributaria a su vez de la CTC, y el 1 % de contribución sindical que por ley se descuenta de los salarios (de cuya suma el 35 % debe reintegrarse a los sindicatos de base para sus presupuestos) desaparece en las arcas insaciables de la CTC. Pese a que se ha comprobado documentalmente que Mujal deposita con frecuencia fondos de la Confederación a nombre de su esposa (150.000 dólares en agosto pasado) todos los sindicatos de base tienen desde hace tiempo un interventor designado por la CTC, que debe suscribir todos los cheques, para evitar usos de dinero que el jerarca no apruebe.

Líderes obreros anteriores a Mujal, como el dirigente de Las Villas y actual diputado Conrado Béquer, mantienen entre los trabajadores agrarios una determinada autonomía de sus sindicatos, pero la estructura de la organización laboral cubana, inexorablemente encuadrada dentro de una legislación que favorece la ingerencia estatal (situación que Batista heredó de los regímenes de Grau y Prío) priva a las masas de que sus agrupaciones sean el vehículo de protestas cívicas.

Tanto esté situado en la izquierda, el centro o la derecha, el cubano medio siente que ya nada tiene que esperar de los políticos profesionales. La mitad de éstos apoya la dictadura; la otra mitad se ha decidido por el electoralismo, que ofrece a los intereses creados del régimen una cómoda salida de la situación, sin que se afecte la continuidad de los negocios nacidos a su influjo.

Se ha visto ya que el sindicalismo legalizado tampoco puede ser una vía para canalizar el descontento popular. Y menos aún la prensa ofrece al cubano un medio para denunciar la descomposición política del país. Dejando aparte el caso de la revista **Bohemia**, — una publicación independiente, cuya solidez económica no puede ser atacada por el gobierno— sólo dos diarios —**Prensa Libre** y **Diario Nacional**— de los dieciséis que se editan en La Habana, no reciben subvención estatal. El resto acepta del gobierno, oficialmente y

como hecho normal, cantidades mensuales que van desde 18.000 y 16.000 dólares (**Diario de la Marina**, e **Información**) hasta 4.000 (**Havana Post**, en inglés). Un grupo de cinco diarios (**Réplica, Ataja, Pueblo, Tiempo en Cuba** y **Alerta**) pertenece a Batista, y el ya citado **Mundo** es propiedad por mitades del gobernante y Amedeo Barletta.

Los reporteros que cubren informaciones oficiales reciben además, en forma pública y corriente, las llamadas **botellas**, sumas que oscilan entre 100 y 200 dólares mensuales y que figuran desembozadamente en las planillas de las reparticiones del gobierno.

Un atisbo de que la ciudadanía cubana estaba ya fatigada de sus políticos fue el fulminante éxito de Eduardo (Eddy) Chibás, fundador del partido Ortodoxo. Disidente del Autenticismo, partido de Grau y Prío, Chibás y un grupo de jóvenes (entre los que se contaría, más adelante, Fidel Castro), se apartaron en 1946, postulando la honestidad administrativa y la renovación de dirigentes.

Ardientemente combatido y venerado a la vez, Chibás desde su banca de senador y sus audiciones radiales de los domingos se convirtió en una especie de apóstol de una nueva mística nacional, que unía a gente de todos los partidos en la aspiración de una limpieza a fondo en el gobierno y en el país. El 5 de agosto de 1951, Chibás, durante una apasionada admonición contra los peculados de Prío, gritó dramáticamente ante el micrófono: "¡Pueblo de Cuba, escucha este aldabonazo y despierta!", se disparó un tiro y murió algunos días después. Su hermano Raúl, Roberto Agramonte —sucesor de Chibás en la jefatura de la Ortodoxia— y la juventud del partido, son ahora partidarios del 26 de Julio y han estado en la Sierra con Fidel.

En estas condiciones, un proceso inusitado para un país latinoamericano se ha cumplido en Cuba: el pueblo ha dejado de creer en los políticos. Privado además de las válvulas de escape de la libertad sindical o una prensa autónoma, ha vuelto los ojos, por encima de todas las discrepancias, hacia una revolución que no se apoya en una clase social determinada y no tiene un programa que suscite resistencias parciales, sino que ofrece hasta ahora tres cosas aptas para conciliar la admiración y el respeto de todos los cubanos: heroísmo desde la misma tierra donde los próceres iniciaron la lucha por la independencia; sacrificio personal de sus líderes, y una cerrada intransigencia para cualquier fór-

mula de paz que permite sobrevivir aunque fuera vestigios de las bochornosas prácticas administrativas anteriores.

Por eso, quizás puede afirmarse que Fulgencio Batista ya no manda en Cuba; solamente ejerce el poder militar y la persecución policial, pero el principio de autoridad reside innegablemente en la fuerza moral de una revolución que toda la ciudadanía comparte.

2.- En el llano se muere más

Al día siguiente de mi llegada a Santiago de Cuba, estaba parado en la puerta del hotel Rex, presenciando como eran descargados de un camión los paquetes de la primera edición sin censura de la revista **Bohemia.** Eran las 10 de la mañana de un día luminoso y los vendedores se agrupaban en torno al vehículo, esperando. Un muchachito moreno, de unos quince años, tomó bajo el brazo un gran montón de revistas. Entonces un agente de policía y un guardia rural, armado con un fusil Springfield, cruzaron la calle y anunciaron que la venta de la revista estaba prohibida. El muchachito no hizo caso y emprendió una carrera; el guardia de uniforme amarillo y sombrero de **boy-scout,** se echó el fusil a la cara y disparó un solo tiro. Cincuenta metros más allá, el pequeño vendedor cayó fulminado sobre la acera y las carátulas azules de **Bohemia** se tiñeron con su sangre.

Era mi primera mañana en Santiago de Cuba y también el primer asesinato que presenciaba en mi vida, mas para la convulsionada capital de la provincia de Oriente la muerte del canillita había sido sólo uno de los cotidianos episodios.

En las calles de Santiago se dispara antes de preguntar. Todas las noches, tras las persianas clausuradas, los habitantes en vela contienen el aliento, porque puede ser una **perseguidora** (patrullero policial) o los soldados, o simplemente una pandilla de los matones

de Masferrer, que vienen a allanar la casa, sacar a viva fuerza a los sospechosos y fusilarlos en la vereda.

En Santiago, punto focal de la revolución, la lucha es sin cuartel. Todas las mañanas, cadáveres de militantes del 26 de Julio y también de soldados, policías o **chivatos** (delatores) aparecen en los zanjones de los suburbios. El general Alberto del Río Chaviano, jefe de las fuerzas militares, le dijo hace poco al dirigente obrero oficialista Prisciliano Falcón, que ofrecía sus servicios en Oriente: "Vuelva a La Habana, porque yo no puedo garantizarle la vida ni en Santiago de Cuba ni en ningún otro lugar de Oriente. Aquí luchamos todos por sobrevivir. Esta es una guerra a muerte."

Pero Santiago es sólo la agudización de un estado de cosas endémico en toda ciudad o pueblo cubanos. Al terrorismo policial la revolución ha respondido con el atentado; a las medidas opresoras, con las bombas y el sabotaje industrial; a la despreocupación de los pocos aún indiferentes al drama nacional, con la perturbación de fiestas, cabarets y espectáculos. "¿Qué significan los colores rojo y negro de vuestra bandera?", le preguntó a un joven del 26 de Julio, Homer Bigart, el corresponsal del **Times** de Nueva York que subió conmigo a la Sierra Maestra. "La sangre que está corriendo — respondió el guerrillero— y el luto que Cuba debe guardar por sus muertos."

Doce hombres y mujeres jóvenes, reemplazados automáticamente cuando alguno de ellos es muerto o hecho prisionero, se reúnen un día de cada mes en un lugar no especificado de Cuba, para decidir las operaciones revolucionarias. Son la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio: estudiantes, ingenieros, médicos, abogados, mecánicos o albañiles, muchos de los cuales no saben cómo se usa una pistola. Viven ocultos en casas de familia situadas en pleno centro de la ciudad, o en barrios residenciales, porque deben estar siempre a mano de la organización, y cuando salen a la calle un par de anteojos de sol y el coraje personal son su única defensa. Los dirigentes civiles del 26 de Julio tienen demasiada información en su memoria como para permitirse caer vivos en manos de la policía. El 24 de enero pasado, Clemente Nodarse, un maestro normal de 21 años que era coordinador en la provincia de Pinar del Río, solicitó unos minutos a los agentes que habían allanado su apartamento y pidió a la muchacha que estaba con él "dos aspirinas", que ingirió delante de los policías. Las "aspirinas" eran cianuro y

la muchacha también lo sabía. Nodarse murió, sin hablar, unos días después.

La afición norteamericana por lo espectacular y el enorme tiraje de **Life** y **Look** —que han publicado sensacionales reportajes de la guerrilla cubana— han hecho que la opinión pública crea que Fidel Castro centra en su persona la conducción del 26 de Julio. Pero el mismo Castro afirma otra cosa. "Aquí tenemos al Estado Mayor —me dijo en la Sierra— pero salvo en las operaciones militares, mi opinión es sólo la de un miembro más de la Dirección Nacional." (Fidel, por supuesto, es el único miembro autorizado a faltar a las reuniones).

Yo había ido a Santiago en condiciones por lo menos inusitadas. Mi único equipaje era un bolso de mano de la Pan American, que contenía una Leica, pastillas para purificar el agua y algunos medicamentos. Llevaba puesto todo mi vestuario, y los pantalones ocultaban malamente las botas compradas como excedente de guerra norteamericano, que me servirían para caminar por la Sierra Maestra, pero que en las callecitas pueblerinas de Santiago llenas de policías eran un calzado bastante sospechoso. Después que me inscribí en el hotel Rex con mi verdadero nombre pero con un espléndido pasaporte chileno donde constaba que yo era ingeniero de minas (obsequio del movimiento clandestino de La Habana), me senté durante tres días en el hall del hotel, mirando por la ventana a los tres detectives que, en la vereda de enfrente, vigilaban la llegada de los ómnibus de La Habana, para devolver a su punto de origen a los periodistas extranjeros y detener a los correos de la resistencia. Al tercer día, (cuando mi amistad con un marinero escocés varado en Santiago desde hacía un mes, debido a un ataque de apendicitis, había sido consagrada con varios cajones de cerveza Hatuey), un jovencito en mangas de camisa y cubierto con un viejo y deshilachado sombrero de paja subió hasta donde yo estaba y me dijo la frase convenida con un tal Fernando [1] en la capital: "Vengo de parte de Ruiz." En la calle, junto a los policías, esperaba un viejo Chevrolet manejado por una muchacha de pantalones, que ni me miró cuando arrancamos. Quince minutos después, el emisario de Ruiz me introducía en una casa pequeña, de interior fresco y penumbroso, y

---

1 **Faustino Pérez.**

me dejaba solo en el patio cubierto por un toldo. Para mi estado de ánimo había pasado mucho tiempo, cuando, sin haber oído pasos ni ruido, advertí que una muchacha rubia y de aspecto delicado, calzada con zoquetes de hilo y zapatos de tenis a la manera norteamericana, me tendía la mano. "Soy Deborah", me dijo con la estudiada sequedad que los resistentes utilizan para los extraños. Después me sometió a un minucioso examen, a una especie de agudo cross-examination sobre los contactos que había tenido en la capital y sobre mis propósitos. Advertí que en las manos de esta joven frágil y seria estaba mi visita a la Sierra.

Deborah es una ingeniero de 27 años por cuya captura el general del Río Chaviano daría gustoso muchas de sus condecoraciones. Su verdadero nombre es el de una rica familia de Santiago de Cuba, de origen francés. Graduada en un colegio de Boston, nunca militó en un partido político y, hasta hace unos pocos años, su única afición conocida era el ballet, cuyos estudios prosigue, según se dice. Pero desde 1957 esta burguesita de aspecto delicado decide, como integrante de la Dirección Nacional del 26 de Julio y Coordinadora de la provincia, los planes de violencia que hacen volar depósitos de combustibles, descarrilar trenes e incendiar plantaciones a lo largo de la Isla y es, en paridad con Fidel Castro, la autoridad máxima de la revolución en Oriente. [2]

Durante los últimos ocho meses, Deborah ha permanecido oculta en diversas casas sin salir nunca a la calle, porque sus rasgos son inconfundibles y fotografías suyas cuelgan en las paredes de los despachos policiales y militares. Su antecesor en el cargo fue el maestro Frank País, de 22 años, acribillado a balazos en plena calle el 30 de julio pasado, y cuya muerte desató la huelga general en Santiago durante una semana, en La Habana durante cuatro días y estuvo a punto de costarle el gobierno a Batista.

A lo largo de una hora y media, Deborah me explicó la estructura interna del Movimiento y su lucha en las ciudades. Además de los doce miembros de la Dirección, el 26 de Julio posee otros cargos civiles. Un Coordinador nacional supervisa la acción de los otros cinco, encargados respectivamente de Propaganda, Movimiento Obrero, Finanzas, Resistencia Cívica y Acción.

---

2 Deborah era Vilma Espín, actualmente esposa de Raúl Castro y presidenta de la Federación Nacional de Mujeres.

Este esquema se reproduce en cada una de las seis provincias cubanas, y a cargo del mismo funciona un Coordinador provincial. Movimiento Obrero y Resistencia Cívica, además, tienen autonomía en materia de finanzas y propaganda. Reconociendo que la huelga general será la etapa decisiva de la revolución, el 26 de Julio creó en principio, dentro de cada sitio de trabajo industrial o comercial, células de cuatro miembros, que actuaron como Comités Revolucionarios. Razones de táctica aconsejaron después ampliar esa organización; actualmente, se encuentra consolidado el Frente Obrero Nacional (FON) que funciona paralelamente al Movimiento Obrero del 26 de Julio y está dirigido por un Consejo de 21 miembros, muchos de los cuales no son afiliados del "26", sino dirigentes que provienen de diversas ideologías y programas. En la primera semana de marzo de este año el FON había completado su estructura; coordinado con las milicias armadas, está listo para mantener la huelga general revolucionaria, inclusive con lucha callejera.

La agitación de la resistencia ha conseguido, a su vez, atraer el apoyo de la mayoría de los organismos cívicos de Cuba. Aunque no oficialmente, por supuesto, el Rotary Club cubano es un firme sostenedor del Movimiento 26 de Julio, al igual que el Club de Leones, las logias masónicas (que en Cuba representan una poderosa fuerza de opinión), la casi totalidad de las colegiaciones universitarias y el Concilio de Iglesias Evangélicas. Reunidos en el Comité Conjunto de Instituciones Cívicas (CIC) que dirige Raúl de Velazco, presidente del Colegio Médico, estos sectores de las fuerzas vivas cubanas emitieron hace poco un manifiesto de singular gravedad, cuyo impacto fue duramente acusado por el gobierno. El documento, difundido en todo el país al haberse levantado temporariamente la censura de prensa, denunciaba el caos social, negaba validez a las proyectadas elecciones de junio próximo y añadía: "La juventud, arma al brazo, combate diariamente; continúa la desaparición de ciudadanos. La Fuerza Pública ha desconocido las resoluciones del Tribunal Supremo de Justicia, favorable al habeas corpus, lo que coloca en evidente crisis al Poder Judicial. Rotos todos los diques, la vida humana ha perdido su valor y significación". * José Miró Cardona, respetada figura civil y

* Durante la primera quincena de marzo fue reiterada una desafiante atrocidad policial: al dictar los jueces mandatos de

presidente del Colegio de Abogados (a quien muchos consideran, junto con el magistrado Manuel Urrutia Lleó, un aceptable presidente para el gobierno provisional que seguirá a la caída de Batista), me definió en una frase la posición de las instituciones cívicas: "Nos consideramos beligerantes por la paz".

Cómodamente sentado en la sala de una moderna casa en el barrio residencial de Miramar, en La Habana, el joven delgado y de voz suave que usa el seudónimo de Fernando, me describió cómo, recientemente, su grupo había raptado al corredor argentino Juan Manuel Fangio, a veinticuatro horas del Gran Premio de Cuba, sin derramar una gota de sangre. El 23 de febrero, el campeón fue llevado por dos jóvenes que esgrimían pistolas, de entre docenas de personas que circulaban en el **lobby** del céntrico hotel Lincoln; infructuosamente buscado durante dos días por medio millar de policías, se le devolvió luego, directamente al embajador argentino. De buen grado, Fangio trajo consigo una carta firmada con su verdadero nombre por el médico Faustino Pérez, jefe nacional de las escuadras de acción del Movimiento, donde se pedía disculpas por el hecho, que se decía "realizado para impedir que la tiranía trate de engañar al pueblo cuando nuestra patria atraviesa por tan dramática situación." "Todos comprenderán —añadía Pérez— que Cuba no está para fiestas." A su vez, el campeón no tuvo inconvenientes en proporcionar a sus raptores una nota autógrafa —después distribuída a la prensa— donde manifestó: "Dejo constancia que durante mi secuestro amable, el trato ha sido completamente familiar, con atenciones cordiales". Una carcajada recorrió el país, al saberse esos detalles. Pero esta clase de bromas pesadas —que convierten al gobierno en el hazmerreir internacional— se alterna con episodios más dramáticos.

En Santiago, mientras conversábamos en la sala de una casa que permanece con las ventanas y las puert[illegible] abiertas de par en par ("tendrían que ser muy torpes para pensar que estoy tan desprevenido, y los considera bastante inteligentes", me dijo mi entrevistado) un estudiante de Derecho cuyo **nom de guerre** es Daniel, se demoró en detallarme la labor de sabotaje, que él dirige en todo el país. Desde que se levantó la censura

---

habeas corpus y ordenar la presentación de presos, los cadáveres de estos aparecieron en baldíos y veredas, a la hora exacta en que debían haber comparecido en el juzgado.

de prensa, un promedio de 25 atentados diarios es informado por los periódicos. Por su repercusión internacional, los hechos de la resistencia en La Habana son siempre los más espectaculares. En lo que va de 1958, dos golpes de mano en gran escala han verificado la impotencia preventiva del gobierno. El 27 de enero, la explosión de una bomba voló un conducto e hizo tomar fuego a dos millones de galones de gasolina que la Standard Oil tenía almacenados en el lado Este de la Bahía. Durante tres días, una densa columna de humo oscureció el cielo de la capital; el atentado eliminó combustible para dos semanas de operaciones de los bombarderos que actúan en la Sierra Maestra. Un segundo hecho importante fue el asalto a la luz del día, el 25 de febrero, de la Cámara Compensadora de Cheques, en el Banco Nacional, y la incineración violenta de documentos del **clearing** por valor de casi 30 millones de dólares; ello ocasionó un incalculable perjuicio en la marcha de los negocios.

Utilizando un antecedente de la guerra independentista, el Movimiento 26 de Julio practica también, como expediente revolucionario, la quema de las plantaciones de caña. Su tesis afirma que el dinero de la zafra sólo sirve para mantener a Batista en el poder, y parece compartida por casi todo el mundo (salvo, por supuesto, las empresas propietarias de los ingenios). Un campesino de Los Lirios, en plena Sierra Maestra, cuando le pregunté qué pensaba del asunto me señaló a sus tres hijitas: "Tal vez este año y el que viene nos quedemos sin comer mucho, —me dijo— pero éstas van a crecer sin miedo y podrán ir a la escuela". (Para una población campesina de decenas de miles, sólo han existido en la Sierra las dos escuelas que mantiene el 26 de Julio).

El ejército ha dispuesto la orden de disparar sin previo aviso sobre toda persona que sea vista cerca de los cañaverales entre las seis de la tarde y las seis de la mañana, pero los incendios son cotidianos (al igual que las muertes de campesinos encontrados por el ejército en actitud sospechosa) y las tropas rebeldes bajan frecuentemente al llano para iniciar quemazones, tal como lo ha documentado recientemente la revista **Look.** Un avión bimotor Beechcraft y una avioneta Piper son usados por el Movimiento para regar en los plantíos fósforo vivo, acondicionado en cápsulas plásticas o en pelotas de ping pong. El boletín clandestino **Sierra Maestra** (que se edita a mimeógrafo en el campamento

central de la guerrilla), señalaba el 8 de febrero que hasta ese momento se habían quemado más de 150 millones de arrobas de caña; una estimación de los industriales afectados estableció que —entre incendios de plantaciones y de azúcar refinada, ya en depósitos— cerca de una cuarta parte de la zafra de 1958 (5.600.000 toneladas previstas) ha sido destruída.

Una constelación de organismos represivos actúa en las ciudades con la resistencia clandestina: la Policía, el Departamento de Investigaciones, el SIM y el SIN (Servicios de Inteligencia Militar y Naval) y el Ejército. A ellos se suman los **chivatos**, pagados al contado por cada delación útil.

Desde que el coronel Fermín Cowley fue "ajusticiado" por decisión del Movimiento, en Holguín, de un escopetazo en la cabeza, el primer puesto en la responsabilidad de la represión sangrienta ha pasado a manos del cruel encargado de la Policía, el coronel Esteban Ventura Novo. Vestido siempre de civil con trajes impecables de lino irlandés, narcisísticamente aficionado a fotografiarse junto a sus detenidos (es fama que tiene a la orden un peluquero en el cuarto contiguo a su despacho) Ventura es responsable directo de cientos de muertes y torturas. Un magistrado de excepcional coraje, el juez Alabau Trelles, acaba de dictar auto de prisión contra él, contra el contralmirante Rodríguez Hernández (jefe de Estado Mayor de la Marina) y contra el capitán Julio Laurent (jefe del SIN) acusándolos como autores materiales del maltrato y la muerte de dos marinos responsables de la insurrección de la base naval de Cienfuegos, fracasada en setiembre de 1957. Como resultado, Alabau Trelles está ahora exiliado en Miami y Batista suspendió la semana pasada las garantías constitucionales (hacía poco restituídas) para anular el fuero de los tribunales civiles sobre miembros de las Fuerzas Armadas.

Dos jefes de Policía han perecido ya en La Habana de muerte violenta, a manos del Movimiento. Soldados, agentes y delatores reciben igual tratamiento en emboscadas nocturnas de calles y carreteras. El gobierno no dice sus bajas, pero un diario de Santiago estima en 250 muertos mensuales el saldo que la revolución y la represión de la dictadura viene costando a Cuba desde 1956. A su vez, el Movimiento 26 de Julio confiesa tener 4.000 muertos en sus filas desde el asalto al Cuartel Moncada, y la mayor parte de esas víctimas ha caído en las ciudades.

Al término de nuestra entrevista en Santiago, Deborah definió en una frase ese terrible y poco conocido hecho de la revolución contra Batista: "Aquí abajo peleamos como en la Sierra, pero morimos más".

3.- La vida en la Sierra

Al principio de 1957, Fidel Castro y sus once sobrevivientes del **Granma** habían desaparecido en las anfractuosidades de la Sierra Maestra, y no daban señales de vida. El gobierno de Batista proclamó la aniquilación de los rebeldes y Cuba consideró perdida su última esperanza de una revolución contra la dictadura. Entonces, el 24 de febrero de ese año, el **Times** de Nueva York publicó uno de los reportajes más sensacionales en la historia del periodismo continental: se titulaba **Cuban Rebel is Visited in Hideout (Un rebelde cubano es visitado en su escondite)** y era una entrevista con Castro —vivo, en pleno operación de guerrilla en la Sierra Maestra y ya con cuarenta hombres— firmada por Herbert Matthews, jefe de editorialistas del diario y veterano corresponsal de guerra en Etiopía, España y el frente del Pacífico.

A partir de la visita de Matthews quedó fundado lo que el mismo Fidel Castro llama "el club de periodistas con menos socios del mundo" y para el cual ha destinado en su cuartel general una pequeña casita que cuenta con radio, un letrero bilingüe que dice "Club de Prensa / Press Club" y con Tranquilino, el mejor cocinero de la Sierra Maestra. A lo largo de 1957, y luego de atravesar lo que el general del Río Chaviano denomina con satisfacción "las zonas de muerte" (las áreas donde dominan las fuerzas gubernistas que rodean la Sierra) llegaron hasta el club Robert Taber, de la **Columbia Broadcasting System**, Enrique Meneses, de **Paris-Match** y Andrew Saint-George, de **Look**. En la segundo semana de febrero de este año, habiendo viajado durante doce días a través de las cordilleras de la

Sierra Maestra, Homer Bigart, del **Times** de Nueva York, y yo, pudimos solicitar personalmente nuestra afiliación. [3]

Para quienes veníamos del cosmopolitismo de La Habana y de su crispada atmósfera, mezclada de terror policial, heroísmo anónimo y escándalos políticos —todo ello envuelto en el torbellino de la frívola vida de los casinos y los lujosos cabarets— el viaje hasta el secreto punto de la Sierra donde Fidel Castro nos había dado cita fue el descubrimiento de una Cuba distinta e inesperada: la que trabaja silenciosa y obstinadamente por su libertad, aunque sufra desde hace decenios el olvido total de los gobiernos y no tenga escuelas, ni médicos, ni jueces. Desde las estribaciones de Puerto Boniato hasta los valles de Loma Azul, desde los pueblecitos como La Mina hasta el pico del Hombrito, donde el Ché Guevara ha clavado una desafiante bandera del 26 de Julio todavía intocada por el ejército, el guajiro harapiento y cargado de hijos descalzos cosecha su mísero café y come el escaso arroz hervido y la malanga (planta similar a la papa), sin esperar ya nada de los lejanos ministros y presidentes de La Habana o de los doctores que hacen las leyes. Pero el mismo guajiro explotado como la bestia de carga nacional y en cuyos hombros descansa la base de las grandes fortunas, ha intuído —desde su analfabetismo y su enclaustramiento entre montañas que nunca atravesó— que el movimiento de Fidel Castro está gestando algo diferente. Y esa Cuba silenciosa y casi desconocida se ha volcado hacia una revolución que no le compra ya su voto por cinco pesos, y sólo le ha ofrecido hasta ahora la posibilidad del sacrificio y ha traído hasta la puerta de su bohío una sangrienta guerra de exterminio y la ferocidad represiva del ejército que quema viviendas, arrasa plantíos y mata familias. Pero los hombres de la revolución no dicen discursos bonitos desde lejos, sino que vienen a pelear en la Sierra, a compartir los frijoles y la hamaca del campesino, y también a morir.

En un día no muy lejano, y en una recapitulación de la experiencia, quizá pueda identificar la cadena de admirable complicidad con que hombres y mujeres del pueblo, desde las calles angostas y coloniales de Santiago hasta los bohíos de la Sierra, hicieron posible mi entrevista con Fidel Castro. Podré entonces escribir el

---

3 Bigart, el famoso corresponsal del **Times** y premio Pulitzer de periodismo, se unió a la pequeña expedición que yo integraba en un punto de la Sierra Maestra.

apellido de la humilde mujer de un ferroviario que me escondió dos días en su casita de un barrio de Santiago, arriesgando su seguridad y la de sus hijos por un extranjero del que nunca preguntó el nombre, porque así se lo pedía el Movimiento; o el del hombre que me llevó en un jeep a través de las postas de soldados (que fusilaban en la carretera, al pie de los autos, a los simples sospechosos de pertenecer al 26 de Julio) hasta una finca de Bayamo, donde me esperaba un guía; o el de la joven mensajera que bajó de la montaña —ocultos bajo su ropa— los rollos de fotografías de este reportaje.[3]

A esa enumeración, sin embargo, no podré añadir —porque son demasiados— la mención individual de los cubanos sin los cuales la guerra de Fidel Castro sería imposible: los campesinos que viven en la Sierra Maestra. Cuando los doce hombres del **Granma**, dejando en la playa y en la manigua docenas de compañeros muertos, lograron entrar en la montaña, fue un guajiro baqueano quien los cuidó, los alimentó y los hizo sobrevivir hasta que Castro pudo rehacer la guerrilla.[4] Hoy, a casi un año y medio, alrededor de un millar de rebeldes del 26 de Julio viven y luchan en la Sierra Maestra gracias a la anónima red de campesinos que, poniendo en juego su vida y la de sus familias, dan sus chozas para alojar a los heridos, transportan en sus mulos las cajas de municiones o las medicinas y sirven como un constante y complicado sistema de comunicación entre el llano y el cuartel general.

Parcelada en grandes extensiones de selva tropical a nombre de terratenientes que nunca la han pisado, la Sierra Maestra ofrece una excepcional feracidad para el café (dos cosechas al año, el banano, el frijol y la caña de azúcar). El guajiro, por 200 o 300 pesos duramente ahorrados, compra al terrateniente la "acción", o sea el derecho de cultivar un trozo de tierra, y se muda con su familia hacia la selva subtropical de los desfiladeros. Allí el hombre, la mujer y los niños trabajan de sol a sol en la "tumba", el desmonte de la sel-

---

3 La esposa del ferroviario era Melba Mercado. El chofer del jeep —que después se unió a la guerrilla y alcanzó el grado de capitán— era Oriente Fernández. La mensajera se llamaba Nidia. Posteriormente fue asesinada por la policía. Guevara le ha dedicado un emocionante artículo en **Verde Olivo.**

4 Se llamaba Eutimio Guerra. Después de su elogiable comportamiento, cedió ante el soborno del ejército sitiador e intentó asesinar a Castro. Fue fusilado en juicio sumario por los guerrilleros.

va, y erigen su choza con la madera y las hojas de la palma. En las laderas casi verticales de la montaña plantan el café o la caña; una o dos veces por mes descienden hasta algún valle donde hay un comerciante intermediario, para cambiar el fruto por sal, azúcar, cigarros o alguna pieza de tela. Casi siempre —cuando se le antoja al terrateniente (y la Guardia Rural existe para hacer cumplir la voluntad de los propietarios)— el **guajiro** es desalojado de su plantación. El propietario añade un desmonte cultivado más a su heredad; el **guajiro** compra otra "acción" y se va a otro sitio de la selva, a repetir el proceso.

Los niños de la Sierra Maestra —de aspecto robusto, pero con traza de enfermedades infecciosas endémicas como la esquistosomiasis; algunos con ojos azules y piel mate que comprueban la cruza de los ya extinguidos indios hatueyes con colonos franceses que huyeron de Haití— se crían sin escuelas ni asistencia médica. La única diversión de los padres, además, es alguna infrecuente riña de gallos, o ir hasta la **bodega** (almacén) a jugar a la **bolita**, una especie de quiniela.

Así fue la existencia del campesino de la Sierra Maestra hasta que un día Eutimio Guerra bajó del pico Turquino diciendo que un hombre llamado Fidel Castro estaba escondido allá con sus compañeros. Después Fidel y sus once comenzaron a trasladarse, a dormir en los bohíos y a explicar a los guajiros por qué estaban peleando. A mediados de 1957, la tropa rebelde contaba en toda Sierra Maestra y en conexión con la resistencia de Santiago, con un sistema de información y abastecimiento ya imposible de destruir. Cowley y otros militares, con un regimiento de 3.000 hombres —entre ellos, 800 soldados selectos, entrenados por los Estados Unidos para pelear en las colinas abruptas de Corea— declaró "zona de muerte" el territorio de miles de kilómetros cuadrados donde presumiblemente se movía Castro, y lo arrasó cada día con bombardeos aéreos y con incursiones de terror. El general Salas Cañizares ha ordenado a los campesinos evacuar ese territorio y sus hombres, entre ellos los temidos comandantes Casilla, Sánchez Mosquera y Sosa Blanco desde hace meses incendian las casas que aún se encuentran ocupadas y masacran a las familias que se resisten a abandonarlas. Después que pasan los destacamentos, la aviación gubernista (donde vuelan instructores de la Fuerza Aérea norteamericana, y el hijo del jefe de Estado Mayor, general Tabernilla)

ametralla y riega con **napalm** todo signo de vida. Y sin embargo, los campesinos se quedan.

En un lugar de la "zona de muerte", después que un T-33 pasó rozando el techo de un bohío donde hacíamos un alto en la marcha ("¡Avión! ¡avión!", exclaman los campesinos cuando divisan el aparato que serpentea a ras de las laderas selváticas, y siguen haciendo su tarea) pregunté al dueño de casa por qué no se mudaba con sus cinco hijos a una zona más segura, ya que su presencia allí no parecía necesaria. El **guajiro** me llevó a un rincón y me mostró una hamaca militar flamante, doblada en su funda: "Es de Fidel —me dijo— y en cualquier momento la puede precisar, si pasa por aquí. Cuando la dejó, me explicó que no me moviera".

Las radiofotos y las ilustraciones de **Life** han popularizado al barbudo soldado de Fidel Castro, con su cabellera hirsuta, sus cartucheras cruzadas y su tosco uniforme de montaña. Pero el ejército rebelde del 26 de Julio no es sólo ese guerrillero de mirada bravía, aparentemente individualista y feroz, sino también una ordenada estructura militar, un grupo político de pensamiento coherente, una administración civil y penal y una fraternidad de hombres libres que algunos de ellos como el capitán Camilo Cienfuegos —que une a su romántico nombre la afición a las novelas históricas— gustan comparar con la de Robin Hood.

Fidel Castro, con su inseparable fusil belga 30.06, sus lentes de gruesa montura y una radio a transistores permanentemente pegada a su oído para escuchar las noticias de La Habana, es el nómade de la tropa. Con su grupo de capitanes no tiene un sitio fijo; casi todas las semanas traslada su paradero, recorriendo la Sierra.

El artífice de la organización de la tropa es Ernesto Guevara, más conocido por Ché,[5] el médico rosarino de legendario valor, a quien Castro ha equiparado a sí mismo con el grado de comandante. Todas las muchachitas de Cuba tienen en su tocador un recorte con alguna de las escasas fotos de Guevara y las anécdotas de arrojo del Ché son innumerables; un ficticio pasado de combatiente en Guatemala contra la revolución de Castillo Armas ha añadido a su biografía el toque de soldado de fortuna y de peligroso comunista, que la completa. En la vida real, Ernesto Guevara es un hombre de poco más de treinta años, que habla sólo lo ne-

5 Apodo otorgado en Cuba a los rioplatenses.

cesario. Estuvo, sí, en Guatemala, pero como enfermero de un hospital porque no podía revalidar su título. Cuando se entera de que lo consideran comunista sonríe enigmáticamente. Va a los combates montado en su mulo (que bautizó "Martín Fierro") y lleva en la mochila un venerable termo, sin tapón de cebar, y un mate. En el bolsillo de la camisa, durante todos los días que estuve en su campamento, guardaba un tomito verde de la editorial Aguilar, con poesías negras de Ballagas, y a veces se tiraba bajo un arbusto, a leer en voz baja.

El Ché, un sedentario debido a su asma pero un hombre de acción por voluntad propia, ha ido organizando el cuartel de Castro. Distribuídos en las laderas de cuatro picos montañosos con alturas que oscilan en los 1800 metros, sus hombres operan una armería, una fábrica de calzado y mochilas, un hospital de sangre, una estación radioemisora, un almacén, la redacción de un periódico y la casita del Club de Prensa. Cuatro muchachas incorporadas a la tropa dictan clases de primeras letras a los niños de la zona y a los soldados analfabetos (incluso, a los **casquitos**, los prisioneros gubernistas); un sacerdote católico, el padre Sardiñas, saca a veces de su mochila la sobrepelliz, para administrar algún sacramento u oficiar misas de campaña.

El abastecimiento también está a cargo del comandante Guevara. Todos los alimentos que pueden obtenerse en la Sierra son pagados a los campesinos con dinero efectivo, incluso el escaso ganado vacuno. Cuando visité el cuartel general, cerca de 200 reses de ganado cebú, disimuladas de a tres y cuatro en diversos puntos de la montaña, estaban destinadas a la faena. (No siempre ha sido así, sin embargo, y Guevara —desde su "riqueza" actual, que él mismo califica de "excesiva"— añora los tiempos austeros en que la carne de algún mulo enfermo o despeñado era un manjar gustado de vez en cuando). A algunas millas de distancia del campamento, el venerable capitán Crescencio Pérez —un patriarca campesino de 68 años, gran barba blanca y una tribu de hijos que le obedecen ciegamente— rige lo que los rebeldes llaman "el Ministerio de Agricultura": una zona inexpugnable donde se cultivan la malanga, el boniato y el arroz, utilizando como mano de obra a reclutas novicios para los cuales aún no hay fusil.

Dos médicos se han incorporado a la tropa. Uno, Ser-

gio Fajardo, está a cargo del hospital de sangre; el otro es el osteólogo de fama continental Frank Martínez Páez, que prefirió la dura vida de la Sierra a su cátedra habanera. En su mochila de soldado Martínez Páez lleva un tratado de osteología en inglés y es frecuente sorprenderlo al abrigo de una peña cualquiera, mientras los bombarderos bordonean ominosamente sobre el campamento, enfrascado en su libro.

Finalmente, están Luis Orlando Rodríguez —un veterano periodista, director y propietario del clausurado diario **La Calle** y ex diputado,— a cargo del periódico semanal de los rebeldes—, y Humberto Sorí Marín —directivo del Colegio de Abogados y participante del Congreso de Jurisprudentes realizado en Montevideo hace unos años— que ha estructurado un Código Penal Militar y está redactando, actualmente, disposiciones para ejercer en el territorio dominado por los rebeldes la administración de la justicia civil.

Desde diciembre de 1957, cuando el comandante Sánchez Mosquera fue derrotado por Guevara en el Alto de Conrado, ninguna fuerza gubernista se ha atrevido a subir a la Sierra Maestra para presentar batalla a Fidel Castro. Los 20.000 hombres del ejército batistiano distribuídos en la provincia de Oriente, poseen tanques Sherman, morteros, **bazookas** y cañones de campaña; la aviación satura diariamente de bombas y metralla la "zona de muerte"; una fragata de la Marina, apostada en la costa sur de Oriente, cañonea todas las noches las montañas. Ningún cargamento de armas puede llegar desde los Estados Unidos, que han establecido un bloqueo eficaz y, por comprensibles razones políticas, Fidel Castro dice que no desea entablar gestiones para obtenerlas en los países de la órbita socialista (se sabe que un emisario yugoslavo que estuvo en la Sierra, no llegó a un acuerdo con los rebeldes). Y sin embargo, la guerrilla posee modernas carabinas Garand, morteros, **bazookas** y ametralladoras Thompson y Browning. La fuente de ese armamento está en el propio ejército de Batista, y en las incursiones exitosas que periódicamente realizan los rebeldes.

El 14 de febrero, al llegar Bigart y yo al punto de encuentro con la tropa de Castro, se estaba librando el combate de Pino del Agua. Aproximadamente unos 800 rebeldes habían bajado hacia una zona maderera en el llano, y atacaron durante dos días a la guarnición gubenista apostada en un aserradero, aniquilándola finalmente. Incluídos refuerzos gubernistas llegados desde la

cercana ciudad de Bayamo, el ejército poseía en Pino del Agua seis veces más hombres que Castro. Tanques y morteros intervinieron en la acción y los rebeldes estuvieron permanentemente hostigados por la aviación enemiga. Sin embargo, sólo tuvieron cuatro muertos contra noventa y seis del ejército, capturaron al teniente Evelio Laferté [6] y cuatro soldados, más gran cantidad de ametralladoras, fusiles, granadas y cajas de balas.

Pero la explicación de estos resultados asombrosos no está solamente en la magnética personalidad de Fidel Castro, en el valor y la prudencia del Ché Guevara o en el apoyo incondicional de la población campesina; los mil hombres que han aceptado la salvaje y durísima existencia de la Sierra Maestra, venidos de todas partes de Cuba y dejando mujeres, novias, hijos o madres, son también una clave decisiva.

El 15 de febrero, cuando iba llegando al campamento de Castro después de una etapa ininterrumpida de nueve horas de marcha junto a la parihuela donde era transportado Camilo Cienfuegos (con un balazo en el vientre, recibido en Pino del Agua), de un bohío ya envuelto en la penumbra del atardecer salía el nervioso rasgueo de un tres, la guitarra cubana de tres cuerdas y la voz del guerrillero y poeta Jorge Luis García, en un son:

Quítate de la acera,
mira que te tumbo,
que aquí viene el Ché Guevara
acabando con el mundo.

Adentro, lo rodeaban el teniente-niño Joel Iglesias, de 16 años, aún con muletas luego de haber sido herido de siete balazos en el combate de Mar Verde; el estudiante de derecho Osvaldo Herrera, la empleada de tienda Ileana Rodés, la guajira Gladys (que nació en la Sierra y fue casada por el padre Sardiñas con el armero de Fidel Castro), el locutor de radio Orestes Valera, el moreno Monguito —que sabe de memoria la mitad del **Martín Fierro**— Peña, que era empleado de una estación de servicio en Holguín, el **Vaquerito** Rodríguez,[7] cuyo último oficio fue el de secretario de un

---

6 En enero de 1959, reencontré en La Habana a Laferté, con uniforme de capitán del Ejército Rebelde, convertido en custodia de Castro.

7 Roberto Rodríguez, el Vaquerito, era en esos momentos nada más que un guía, sin derecho a arma, y fue él quien nos subió, a Bigart y a mí, a la Sierra Maestra. Su ambición consistía en tener un fusil y un reloj pulsera. Se hizo el gusto; murió

mago de feria, Carlos Figueredo, el almacenero que admira a Gardel. De todos los puntos de Cuba, estos hombres y mujeres habían llegado para pelear junto a Fidel Castro; casi todos ya habían visto la muerte cara a cara, hacía muchos meses que no sabían de su familia y el frío de la noche de montaña se colaba por sus uniformes desgarrados. Cuando entré, sobre un fogón hervía una olla con malanga que iba a ser la única cena de todos; iluminados por un candil de kerosene me miraron sonrientes, me ayudaron a quitarme la mochila y el bulto de la hamaca y me arrimaron un asiento, humildes y alegre, gente de pueblo parecida en ese momento a la de todo el mundo. Aquel bohío lleno de humos y cantos era la sede de Fidel Castro, la Casa de Gobierno de la revolución. Entonces me acordé de la otra Casa de Gobierno que había visto dos semanas antes en La Habana, con sus ventanas clausuradas, sus nidos de ametralladoras en cada esquina del techo y el hombre torvo que vive en ella, sin recibir siquiera a los diplomáticos extranjeros.

4.- Conversaciones con Castro

Fidel Castro no es todo el Movimiento 26 de Julio. Su mérito está en propiciar esa modificación del planteo inicial —un joven dirigente valeroso y casi solo, llamando al levantamiento y erigido en caudillo— y en haber estimulado a toda una joven generación cubana a asumir responsabilidades y considerar los episodios heroicos del ataque a Cuartel Moncada o del desembarco del **Granma** como simples puntos de partida para una radical transformación del país.

Jugando su vida diariamente (hace unas semanas,

---

en el combate de Santa Clara, como capitán del famoso "Pelotón Suicida" del Ché, y llevaba entonces mi reloj, que le dejé al bajar de la Sierra. Es recordado hoy en Cuba como uno de los héroes ejemplares de la Revolución.

mientras se tiroteaba al descubierto con el ejército, parado en medio de un camino, la línea de metralla de un avión pasó a centímetros de sus pies) sufriendo las terribles condiciones de vida de la Sierra Maestra, Fidel Castro es el presidente de la Dirección Nacional del Movimiento y el jefe de su Estado Mayor, pero reconoce que, en febrero de 1958, ya no puede hablar en carácter de intérprete exclusivo del 26 de Julio, como lo hacía en 1956 y 1957; una elaborada organización, que él mismo fue creando de a poco, ha ocupado el lugar del dirigente único y el programa del Movimiento no se expresa ahora únicamente a través de Fidel.

Los periodistas americanos que lo entrevistaron han destacado de Castro lo que más apetece, en la admirable personalidad del dirigente, al público de sus diarios y revistas: la faceta del guerrillero, la condición de caudillo militar y civil que ha conmovido a un país entero. Es infrecuente la mención a la otra mitad del 26 de Julio: los dirigentes civiles de Santiago y La Habana que, en pie de igualdad con Castro y muchas veces autónomamente, elaboran planes, objetivos políticos o declaraciones de principios.

El carácter de mi visita a Cuba me permitió recoger informaciones desde ambos lados de la revolución. Bruno, que es uno de los más importantes dirigentes del 26 de Julio, me explicó largamente la índole de la plataforma del Movimiento. En Santiago, en las pequeños ciudades de provincia, otros responsables de la resistencia añadieron útiles detalles a esa reseña. Y una entrevista con Fidel Castro —hecha de varias conversaciones a lo largo de muchos días— completó el planteo de lo que hasta hace pocos meses el 26 de Julio admitía no poseer en detalle: el esquema político y económico que sustituirá, después del triunfo, al corrupto andamiaje elaborado por los políticos profesionales y los dictadores, desde las épocas de Gerardo Machado.

Fidel Castro, con una barba que añade varios años al semblante juvenil y su natural corpulencia aumentada por tricotas y camisas de abrigo, da a primera vista la impresión de un hombre ganado por la tosquedad de la vida en la Sierra. A su cintura se ciñen siempre las cartucheras con cuatro kilos de balas; una pistola, una cantimplora y su inseparable rifle belga de precisión, calibre 30.06, completan un atuendo que, aparentemente, no se presta para la discusión sutil de la política. Pero apenas se cala sus lentes de montura de carey, medita un momento y comienza a hablar con su voz

suave, en su lentitud de movimientos y en la tranquilidad de su tono se traslucen a cada rato inflexiones ardientes y un natural poder de convicción. El abogado innato que hay en Fidel aparece con la primera indiscreción del interlocutor o la pregunta difícil; suavemente, sin cambiar de tono, busca dirigir la charla hacia otro punto, y a veces lo consigue. Cuando el acoso de una pregunta es demasiado insistente, calla unos segundos mirando el habano que se quema, y después dice: "Perdona (todos los cubanos tutean desde el primer encuentro), pero eso no puedo contestarlo".

Aparte de otras charlas informales, dos veces pude sostener una larga y deliberada conversación política con Fidel Castro: la primera fue de noche, hasta la madrugada, en un bohío, y siguió afuera, a lo largo de un sendero de montaña que Castro iluminaba con su linterna, mientras caminábamos hacia un campamento. La otra fue a la hora de la siesta, en un sitio de la selva donde el jefe rebelde había procurado un aparte para hablar sin oídos indiscretos, y en ellas estuvieron presentes dos dirigentes de la Resistencia que se encontraban en la Sierra.[7]

—En primer lugar —pregunté a Castro— ¿quién es responsable por la redacción del programa del Movimiento?

—Por supuesto —contestó— la Dirección Nacional que yo integro; después, técnicos de diversas especializaciones, según los puntos.

—Por lo que se sabe hasta ahora, el 26 de Julio está apoyado por los sectores sociales más disímiles: la alta burguesía, los universitarios, un sector del proletariado industrial, los campesinos no organizados sindicalmente. ¿Cómo un programa político puede conciliar aspiraciones tan diversas, sin hacer que choquen intereses? ¿O qué sector predomina en el programa? Finalmente: ¿no se corre así el riesgo de que cualquier solución quede anulada al atender a solicitaciones tan diversas?

—Eso sería cierto —expresó Castro— si esta revolu-

---

7 Además de Bigart y yo, el pequeño grupo que en febrero llegó al recóndito campamento de Fidel se completaba con el tisiólogo Vicente de la O (salido conmigo de Santiago de Cuba, después de abandonar todo, para servir como médico en la Sierra), con un joven que iba a incorporarse a la guerrilla y Vilma Espín que, acompañada por el abogado Lucas Morán, subió a la Sierra para una discusión política con Castro. Estos dos últimos son los dirigentes mencionados.

ción tuviera un contenido clasista; pero Cuba está tan necesitada de una reforma general, que lo único que buscamos es obtener un mínimo de decencia administrativa y de honradez política, para partir desde ahí a las soluciones.

—¿Cuál sería ese punto de partida?

—Por supuesto, el derrocamiento de la dictadura y la desaparición de la escena de todos los políticos que ahora la sostienen o la toleran. De allí en adelante, un gobierno provisional honesto y, finalmente, elecciones libres.

Desde hace un año, el 26 de Julio ha proclamado al juez Manuel Urrutia Lleó —quien, en fallo célebre, confirmó el derecho de rebelión frente a la dictadura, y debió exilarse inmediatamente— como su candidato para el gobierno provisional. Esta decisión fue declarada como inamovible, pero gente en La Habana me había sugerido que esa intransigencia estaba cediendo. En consecuencia, toqué el punto:

—¿El magistrado Urrutia sigue siendo candidato de ustedes?

—Sí, pero eso no quiere decir que no transijamos con otro, siempre que fuera aceptado por la mayoría del pueblo.

—¿Por ejemplo, el doctor Miró Cardona, el presidente del Colegio de Abogados?

—Cualquiera que la mayoría del pueblo acepte.

—En La Habana se habla de la posibilidad de una Junta Militar, como transición hacia unas elecciones luego de la caída de Batista, —dije.— ¿Aceptarían eso?

—De ninguna manera. Nada de militares. Tanto si sobreviniera una Junta Militar, como si se llevaran a cabo las elecciones anunciadas para junio, el Movimiento no reconocerá ninguno de esos resultados. Nuestra fórmula es: derrocamiento de Batista, gobierno provisional y elecciones libres.

—¿Tus tropas permanecerían armadas durante el término del gobierno provisional?

Esta fue una de las preguntas más obstinadamente eludidas por Castro. Dos o tres veces inició una respuesta lateral, hablando de "responsabilidades y peligros".

—Lo que interesa es esto —añadí—: ¿no creen que, desde el exterior, esa permanencia pueda considerarse como una coacción sobre la libertad de las elecciones subsiguientes?

—El Movimiento permanecerá armado, —declaró fi-

nalmente Fidel.— Hemos ganado luchando el derecho a hacerlo, y haremos respetar de esa manera nuestro programa, inclusive al gobierno provisional. Pero nada de militares "de transición", como en Colombia o Venezuela, y nada de políticos.

—¿Qué se piensa hacer con el ejército?

—El ejército será depurado. Nuestro concepto es el de un ejército profesional, pequeño y bien armado, dirigido por los hombres que ahora han sabido oponerse a la dictadura. Además, creemos que sería conveniente el servicio militar obligatorio.

El concepto parecía algo incongruente y pedí una aclaración.

—Sí, —reiteró Castro.— Servicio militar o instrucción militar, que democratice al ejército. Además, una fortificación de la Marina, que establezca un equilibrio de poder entre todas las ramas de las fuerzas armadas.

Las ideas económicas del Movimiento están contenidas en el folleto **Tesis económica**, que Castro editó en México. En nuestra charla, Fidel condensó rápidamente esos conceptos.

—Fundamentalmente —dijo— creemos necesario el acrecentamiento de la riqueza nacional y su más justa distribución. Nuestra principal fuente de divisas está en el campo, pero no sólo en la agricultura, sino también en la industrialización de sus productos. Deberemos tender a la total refinación del azúcar dentro del país, evitando la exportación de crudo. Además, ya es imprescindible crear industrias subsidiarias de la azucarera, tales como el aprovisionamiento del bagazo, con el que podríamos obtener, para forrajes y otros usos, alrededor de 50 millones de dólares anuales.

—¿El Movimiento incluye en su programa una reforma agraria?

Nuevamente, Castro pareció dudar unos segundos. (Muchos terratenientes apoyan la revolución, y éste ha sido uno de los más delicados aspectos del programa).

—En principio, sí, —manifestó—. Pero la expropiación no es imprescindible. Hay tierras fiscales suficientes para las necesidades de todos los campesinos. Hay que entregarlas, bajo asesoramiento agronómico, eliminando el actual "precarismo", en el que el campesino compra la "acción" pero no es dueño de la tierra. Además, creemos que es necesario el contralor estatal sobre la propiedad —fiscal o privada— en lo referente a la explotación tecnificada.

—¿Se mantendrían algunos de los organismos actuales?

—Lo que hay ahora, es un caos. Resumiéndote el programa, los puntos serían tres: a) distribución de tierras del Estado a los precaristas; b) impuestos altos sobre latifundios no productivos; c) fijación por ley de la superficie máxima que pueda poseerse. Si los dos últimos no resultaran, entonces se aplicaría la expropiación en casos concretos.

La conversación entró después en un resbaladizo terreno: el de las inversiones industriales. Cuba tiene enfrente a los Estados Unidos, el principal inversor extranjero en América Latina. Casi todos sus servicios públicos están en manos de compañía estadounidenses. Las armas que Batista usa contra el Movimiento son las que Estados Unidos le vende, pero como en los casos de Venezuela y Colombia, se sabe que el Departamento de Estado no quiere ya comprometerse en el apoyo a las dictaduras demasiado corrompidas, cuando el alzamiento popular alcanza los extremos que se registraron en Caracas y que se observan hoy en Cuba. En ese cuadro, las declaraciones de Fidel deben ser medidas, y sus respuestas fueron un modelo de diplomacia.

—¿Cuál es el programa referido al incremento industrial?

—Pensamos que hay que perfeccionar el estado de las industrias extractivas, principalmente aquí, en Oriente. Después comenzar la creación de una industria pesada y estimular el establecimiento de industrias conexas a la producción agropecuaria. Por un tiempo, eso alcanzará.

—¿Y en cuanto a inversiones?

—Lo ideal, en primer término, es utilizar el capital cubano. Los depósitos privados en el Banco de Cuba, actualmente, bastan para un plan industrial de 10 años. Ello no quiere decir que no aceptemos las inversiones extranjeras.

—¿Las condiciones actuales para el retiro de ganancias (libertad absoluta, con un pequeño impuesto) serán mantenidas?

—Sí.

—¿Qué posición han fijado sobre préstamos internacionales?

—Creemos que deben aceptarse únicamente de gobierno a gobierno.

—Tengo entendido que Cuba ha establecido varios

tratados económicos con los Estados Unidos. ¿Se piensa revisarlos?

—No es conveniente plantear ahora esos problemas.

—Sin embargo, es un punto importante. ¿Se revisarían?

—Bueno, —meditó Fidel, encontrando finalmente la fórmula de la respuesta—. Revisar no es anular. Existe una tendencia a revisar, simplemente. En especial, el empréstito de 600 millones de dólares, que contiene una cláusula anticonstitucional (gravamen del impuesto interno a las utilidades, para servir amortizaciones), pero puedo decirte que respetaremos todos los convenios estructurados con honestidad.

Uno de los temas económicos que todavía no ha proporcionado a Cuba muchos dolores de cabeza es el de su incipiente industria petrolífera. Una legislación presionada por intereses va creando una compleja y desventajosa situación: la ley no hace distinción entre nacionales y extranjeros para la concesión de cateos. Pagando 120 dólares, más un centavo por hectárea, se obtienen concesiones de hasta 40.000 metros cuadrados por 4 años; la explotación está autorizada por 30 años, con opción a 10 más. Sobre el régimen actual dice Castro:

—Es totalmente inmoral. Está basado únicamente en especulaciones de amigos del gobierno. Hay que revisar todo el régimen de concesiones.

—¿Eso quiere decir que, por ejemplo, se establecería para la explotación el sistema de 50 y 50 en las ganancias, entre el Estado y los concesionarios?

—No. Una vez hechas legalmente las concesiones, los impuestos serán los normales para cualquier inversión. El petróleo de Cuba es dudoso; no podemos darnos el lujo del régimen impositivo venezolano, todavía.

—¿La nacionalización de los servicios públicos está comprendida en el programa?

—No estamos en el caso de la Argentina, donde la nacionalización era asunto de vida o muerte. Aquí lo que interesa, principalmente, es mejorar los servicios. Puedo decir, concretamente, que la definición mejor sería "municipalizar". Y, únicamente, en los casos en que el Estado no pudiera establecer competitivamente un servicio paralelo.

Por un momento Fidel fumó su habano; quizás pensaba que había hablado demasiado; sobre todo, después de sus recientes declaraciones (minuciosamente compuestas de lugares comunes y no comprometedoras) a la revista **Look**. Luego hizo una aclaración:

—Todo esto parece, así, un poco fragmentario. No lo anotes simplemente como te lo dije. Un programa de gobierno no es sólo una enumeración de ideas, sino también una cuestión de oportunidad. Nuestro programa tiene un margen flexible para imprevistos.

—Queda una sola pregunta sobre el tema: ¿Qué piensan de la libertad de comercio? ¿Estarían dispuestos a desviar la mayor parte de las exportaciones hacia otros países que no fueran los Estados Unidos, en caso de mejores precios?

—Indudablemente, nuestra órbita de comercio ha sido, es y será la de los Estados Unidos. Pero no tengo obstáculos en decir que sostenemos la libertad de comercio. Somos partidarios, además, de bloques regionales o continentales de países latinoamericanos con economías complementarias.

—¿Y cómo piensan actuar frente a las dictaduras criollas?

Aquí el Fidel Castro revolucionario —que, quizás subconscientemente, eligió los colores anarquistas para la bandera de su movimiento— salió a luz en una frase apasionada:

—Romperemos relaciones con todas las dictaduras que son la vergüenza de América. Puedes descontarlo.

No se puede resumir tres días de conversaciones en una nota periodística. Pero en lo que antecede, seguramente, está la esencia de un programa largamente madurado. Adolece de vaguedades deliberadas; es el arma con que el buró político del 26 de Julio, mientras Fidel lucha físicamente en la Sierra con la dictadura, está mostrando de a poco al Departamento de Estado y a los intereses económicos extranjeros, qué se puede esperar de la revolución. Y a veces, una frase bien expresada, dicha al azar en un reportaje, puede mover un inesperado hilo en alguna Cancillería.

A lo largo de estas notas he tratado de reflejar el complejo cuadro social de Cuba oprimida por una cruel dictadura y con su esperanza puesta en una pujante revolución, que no puede encasillarse en ninguna definición ideológica y clasista, pero que pretende no ser únicamente política, sino también social. ¿Qué posibilidades existen, en marzo de 1958, para afirmar alguna predicción basada en el cúmulo de opiniones y hechos coleccionados en esta serie?

En principio, parece innegable que los días del ré-

gimen de Fulgencio Batista están contados. El plan maestro del 26 de Julio compone su juego con tres cartas principales: el pronunciamiento cívico, la creación de un estado insurreccional que haga imposible la ficción de una vida normal de convivencia bajo la dictadura, y la huelga general revolucionaria.

Los dos primeros puntos ya se han cumplido; faltaba que la Iglesia se pronunciara contra el gobierno, y ya lo ha hecho; Batista ha tenido que implantar nuevamente el estado de sitio y confiesa que no podrá celebrar elecciones. Queda únicamente por jugar la tercera carta. Y en cada fábrica y comercio de la Isla, los obreros y los empleados —férreamente unidos en torno a las consignas del 26 de Julio y con armas en su poder— esperan sólo la orden del paro general.

Entonces los guajiros, los estudiantes y las maestras de la tropa de Fidel Castro podrán bajar de la Sierra Maestra y hacer suya la frase que José Martí estampó en las últimas páginas de su **Diario: "Es gran gozo vivir entre hombres en la hora de su grandeza".**

LA MADUREZ DE UN JEFE

REPORTER — 12/VII/1961

El periodista que pregunte en La Habana cuál es el trámite para obtener una entrevista con Fidel Castro, recibirá de los funcionarios o de los colegas interrogados una enigmática sonrisa que corrobora su ingenuidad. Fidel Castro no otorga audiencias a periodistas. Primero, porque su jornada está demasiado llena de viajes, reuniones, inspecciones, deliberaciones del Consejo de Ministros, mitines y apariciones en televisión. Después, porque el Primer Ministro ha aprendido, a su costa, a no confiar en los periodistas, sobre todo en los que vienen del Norte.

Ya ha habido muchos de esos enviados especiales, a veces de diarios y revistas con importancia mundial, que han dividido sus tres o cuatro días de La Habana entre la lectura de periódicos, las visitas al cabaret Tropicana y una tarde con Castro —quien, antes, solía procurar él mismo el diálogo con extranjeros— y vuelven proporcionando a sus lectores muchos detalles sobre la barba de Fidel, las encantadoras curvas de algunas milicianas o la multitud de rostros soviéticos que uno tropieza a cada vuelta de esquina, pero muy poco (y eso casi siempre distorsionado) sobre las declaraciones y el pensamiento verdadero del joven líder.

Por otra parte, ¿qué puede agregar una entrevista personal a lo que Castro dice y repite a toda hora de su jornada, para que lo oiga todo el mundo? La televisión y la radio no son para el Primer Ministro simples medios de propaganda o los instrumentos de un lavado de cerebro, como dicen sus enemigos. Privado del ámbito de resonancia entre el gobierno y la masa que, a través de sus diversos niveles, es un partido político, Fidel Castro ejerce una variedad cubana de primitiva democracia directa, donde los asuntos de Estado se comentan y se explican en la plaza pública. Quizás, dentro de una ortodoxia del sistema democrático representativo, esto no pueda considerarse el diálogo y la interacción entre pueblo y gobierno que oficialmente define a otros regímenes, pero es evidente que en el caso cubano funciona bien. El respaldo popular al gobierno es visible; la confianza absoluta de los gobernados y la seguridad de los gobernantes en que son los intérpretes reales de la voluntad del pueblo, son hechos incontrastables, al alcance de cualquier observador extranjero.

Descontado ese aspecto, los frecuentes y larguísimos contactos de Castro con la opinión pública añaden a esa comunicación un sentido didáctico que pone al alcance del más humilde campesino la posibilidad de entender temas tan celosamente guardados hasta ahora en sus cajones por los especialistas como la planificación de la economía, el funcionamiento de la balanza de pagos o la diversificación de los cultivos agrícolas. Al mismo tiempo, con algo de mitológico en el hecho, es indudable que Castro absorbe periódicamente de sus contactos con la masa, de la fe que encuentra en las muchedumbres formidables que se congregan para escucharlo, una especie de energía que debe constituir el alimento de su fabulosa actividad y de ese permanente "estado de gracia" político en que vive, siempre exultante y dispuesto a la lucha, poseedor y transmisor de una mística contagiosa.

En cierto modo, los discursos de Castro son más que informes de gobierno; son el gobierno mismo y, además, la prueba irrefutable para centenares de miles de humildes de que la revolución sigue viva. Si Fidel Castro callara y los cubanos supieran qué pasa allá arriba sólo por la **Gaceta Oficial** y lo que va a pasar únicamente por los periódicos, ese misterioso fluído que corre entre el líder y su pueblo quedaría estancado y el motor de la revolución se detendría.

Jean-Paul Sartre escribió el año pasado, constatando el hecho: "Cansada de discursos, la nación desdeñaba las frases; desde que Fidel Castro le habla, no ha escuchado una sola. Hechos. Demostraciones. Análisis. Estupefactos, los cubanos no reconocieron en esa voz los viejos arrebatos del parlamentarismo. La voz humana, pues, podía servir para otros usos". Y después de escuchar personalmente a Castro en un discurso, pudo entender más, todavía: "Bastaría publicar el texto para que la determinación firme y violenta, la indignación sombría, saltaran a los ojos del lector. Pero ningún periódico haría sentir lo que fue en verdad el discurso: una larga marcha contra el viento, bajo las nubes, en la noche, hacia un paso todavía desconocido: victoria o exterminación. El simple texto no reflejaría la inquietud, los tanteos, las paradas, las súbitas arrancadas, la lentitud y la aceleración progresiva de la elocución, ni, sobre todo, bajo el hervor de la cólera, la aplicación honrada, casi triste, el curioso maridaje de la resolución más firme con el deseo concienzudo, casi tímido, de proceder bien. Aquellas palabras eran como pasos; a cada uno de ellos, el que marchaba podía detenerse; lo sabía, pero también sabía que había que continuar. Sola, por su cansancio y amargura, por su fuerza, la voz nos revelaba la soledad del hombre que decidía por su pueblo en medio de quinientos mil silencios".

En esas condiciones poco pueden añadir las entrevistas personales. Pero la semana pasada, alrededor de una docena de periodistas estadounidenses e ingleses se colaron por una brecha en la muralla de legítima suspicacia que, después de la invasión de abril, el gobierno cubano levantó frente a las agencias noticiosas y a los corresponsales extranjeros. El Comité Tractores por la Libertad enviaba una delegación de técnicos a deliberar con Fidel; la Embajada checoslovaca en Washington (encargada de los asuntos cubanos desde la ruptura de relaciones con los Estados Unidos) visaría los pasaportes de quien quisiera venir a La Habana para informar sobre el encuentro.

Por primera vez en muchos meses Fidel Castro, ese ser casi mítico de grandes barbas, eternamente vestido con uniforme de campaña, una de las cuatro o cinco figuras mundiales decisivas de la época, iba a estar al alcance del juego de preguntas y respuestas.

Casi inmediatamente de la llegada de los periodistas, se anunció la conferencia de prensa. Cuando lo

supieron, transpirando bajo sus camisas de nylon, mirando de reojo a cada cubano próximo como si fuera miembro del G-2 (el Servicio Secreto de la Revolución) los corresponsales norteamericanos se reunieron llenos de nerviosidad en el lobby del Habana Riviera. Algunos aparentaban más calma; Tad Szulcz, del **New York Times**, que habla español y vivió un año en Cuba, tomaba el acontecimiento con estudiada frialdad. Pero otros jóvenes reporteros no podían ocultar su angustia. Sobre todo los que nunca habían estado en Cuba, pero leían desde 1959 la versión periodística estadounidense de la Revolución cubana. ¿De modo que dentro de unas horas iban a estar frente a frente con el primer dictador comunista de América Latina, con el sanguinario fusilador de miles de inocentes, muchos de ellos sus amigos? ¿Era posible que esta pequeña excursión de dos días acompañando a cuatro maduros señores de anteojos, que venían a discutir aburridamente sobre la cantidad de HP necesarios a un tractor agrícola, se convirtiera de pronto en la oportunidad periodística con que sueñan tantos cronistas en las redacciones de Washington o de Kalamazoo? La dificultad idiomática aumentaba las zozobras. Un funcionario menor del ICAP (organismo encargado de agasajar a los huéspedes oficiales) les había dicho que esperaran en el hotel. Pero al poco rato, a través del nerviosismo y del horrible calor de La Habana, el cicerone se había transformado en un G-2 y la exhortación en una orden de no pisar la vereda. "Estamos incomunicados..." gimió el fotógrafo Bob Schutz, secándose el sudor de la frente.

Veinte minutos más tarde, ignorante de los sobresaltos causados, el funcionario regresó sonriente: Fidel Castro recibiría a los periodistas por la tarde. Ahora estaba reunido con los negociadores del Comité en el Instituto Nacional de Reforma Agraria, y quien lo quisiera podía ir hasta allí en los automóviles oficiales.

Como todo periodista residente en La Habana, pude aprender en pocos días la lección de que no debe intentarse concertar una entrevista con Fidel Castro. Pero, al mismo tiempo, me enseñaron la solución que, en las redacciones de los diarios, se transmite a algunos con esa cierta ternura secreta de quien está relatando las travesuras del primogénito: Fidel no da entrevistas, pero cuando terminan sus deberes oficiales de la jornada (es decir, a cualquier hora entre media noche y el mediodía siguiente) reclama sus derechos de simple ciudadano y acarrea a su semidormido grupo de fieles,

a recién conocidos y a alguna personalidad mundial (Sartre, Naksim Hikmet, Enrique Líster, Françoise Sagan, el pintor Guayasamín, Joris Ivens o Lázaro Cárdenas) hacia algún restaurante de buena cocina y ambiente discreto, para charlar hasta la salida del sol.

Una madrugada el teléfono sonó en mi habitación y un amigo cronista me dijo una sola palabra: "Monseigneur". En la práctica era un santo y seña más valioso que horas de antesala en el Palacio o infructuosos viajes a la residencia de Fidel, en el cercano pueblecito pescador de Cojímar. El Monseigneur es un tranquilo subsuelo de un moderno edificio de apartamentos, en la esquina de las calles 21 y 0, frente a los portones del parque que contiene al hotel Nacional, en el barrio del Vedado. Aunque ahora, como casi todos los restaurantes, pertenece al Instituto de la Industria Turística, la heterodoxia revolucionaria ha respetado su antiguo ambiente. En el Monseigneur —paredes empapeladas de púrpura, candelabros, comida europea y una discreta diseuse amenizando la cena— los camareros sirven todavía la salsa de champignons vestidos de frac (única concesión a la zona tórrida: el frac es de dacron) y no hay peligro de que un ritmo de pachanga venga a interrumpir una meditativa sobremesa de temas políticos.

Cuando llegué al Monseigneur eran las dos de la mañana y el capitán Gamonal, un joven moreno y prematuramente calvo que parece un profesor de Institutos Normales pero es el jefe de la guardia de Castro, me dijo que no valía la pena entrar: "Fidel está saliendo en estos momentos". En la vereda varios tenientes, uniformados de verde olivo y con metralletas checas, se recostaban indolentemente sobre los automóviles de la comitiva, dos negros y relucientes Oldsmobile último modelo. En el de Castro, que ostenta la simple chapa verde de los autos particulares, con el número 190718, el chofer dormitaba con los pies colgando hacia la vereda por la portezuela entreabierta.

El morenito que recibe las propinas finales de los clientes del Monseigneur por llamarles un taxi, subió a escape la escalera con los ojos como platos: "Ahí viene, ahí viene". Los tenientes adoptaron la posición de firmes y se asomaron a mirar; allá abajo, la puerta de cristal se abrió y apareció una mano. Después pasó un minuto y el morenito fue a investigar y regresó: "Abrió la puerta, pero está conversando con unas señoras". Los tenientes, seguros de su experiencia, volvieron a recostarse en los automóviles. Durante otra media hora, la

mano empujó y volvió a soltar la puerta varias veces. Detrás de la puerta, como en un film de suspenso, estaba Fidel Castro despidiéndose. El morenito traía las novedades: "Ahora vinieron los ayudantes de cocina, para pedirle algo". "Una señorita le pidió que firmara en la servilleta". (Según se dice, cada vez que Fidel Castro abandona la mesa de un restaurant, los mozos deben precipitarse a salvaguardar la vajilla, que los demás comensales quieren llevarse como **souvenir** de haber comido junto al jefe de la Revolución).

De pronto la puerta se abrió del todo y salió un grupo de hombres en uniforme verde olivo, con algunas damas. Casi todas vestían ropa de milicianas. En el centro venía Castro, con la boina de milicias que usa desde el año pasado, en vez del quepis del Ejército Rebelde. Se detuvo en la vereda, parpadeando bajo las frías luces de mercurio y preguntó, emergiendo recién, evidentemente, del océano de conversación que debió haber sido la última media hora: "¿Quién pagó la cena?". Después hubo presentaciones, reconocimientos mutuos ("Tú estás más gordo", para él; o "¿Qué te pasó en la cabeza, chico?", para mi, por cierto corte de pelo que me inventó el peluquero del hotel, partidario de la máquina cero) y preguntas. ¿Era cierto que había suspendido las entrevistas personales? Fidel parpadeaba, lleno de sueño, y una señora del grupo comentó: "Hace veinticuatro horas que no duerme". Pero en los pocos minutos hasta el anuncio de Gamonal de que el coche estaba listo, hubo tiempo para una respuesta que fue a la vez, en el más puro estilo Castro, una enunciación de normas generales: "Tú comprendes que ya pasó el momento de dar entrevistas. A ustedes los periodistas ya les he dicho todo, y además se lo estamos repitiendo todos los días. ¿Qué vale más: una entrevista conmigo o que ustedes vean lo que está pasando en Cuba? Viaja al campo, visita las granjas del pueblo y todo lo que quieras, porque ahí están todas las respuestas. No pierdas el tiempo en las entrevistas, porque tú vienes desde muy lejos. Mira: vete a la Ciénaga, a Playa Girón y anota todo lo que hemos hecho allí. Antes del 17 de abril y después que los gusanos * invadieron, y entonces vas a tener tema para cien notas". La fatiga sólo

---

* En el lenguaje popular cubano, los invasores han quedado irremediablemente designados como **gusanos**, debido al color de su ropa de camuflaje, que se asemeja a las motas de una oruga.

se le notaba en el parpadeo y en el tono bajo de la voz, pero mientras yo me volvía a Gamonal para dejarle mi dirección y mis señas, ya Castro estaba programando las próximas horas: "Tú (a un oficial que esperaba) vienes conmigo en la máquina, porque tenemos mucho que hablar. Y usted (a un señor canoso, de aspecto europeo) vaya a descansar, porque lo hemos entretenido mucho tiempo".

Después se acomodó al volante del Oldsmobile y los jóvenes tenientes saltaron al otro coche. Al minuto siguiente, los grandes focos traseros de los automóviles se perdían por la calle 21, iluminándola de rojo y, a la mitad de la cuadra, desde un grupo de trasnochadores que habían reconocido a Castro, partía una frase con el calificativo orgulloso que los cubanos le han elegido, en homenaje a su fogosidad y a su actitud indómita: "¡Caballo, conduce despacio! ¡Cuídate para nosotros!".

Cuando los corresponsales extranjeros llegaron al edificio del Instituto de Reforma Agraria, el miliciano centinela no se había puesto aún a la altura del clima de negociación que existía en La Habana desde el día anterior, a partir del momento en que la delegación del Comité empezó a reunirse con Dorticós y los diarios a publicar una información gráfica casi olvidada: rostros de norteamericanos sonrientes, fotografiados dentro de Cuba. Si no se tenía pase, había que quedarse afuera; todo dicho con malos modos revolucionarios.

Dentro, en el sexto piso, encerrado en un austero despacho cuya única decoración era una rosa roja en un búcaro sobre el escritorio y un enorme retrato de Camilo Cienfuegos, Fidel Castro y los negociadores habían empezado sus deliberaciones. Pero lo único que los sudorosos periodistas recibían del interior eran las frías bocanadas del aire acondicionado, que pasaban a la vereda desde el inmenso hall con paredes de cristal. Alguien, sentándose en el cordón, comenzó a beber una Coca Cola (nacionalizada) y pronosticó que en ese momento había 40 grados a la sombra. Una hora más tarde, cierto funcionario se apiadó de los corresponsales y salió a aconsejarlos: era probable que Fidel Castro recibiera a la prensa, para enterarla de la marcha de las negociaciones, a las dieciséis.

A las quince y treinta Robert Starkie, del **Daily Telegraph** de Londres, y yo, advertimos que habíamos sido los primeros en llegar. Y cuando una empleada habló

un minuto por un intercomunicador y después gritó: "¡Los periodistas, al sexto piso!", advertimos también que íbamos a ser los primeros en ver a Castro. Cometimos una sola equivocación: ser demasiado pesimistas. El viaje hasta el sexto piso fue la acostumbrada cadena burocrática, donde el visitante es pasado de mano en mano y de oficina en oficina. Al ser confiados por tercera vez a la conducción de una nueva miliciana, y haber pasado ya por cuatro puertas, realmente nos descuidamos al indicársenos la quinta. La puerta se abrió antes de que golpeáramos, y nos encontramos en un cuarto lleno de uniformes verde olivo. Yo estaba repitiendo por décima vez el motivo de nuestra aparición, cuando caí en la cuenta de que el hombre uniformado que nos había abierto la puerta y nos observaba con expresión divertida, cigarro en mano, era el propio Fidel Castro.

"Bueno —dijo— ¿Y los demás?" Mientras Starkie le explicaba nuestro adelanto, tuve tiempo de observarlo. Salvo por la estrella blanca de comandante en el rombo rojinegro de los hombros, el uniforme de Fidel Castro no se diferencia en absoluto del de cualquier soldado raso. Las prendas son de reglamento, y ese día usaba una camisa y un pantalón algo raídos, con evidencia de haber soportado muchos lavados. Las botas negras, que detienen negligentemente sobre el tobillo la caída de los pantalones eran viejas y gastadas. Ha dejado de usar sus dos famosos relojes pulsera ("los llevo por si uno se detiene", explicó una vez ingenuamente a una señora curiosa) y luce otro con malla de oro macizo, de una marca costosa. El reloj es lo único caro del atuendo. Lo demás tiene el sello de las cosas ajetreadas, cuyo dueño no se preocupa más que de que presten utilidad: la boina checoslovaca mostraba oscurecido por el uso su reborde de tafilete, el bolígrafo en el bolsillo era de los que se compran por veinticinco centavos en cualquier tienda, los eternos cigarros eran del Consolidado Nacional del Tabaco y no de ninguna marca prestigiosa. La vida al aire libre y las frecuentes giras por el campo le han atezado el rostro y las manos, dándole un aspecto más saludable que el que exhibía hace tres años, cuando bajó de la Sierra Maestra. Allá, la humedad de la selva y la montaña lo habían mantenido pálido: ahora, el sol de La Habana le ha prestado el tono trigueño permanente que sólo tienen los veraneantes muy ricos o los hombres de acción.

Después se sentó en un sillón, se hundió en él como buscando comodidad para un largo rato y puso en el

brazo del mueble una caja de fósforos del INRA y, sobre ella, el cigarro sin encender. Los corresponsales iban llegando de a poco y Castro se preocupaba. Con cierto aire desconcertado interrogaba a los funcionarios diseminados por la habitación y les pedía que fueran a buscar a los periodistas restantes. Durante veinte minutos se pudo asistir al espectáculo de un Primer Ministro esperando a quienes había concedido audiencia.

Cuando llegaron los impuntuales (y se supo que todo había sido cuestión de un ómnibus con horarios malentendidos) hubo una pausa y todos quedaron en silencio. Descendió sobre la reunión, repentinamente, la conciencia de su importancia: era claro que el hombre arrellanado en el sillón y la docena de periodistas nerviosos, expectantes o impacientes que se enfrentaban, estaban sopesando las proyecciones políticas de la conversación que vendría. En Estados Unidos, senadores, banqueros, la señora Eleanor Roosevelt y el señor Milton Eisenhower, quizás hasta el presidente Kennedy, estaban esperando respuesta a sus planteos sobre el trueque de tractores por prisioneros. En Montevideo, Buenos Aires, Río o Caracas, los expertos de las Cancillerías habían comenzado a elaborar sus planes para la conferencia económica interamericana. En Moscú, Nikita Jruschov examinaba las condiciones en que podría volar hasta La Habana el próximo 26 de julio, para su primer visita a Cuba y a América Latina. En Checoslovaquia, obreros metalúrgicos estaban trabajando horas extras para desmontar la maquinaria de una planta industrial que sería enviada a Cuba. En Tokio, una entusiasta muchedumbre obligaba al director de orquesta cubano Fajardo —en gira por Asia— a ejecutar con su conjunto el himno nacional de Cuba. Miles de personas, en esos países y en otros, actuaban influenciados por ese joven barbudo de 34 años y aspecto desmañado, y por su audaz política internacional. En la habitación del sexto piso, Castro y sus interlocutores se examinaban de hito en hito antes de comenzar la imprevisible partida de una conferencia de prensa.

Quienes esperaban un Fidel arrebatado y fustigador de los Estados Unidos como en sus discursos televisados, un Fidel fríamente hostil y obstinado en los planteos como en sus comunicaciones por escrito al Comité de Tractores, debieron modificar sus preguntas o su expectativa. Castro posee en alto grado esa intuición que sólo se da en algunos políticos y les permite advertir en pocos momentos la actitud íntima de sus interlocutores.

El hombre que nos había recibido a Starkie y a mí emanaba en todos sus gestos autoridad, confianza en sí mismo y la leve brusquedad de trato que adoptan las personalidades públicas cuando deben someterse a la ordalía de un interrogatorio periodístico. Pero aún no habían terminado de entrar en la habitación los norteamericanos, cuando su actitud cambió sutilmente. La gente que iba sentándose en torno a su sillón no confiaba en él, como lo hacen sus interlocutores cubanos de los discursos públicos. Del grupo vagamente excitado y hostil no fluía cordialidad. Y Castro puede ser absolutamente duro en sus pronunciamientos y hasta feroz en sus calificativos, pero no con los interlocutores a quienes debe convencer.

Cuando en 1960 tuvo que asistir, como fiscal supernumerario, al juicio de Hubert Matos, su oratoria —hasta ese día llena de anatemas y dicterios contra el hombre que se le había insurreccionado— se transformó en meramente polémica al entablarse el diálogo directamente con el acusado, porque Matos era un interlocutor y no el blanco lejano de sus invectivas. En abril pasado, cuando llevó antes las cámaras de la televisión a los mil doscientos invasores y los interrogó, los contradijo y los empujó a una sesión de discusiones políticas (increíble y posiblemente única en el mundo) donde los prisioneros acusados de alta traición impugnaban al Primer Ministro y argumentaban con él cara a cara, pasó lo mismo: los prisioneros eran los interlocutores y Fidel no podía destruirlos de entrada en su carácter de mitad del diálogo. Entonces, los categorizaba; al adoptar la llaneza de lenguaje, al excluir la grandilocuencia acusatoria, se estaba ganando la involuntaria adhesión de sus interlocutores, que entraban en el juego. Esa noche hubo prisioneros que manifestaron su arrepentimiento y pidieron perdón; hubo otros que prometieron luchar junto a las milicias ante una nueva invasión; hubo otros, en fin, que sostuvieron sus puntos de vista y recriminaron a Castro como si fuera el reo.

Los periodistas norteamericanos eran interlocutores a conquistar; durante las tres horas pasadas insensiblemente, Castro les proporcionó una confortable ilusión: el único estadista latinoamericano que hasta ahora ha planificado con éxito una experiencia económica socialista, el gobernante que obliga al Departamento de Estado a actuar con Cuba solamente ante situaciones de hecho y sin iniciativa, el revolucionario que ha llegado a la áscesis rompiendo con su clase social, el líder que ha

demostrado la terrible soledad que implica el poder fusilando a los amigos que pusieron en peligro el proceso de la revolución o aplicando leyes confiscatorias a la fortuna de su propia madre, era un joven intelectual ansioso de aprender, sólo interesado en que se le comprendiese y estimara.

A veces, se le escapaba cierta acritud. Cuando Lewis Gulick, de la Associated Press, le preguntó dónde había estado el día de la invasión, la respuesta fue cortante: "En la embajada de México", aludiendo al rumor de su asilo difundido por la agencia de Gulick. Cuando le pidieron opinión sobre la situación dominicana posterior a Trujillo, contestó: "Pregúntenselo a la OEA; está mejor informada que yo". Pero los exabruptos iban acompañados siempre de una sonrisa y seguidos de una respuesta complementaria seria y extensa, que conformaba al interlocutor sin darle tiempo para el disgusto.

En esas tres horas, con una dialéctica implacable disimulada por la corriente de simpatía y comodidad física que supo crear entre su persona y los desconcertados norteamericanos, desplegó los temas de la revolución. Todo fue explicado y justificado; cuando el hecho revolucionario negativo era evidente, la dialéctica era abandonada por la franqueza, sin que hubiera una solución de continuidad en la sensación de buena fe que había conseguido crear en el grupo.

"¿Usted sabe que hay censura en los despachos cablegráficos de la prensa?", le preguntó Jean Huteau, de la France-Presse. "No tenemos ninguna clase de censura", contestó Castro. (En realidad la hay, y de una clase burocrática muy irritante: la supresión de un despacho no se avisa al remitente). Huteau le explicó la situación real; en general, podía comprenderse que un país agredido o en pie de defensa estableciera control sobre las informaciones hacia el exterior, pero ese control debía situarse sobre bases justas y previas. La respuesta de Castro fue típica: "Usted tiene razón. No lo sabía, pero eso no puede continuar así. Le prometo que hoy mismo termina y ustedes podrán enviar libremente todas las noticias que deseen". Y después vino el acercamiento de calculada ingenuidad: "Nos faltan todavía muchas cosas, y una de ellas es un servicio de prensa que atienda todos los problemas de ustedes. Me doy cuenta de que es engorroso andar peregrinando por las oficinas públicas. Voy a ocuparme personalmente del asunto".

"¿Usted permitiría que en La Habana comenzara a editarse un diario en inglés?", le preguntó Robert Star-

kie. "Por supuesto —fue la respuesta,— con una sola condición: que se financie a sí mismo, sin recibir fondos del exterior".

"Nuestra visa expira el día que regrese la delegación de técnicos agrícolas —explicó el fotógrafo Schutz, en nombre de varios colegas—. ¿Podremos quedarnos una semana más?" "Quédense todo el tiempo que quieran. Hoy mismo daré las instrucciones".

De ese modo, fue eliminando de la futura versión periodística de la entrevista, toda aspereza. "Sólo les pido que escriban la verdad de lo que hayan oído aquí", les dijo hacia el final, ya seguro de que sólo una burda distorsión de los hechos podía evitar que la crónica de la conferencia de prensa le fuera desfavorable. Y no se equivocaba. Al día siguiente, hasta el **Miami Herald** (feroz enemigo de la revolución) publicaba un deslumbrado editorial de Robert Boyd, hablando del trato cordial de Fidel Castro y de la libertad de acción que el corresponsal había disfrutado en La Habana.

Usualmente, las conferencias de prensa de primer rango terminan cuando la personalidad entrevistada se levanta y aduce que otros compromisos la esperan. La de Fidel Castro terminó cuando los periodistas declararon que no encontraban más preguntas. Entonces, Castro añadió que estaba dispuesto a probar todo lo que había afirmado: las obras revolucionarias, el apoyo popular al gobierno, la estructura de los institutos públicos. "Ahora mismo —dijo, levantándose— podemos ir a comprobarlo, ustedes y yo. Salimos desde aquí, si lo desean". Yo arriesgué, tentativamente: "¿Por qué no hacerlo mañana, y hacia alguna provincia o hacia Playa Girón?" "Muy bien —dijo Castro—. Mañana iremos". (Al otro día, a las siete de la mañana, saldría en caravana de automóviles con los periodistas hacia la Bahía de Cochinos y los tendría doce horas trotando tras sus zancadas, hasta que hubieron recorrido todo el teatro de la invasión de abril y visto las casas bombardeadas, el transporte **Houston** semi-hundido frente a Playa Buenaventura y hasta los cocodrilos de las ciénagas de Zapata.)

Pero cuando los periodistas se despidieron, no sabían que dos horas después, mientras cenaban en el Habana Riviera, Fidel Castro irrumpiría en el comedor (debía fotografiarse oficialmente con los negociadores) y la conferencia de prensa agotada en el INRA seguiría hasta la salida del sol, prácticamente hasta la hora de la partida para Playa Girón.

Durante esa segunda y abigarrada reunión, donde los

asistentes habían crecido hasta el centenar y los relatos de Castro sobre la estrategia militar frente a la invasión o su explicación del fusilamiento de Humberto Sorí Marín sólo se interrumpían para que se sirviera una rueda general de café y puros, reflexioné sobre este Fidel Castro y el de 1959, cuando la revolución entró victoriosa en La Habana. Y pensé, escuchando su voz incansable y recordando la reunión de la tarde, la fugaz entrevista en el Monseigneur, los discursos de la televisión, una foto que lo muestra saltando de un tanque en la primera línea de combate de Playa Girón y otra donde aparece abrazado a Jruschov —el dirigente de una de las dos potencias mundiales— que entre aquel joven guerrillero y este combatido reformador social de hoy, media algo mucho más complejo y doloroso que su primera experiencia de la guerra civil: la maduración de un jefe.

HAEDO LLEGA AL PODER

REPORTER — 22/II/1961

En las elecciones de 1966 el político uruguayo Eduardo Víctor Haedo no obtuvo siquiera una banca parlamentaria y puede decirse que su trayectoria pública ha terminado. Se dedica ahora a la pintura y a los recuerdos, convertido ya en un aspecto del folklore nacional y en un anfitrión cordial e ineludible para los visitantes de Punta del Este. Pero en 1961, cuando escribí esta cover story *para una revista, culminaba su carrera de casi medio siglo, donde había acumulado honores múltiples, y estaba a punto de asumir la presidencia del Consejo Nacional de Gobierno. Durante una semana (y de común acuerdo) convivi con Haedo en* La Azotea, *en su despacho de consejero, en sus ruedas de café, en sus paseos por la playa Brava y hasta en las reuniones nocturnas de su círculo íntimo. El me contó en largas sesiones de charla matinal o mientras flotábamos en su piscina, mucho más de lo que puse en el reportaje. Los datos lícitos, sin embargo, me parece que alcanzan para revelar a través de la personalidad de Haedo y de su formación como hombre público otra realidad más ominosa y fascinante: la del sistema uruguayo de partidos, la del juego que vienen jugando, desde el siglo pasado, blancos y colorados.*

En 1957 una comisión parlamentaria uruguaya investigaba en Washington si la supuesta conexión del senador Eduardo Víctor Haedo con el nazismo había llegado a la aceptación de dinero, y una amenaza de desafuero ignominioso, como traidor a su país, pendía sobre la cabeza del hombre, encanecida en pocos meses. En 1961, el mismo enjuiciado de cinco años atrás se apresta a asumir la simbólica primera magistratura del Uruguay y su poder político y personal —omnímodo en círculos cada vez más amplios del sector herrerista— parece haber llegado al punto más alto. El lustro transcurrido entre ambas fechas constituye uno de los más asombrosos ejemplos de rehabilitación política en nuestro medio; su análisis, a través de la contradictoria, astuta y desaprensiva personalidad de Haedo, sirve también para desentrañar paralelamente las curiosas particularidades del sistema uruguayo de partidos.

Posiblemente ningún hombre público de este país haya recibido el fuego graneado de denuestos que Eduardo Víctor Haedo soportó en la última década ,por sus actitudes. Primero, desde el diario **El Debate**, cuando en 1953 desafió la autoridad de Luis Alberto de Herrera para encabezar con Daniel Fernández Crespo el disi-

dente Movimiento Popular Nacionalista; después, desde el diario **El Nacional**, cuando abandonó a Fernández Crespo para reingresar al círculo de lugartenientes de Herrera, desplazar en el favor del viejo caudillo nacionalista a su enemigo Ramón Viña, aliarse en forma provisoria con el recién llegado Benito Nardone y vengarse implacablemente de quienes lo habían insultado en 1953. Tomás Castro Bethencourt, el director de **El Debate**, que escribió en un suelto la ya célebre frase: "¡Miserable histrión, las charcas te reclaman!", fue silenciosamente eliminado para siempre del Partido; el diputado Gabito Barrios y otros detractores sobrevivientes, debieron humillarse en público para no perder su carrera.

Poseedor de un frío instinto de cálculo, de una singular capacidad de simpatía bien administrada y de una curiosa personalidad donde se combinan la existencia hedonística, la afición a las bellas artes y una fuerte vanidad constantemente estimulada por el halago de su medio ambiente, este veterano político de 60 años parece dispuesto a llenar de algún modo —con progresiva inclinación hacia el autoritarismo según sus enemigos; con las soluciones enérgicas de un caudillo, según sus panegiristas— el acontecer de los próximos años.

Retirado a su residencia La Azotea, en Punta del Este, Haedo aparenta ocupar el tiempo que falta para su asunción presidencial del 1º de marzo en comentadas diversiones veraniegas (natación en la flamante piscina particular, cenas íntimas en el restaurant La Fragata —donde el dueño y presidente del Concejo Departamental de Maldonado, el español Francisco Salazar, le sirve personalmente sus platos favoritos— discretas apuestas en la ruleta por medio de amigos, **flirts** en el Festival de Cine Europeo). Pero en realidad, ha estado preparando minuciosamente su "toma del poder".

De contínuo ha hecho notar que considera la presidencia del Consejo Nacional de Gobierno como un cargo simbólico y sin atribuciones prácticas, de acuerdo a la Constitución. Pero al mismo tiempo la organización de festejos y los planes que estructura con sus amigos políticos y con asesores privados de muy fino olfato —que han intuído de qué lado puede inclinarse la balanza dentro del gobierno— otorgan desde ya a la simple rotación presidencial del Colegiado el carácter de una verdadera asunción del mando y presentan a Haedo —un consejero con dos años de ejercicio— como el gobernante que recién ahora se viera con las manos libres para poner en práctica un programa.

Hace unos meses, Haedo intentó que la transmisión de la presidencia se llevase a cabo oficialmente en Mercedes, su ciudad natal. La oposición de Martín Echegoyen, más la renuencia del Cuerpo Diplomático a trasladarse en pleno verano a una ciudad de hospedajes incómodos, además de inconvenientes constitucionales, le hicieron abandonar la idea... en parte.

El 1º de marzo, el nuevo mandatario jurará su cargo en Montevideo, pero se trasladará de inmediato a Mercedes con los invitados oficiales que lo deseen (entre ellos, el presidente argentino Arturo Frondizi) para recibir un imponente homenaje público, asistir a un Te Deum y concurrir en manifestación popular hasta el cementerio, donde declarará inaugurado un panteón —diseñado por el urbanista Jones Odriozola— que contendrá los restos de su madre, la costurera María Haedo.

Extraoficialmente, aparte de la Comisión de Homenajes mercedaria, otros amigos han estructurado detalles espectaculares para la ceremonia. Un ingeniero está encargándose de que la banda presidencial sea copia exacta de la que usó el presidente Bernardo P. Berro en 1860; el millonario Angel Braceras Haedo, familiar del nuevo mandatario y residente en Buenos Aires, ha prometido regalar los cientos de banderas uruguayas y argentinas que decorarán las calles de Mercedes, cuando el hijo de la costurera —que en 1908 las recorría a pie llevando los atados de telas para su madre— encabece la comitiva que se dirija al Te Deum; Pedro Daniel Baridón, un uruguayo gestor de inversiones norteamericanas y vinculado a propuestas para la construcción del puente internacional entre Colonia y Buenos Aires, ha organizado la venida por vía aérea de un grupo de periodistas de los Estados Unidos.

Paralelamente a estos detalles formales, el futuro presidente y su entourage han ido estableciendo una serie de planes de real envergadura, que Haedo se niega a calificar como programa, pero sí como "medidas necesarias para salir de la impasse". Los diarios se han hecho eco de una espectacular conferencia de prensa ofrecida en la fortaleza de Santa Teresa, a la que el consejero —acompañado del ministro de Hacienda, Azzini, de subsecretarios, funcionarios del Consejo, diputados y simples cortesanos— fue a pasar una semana "para poner a punto el discurso del 1º de marzo". En esa reunión y en medio de un asado con que homenajeaba a los periodistas, Haedo dejó entrever algunos rasgos del proyecto

de reforma constitucional que auspicia, así como detalles sobre la posible creación de un Banco Central.

En realidad, esos y otros proyectos vienen siendo elaborados desde 1960, cuando Haedo adquirió su actual y confesado escepticismo sobre una definitiva unificación del Partido Nacional, por los mismos motivos que Benito Nardone (otro reformista) considera necesaria una modificación del Colegiado que otorgue poder efectivo a su presidente, aumente la duración del período y permita la reelección.

Tanto Nardone como Haedo, dos típicos ejemplos de ambición política exitosa y, a la vez, los dos mejores exponentes de la tendencia conservadora del régimen, no ocultan que la solución reformista está diseñada más bien como solución continuista. Pero mientras Nardone (según lo definió alguien) es "un político de aluvión" llegado inesperadamente al poder máximo sin haber cursado las etapas previas del aprendizaje, Haedo puede ser considerado el político profesional por excelencia. Como todos ellos, ascendió lentamente en las jerarquías partidarias y en la carrera de los honores públicos, sin impaciencia. Que ahora, abandonando su acostumbrada cautela, propugne súbitas soluciones de concentración de poder y de reelección, indica también que su partido ha aflojado los contralores internos y que actitudes tan audazmente personalistas pueden medrar en el medio desorientado, confuso y desunido en que se transformó el victorioso nacionalismo.

Sin embargo esta riesgosa jugada —donde Haedo apuesta todo lo ganado desde su rehabilitación por Herrera dentro de filas, y de la que puede emerger como el jefe civil del herrerismo o liquidarse políticamente como un aventurero sin respaldo de masas— no se explica solamente por las condiciones circunstanciales de la crisis. Hay detrás del hombre que la ha planeado una contradictoria, riquísima e irregular biografía —desde la niñez pobre en Mercedes hasta el refinamiento del chalet en Punta del Este— que añade otros puntos de vista y otras claves para la interpretación del personaje.

"Otra vez de pie para recibir al insigne tribuno", dijo una vez Herrera del senador Haedo, al terminar éste una jornada parlamentaria donde había pronunciado un discurso oponiéndose a la concesión de bases militares a los Estados Unidos. Esa frase y su calificativo son uno de los secretos orgullos de Haedo, que se considera un brillante orador (opinión que muchos comparten, porque es realmente un buen constructor de períodos redondeados

con exacta ubicación de pausas de efecto, al modo de don Emilio Castelar) y dice haber debutado en el género a los 15 años, durante un acto político organizado en Soriano por el Partido Nacional.

Hasta ese momento, la existencia del muchachito de María Haedo había sido una lenta preparación para un destino casi prefijado de mandadero pueblerino o empleadillo público. Criado en un hogar donde tres mujeres solas —bisabuela, abuela y madre— coartaban en cierto modo sus posibilidades, Haedo creció presionado por su situación de niño sin padre. Es interesante observar como su filiación ilegítima —el padre fue un hombre de fortuna, José Eleuterio Roubin, que nunca lo reconoció— condiciona posteriormente hechos de su carrera pública, a medida que asciende en posiciones.

En 1959, al jurar su cargo de consejero, realizó una peregrinación a la tumba de su madre. En esa misma época, habiendo dominado totalmente la orientación de **El Debate** al colocar como director a Washington Guadalupe —uno de sus jóvenes incondicionales, que él recompensa con generosidad— comienza en el diario la publicación de sus **Memorias** (nunca continuada) con un largo y buen artículo, aparentemente descriptivo de Mercedes a principios de siglo, pero en realidad destinado a glosar la personalidad de la madre y a citar con admiración filial su condición de soltera.

El 1º de marzo, su apoteosis personal como presidente coincidirá con la de la madre, cuyas cenizas serán colocadas en un fastuoso monumento funerario ante el presidente de la Argentina, ministros y casi toda la plana mayor del gobierno nacional. Un lógico sentimiento de frustración por su origen ha sido sublimado en Haedo, hasta transformar un hecho duramente juzgado por determinada moral colectiva en una especie de inspiración espiritual, que se pone al servicio de grandes proyectos, o funciona como una presencia invisible pero vigilante de la madre sobre el hijo. (Haedo guarda como amuleto una postal enviada por María en 1911, y afirma que su simple imposición ha bastado para curar enfermedades en la familia).

De todos modos, los primeros años fueron duros; hasta que consigue en 1919 un modesto cargo de auxiliar 4º en la Administración de Rentas, sus ocupaciones oscilan entre ser el chico de los mandados en la redacción de **El Diario**, dirigido por Eduardo Ferrería, y el periodismo de lance en **El Progreso**, de Mario Segredo, y en **El Día**. Si se le pregunta a Haedo quiénes ejercieron in-

fluencia intelectual o política sobre él, en esta etapa, mencionará al colorado Julio Alberto Lista, director de El Día (que le prestó libros, le descubrió a Rodó) y también al colorado Luis Alberto Zanzi, director del Liceo y otro guía de primeras lecturas.

Cuando viene a Montevideo, en 1920, la facundia elegante descubierta a los 15 años le facilita el camino. En 1921 conoce a Herrera y (pese a no ser universitario, porque ha cursado sólo hasta tercer año de Liceo) forma parte del Comité Universitario nacionalista que auspicia la hegemonía del nuevo caudillo. Es en esta época cuando comienza a concretar su actitud política; en 1925 se le encuentra dentro del grupo de Manuel Albo, que el mismo Haedo define así: "Era más bien el sector de élite del Partido, frente a la tendencia populista de Andreoli".

Con todo, la carrera de los honores se mueve lentamente para el joven mercedario. Todavía tendrá que ocuparse en menesteres de segundo plano: secretario del Comité pro candidatura de Ismael Cortinas, secretario del comité pro candidatura de Roberto Berro. Su trayectoria comienza realmente en 1932, cuando consigue ocupar una banca de diputado por Soriano, debuta el día de una interpelación al ministro del Interior Francisco Ghigliani, polemiza en el hemiciclo con Domingo Arena —en ese momento, una gloria viviente del batllismo— y provoca en don Domingo este comentario posterior, confiado a Cayetano de León: "Ayer debutó un joven que va a dar mucho que hablar".

Dos marzos son fundamentales en la vida política de Haedo. El de 1933 lo lleva a acompañar el golpe de Estado del batllista Gabriel Terra y lo transforma históricamente en servidor de una dictadura ambiciosa ("lo característico de Terra —dice ahora— era su insaciable sed de poder"), pero le da también el ministerio de Instrucción Pública; es decir, su primer oportunidad de ejercer directamente el gobierno. El marzo de 1959 lo eleva al más alto nivel y, potencialmente por lo menos (si su audaz operación reformista y de captación partidaria tiene éxito) le reserva su objetivo máximo y hasta ahora fallido: la presidencia, pero con poder real.

Una tarde de hace 28 años el presidente constitucional Gabriel Terra penetró de incógnito por una puerta de servicio de la casa de Arturo Puig, y fue conducido a una sala donde ya lo esperaba Luis Alberto de Herrera. Allí, el presidente colorado y el caudillo blanco se pusieron de acuerdo, sin testigos. Mientras tanto, en el

Parlamento, otros blancos y colorados debatían airadamente sobre la posibilidad del golpe de Estado y desafiaban al presidente, sin saber que cuando Herrera estrechó la mano de Terra, tomó su sombrero negro y salió de la habitación, la dictadura era un hecho consumado aunque faltaran dos días para el 31 de marzo.

"Luis Alberto no consultó con nadie el apoyo al golpe —dice Haedo— y yo me enteré del mismo modo que los demás diputados". Y debe ser cierto; en ese entonces el flamante legislador por Soriano circulaba en torno al caudillo como lo hacen ahora, a su propio alrededor, otros jóvenes: el senador Guadalupe, el subsecretario de Obras Públicas Rafael Tognola, el director de los ferrocarriles Carlos Garat o los hermanos diputados Mario y Alberto Heber Usher, que no son hombres de consulta sino ejecutores de órdenes; no asesores de una política, sino instrumentos eficaces de la política que dicta el jefe del grupo.

De todos modos, al precio de colaborar con la primera dictadura uruguaya del siglo, Haedo tiene acceso por fin a los cuadros selectos: después de integrar las Asambleas Deliberante y Constituyente y ser otra vez diputado por Soriano, es nombrado en 1936, a los 35 años, ministro de Instrucción Pública.

Posiblemente pueda radicarse en esa época el origen de una de las características personales que ha permitido a Haedo, entre la turbulencia y la impiedad de la lucha política, mantener amigos en partidos e ideologías adversarios: su tentativa permanente de aparecer como mecenas, favoreciendo a artistas y escritores. Hace pocos días, prometió formalmente al director Antonio Larreta, invitado con su Teatro de la Ciudad de Montevideo al Festival Teatral de las Naciones, en París, que el gobierno costeará los pasajes aéreos necesarios. Una pintora conocida durante la fugaz estada de Haedo en México, el año pasado, ya fue incitada a exponer sus lacas en Montevideo y el consejero auspicia la muestra.

Pero estos son rasgos recientes, y la afición de Haedo a las bellas artes, a los escritores y a los cenáculos bohemios se inició durante su ministerio de 1936. "Terra hizo cosas buenas y malas —observa— pero ahora que las pasiones se han calmado, puede advertirse que las iniciativas que tomé desde Instrucción Pública, ya son inamovibles: el Salón Nacional, la Facultad de Humanidades, la ley de derechos de autor, los cursos universitarios de vacaciones". Precisamente, a causa de estos

últimos se presenta al ministro la oportunidad de realizar los primeros de los innumerables viajes al exterior que irá cumpliendo durante su carrera: para concretar su proyecto, recorre varios países de América y se vincula deliberadamente con hombres de letras y artistas (desde Alfonso Reyes a Benjamín Subercasseaux, desde Parra del Riego a Franz Tamayo) cuya relación seguirá cultivando de allí en adelante.

Estas vinculaciones intelectuales han ignorado los vaivenes políticos de Haedo. Estuviera en su período de baja —insultado diariamente en **El Debate** por orden de Herrera— o recibiendo el odio de manifestaciones obreras que encarnan en su fama de ex-nazi el símbolo de lo que califican como política represiva y antipopular de este gobierno; abandonando sin una explicación, de la noche a la mañana, a su asociado Fernández Crespo, o rodeado de todos los halagos por la posibilidad de otorgar favores y prebendas que le incorporó el triunfo electoral de 1958, intelectuales de derecha e izquierda han continuado obsequiándole telas con dedicatorias agradecidas, libros recién editados, cerámicas y objetos de arte. En su estudio de la casa en Punta del Este, la mayor parte de la valiosísima pinacoteca de Haedo ostenta, junto a la firma de Cúneo, Augusto Torres o Vicente Martin, una línea cordial de envío o salutación. Carlos W. Aliseris, un pintor que aspira a cierta agregatura en Europa, le obsequió la semana pasada una tela con un Cristo en tamaño natural, pero la mayoría de las obras que el Consejero y su hija Beatriz han acumulado en La Azotea o en el vasto apartamento montevideano de la calle Colonia, son envíos no condicionados a ningún favor inmediato.

Así, Haedo aprovechó su ministerio —como todo acontecimiento que le sucede— para aplicarlo al férreo objetivo de prestigio, poder y dominación partidaria que todavía tiene muchos años por delante, pero que él se trazó fríamente al abandonar Mercedes en 1920.

Todo termina; hasta las dictaduras. En 1938 presionado por la opinión pública, Terra debe llamar a elecciones, y Haedo comete uno de los pocos errores de su carrera: apoya al candidato oficialista Eduardo Blanco Acevedo contra el ex jefe de la policía terrista, Alfredo Baldomir. Este jugaba la carta de la recuperación democrática y triunfa, al recibir los votos de la oposición blanca y colorada. Haedo es electo senador, pero un ciclo se ha cerrado. Las fuerzas antimarzistas presionarán cada vez más a Baldomir hacia la eliminación de los resabios de

la dictadura y, finalmente, hacia el golpe de Estado de 1940, que barrerá totalmente al herrerismo del Gabinete, clausurará el Parlamento eliminando el factor paralizante que para el Poder Ejecutivo representaba el Senado "del medio y medio" y proscribirá del gobierno a los blancos que colaboraron con Terra. (No a los colorados, porque el ministro de Hacienda de aquel dictador, César Charlone, es el vice presidente del nuevo hombre fuerte).

Pero Haedo no asiste a todo este proceso. En el mismo año 1938 ha emprendido una gira de conferencias por Europa, donde su condición de ex ministro le abre muchas puertas y allí, en compañía de Terra (que también ha partido a un exilio voluntario) alterna en el Estoril con Alfonso de Borbón y en otras capitales con figuras de primer plano. Se le ha privado del ejercicio directo del poder, pero conserva por lo menos una cabecera de puente en el Parlamento y no tiene apuro. "El tiempo trabaja para mí", confió a un amigo en esa época.

Dos años pasan pronto. En 1942, la elección del presidente Juan José de Amézaga consolida las instituciones y confirma al coloradismo en el gobierno. Haedo ha sido reelecto como senador y ya integra, por derecho propio, el círculo dirigente de su partido. Todavía no es uno de los grandes bonzos, y Herrera se refiere a él como "este muchacho Haedito", pero tampoco conviene mucho aparecer a la cabeza. Se está en guerra contra el Eje (aunque el Uruguay es neutral) y el herrerismo se ha convertido en blanco de los sectores pro aliados, por considerársele simpatizante de las potencias fascistas. De esos años nace la acusación de nazi, que recae sobre Herrera y sus lugartenientes.

Hoy, a tantos años del **slogan** "Herrera a la cárcel y clausura de El Debate", que el partido Comunista popularizó, Haedo aporta un ángulo distinto para examinar el asunto: "Yo nunca fuí nazi. Por el contrario, simpatizaba con los aliados. Herrera sí, era germanófilo. Cosa curiosa, por otra parte, dada su formación británica. En cuanto a mí, puedo decir que estuve con Hitler solamente en una oportunidad: nuestro cónsul Virgilio Sampognaro me lo presentó en Nuremberg, durante un desfile. De la misma manera conocí a Mussolini, en Italia. Pero yo discrepaba con sus sistemas".

Lo que Haedo no niega es su simpatía por la España de Franco. Después de elegírsele senador por primera vez, en 1938, su viaje a Europa coincidió con la guerra civil española. Haedo cruza de Portugal a España, para

establecerse por unos días en Burgos, donde el general Queipo del Llano dirige la Junta rebelde. Allí se hace de nuevos amigos: el conde Agustín de Foxá (un gran señor, que fue su modelo oratorio y, en cierto modo, de estilo de vida), Serrano Sunyer, que le ofrece una cena, y otros. A Franco lo conocerá recién después de la guerra, en Madrid. En los posteriores viajes a Europa, España será una escala obligatoria tanto para Haedo como para Beatriz, y se les recibe siempre como viejos amigos. (Un reportaje del **Diario de Barcelona** a Beatriz, en 1949, la cita como "hija del senador Haedo, que ya estuvo en España y cuyo hispanismo es de todos conocido").

En esta materia, la posición de Haedo es tan consistente y lógica como todos sus actos, si se los examina en perspectiva y con la clave de su agudo sentido de la permanencia y el oportunismo. No es casual que en 1961 abjure de declaraciones o hechos que lo vinculaban a dos regímenes fascistas ya desaparecidos, pero mantenga intacta su adhesión a otro fascismo sobreviviente, y que su anti-yanquismo de 1943 se haya convertido hoy en una gestión de gobierno caracterizada por una extremada cordialidad con los criterios norteamericanos sobre América Latina. Casualmente, además, Franco y los Estados Unidos son aliados cada vez más firmes.

En 1943, Haedo había cumplido espectaculares jornadas parlamentarias en el Senado, interpelando al canciller y al ministro de Defensa Nacional sobre el establecimiento de bases militares estadounidenses en suelo nacional, y emocionó a la barra con una brillante defensa del concepto de soberanía. Pero la semana pasada, recordando el episodio, comentó: "Todo aquello fue el aprovechamiento político de una situación. Ahora que he visitado los Estados Unidos, me doy cuenta de que es un pueblo admirable, con un profundo sentido de la solidaridad hemisférica. Esa gente vive preocupada por nosotros. Le dije a Eisenhower: "De los millones que todos los años nos envían para armamentos, destine unos pocos a fomentar el intercambio de personas, para que los conozcan mejor a ustedes". Me dí cuenta de que en todo lo de las bases y la defensa, eran sinceros. Estaban preocupados por nuestra debilidad y querían fortalecernos".

"Uno de sus rasgos —ha dicho un agudo correligionario suyo, cuando se le pidió opinión sobre Haedo— es el de no dejar que se herrumbren sus ideas".

Hacia 1950, el ex mandadero de Soriano puede mirar

hacia atrás con satisfacción y hacia adelante con optimismo. Está cumpliendo su cuarto período como senador, es una personalidad partidaria y hasta ha eliminado los problemas económicos: en 1947, con el entero 8007, obtuvo el premio mayor de la lotería —medio millón de pesos— y una juiciosa colocación le asegura rentas vitalicias.

Entonces, a mediados de año, conversa con Andrés Martínez Trueba, durante la reunión de un tribunal de honor (en el Uruguay, los duelos son las mejores oportunidades para hablar cordialmente sobre política) respecto a una posible reforma constitucional que implantara el Ejecutivo colegiado. "No estoy ni a favor ni en contra —contestó al planteo reformista de Martínez Trueba—. Cuando me preguntan si quiero un Chrysler o un Ford, no sé contestar. Lo que quiero es un automóvil, eso sí. No me importan el colegiado o la presidencia. Lo que quiero es que mi partido tome el poder". Sin embargo, promete al dirigente batllista que hablará con Herrera y que él, Haedo, apoyará personalmente la iniciativa. Pero esta decisión no se originaba porque sí; Haedo tenía una tesis: "Con la presidencia, con el unicato, los blancos no podíamos llegar al poder. Pero si aceptábamos el Colegiado, formando en el peor de los casos una minoría de consejeros, ya estaríamos dentro del sistema que queríamos suplantar, precisamente. Mi teoría es que el Colegiado —tal como lo proyectaba Martínez Trueba— llevaba en sí su propia destrucción. Trabajando hábilmente, una minoría puede paralizar la acción gubernativa. Eso fue lo que le hicimos al quincismo desde 1954, derrotándolo y quedando capacitados para ganar la elección. Y eso es lo que pasa también en el actual gobierno, donde las minorías y las mayorías se han invertido, pero donde el obstruccionismo y la dilución de responsabilidades anula la efectividad del Poder Ejecutivo".

Según Haedo, cuando comunicó a Herrera la entrevista con Martínez Trueba, el jefe civil le indicó que siguiera adelante con las conversaciones y adelantara la opinión herrerista favorable a la reforma. "Actué unos días —añade— pero la parte técnica del acuerdo quedó a cargo de Alvaro Vargas Guillemette por Herrera, y Agustín Minelli por el batllismo. No consideré buena la solución que salió de allí, aunque el texto aprobado fue por lo menos un paso adelante."

Las candidaturas herreristas para el primer Colegiado "fueron designadas por Herrera", según Haedo. Pa-

ra el segundo, con las elecciones cercanas, las cosas cambian en 1953. Ya hubo una oportunidad para los veteranos: Berro, Echegoyen, Vargas Guillemette han sido consejeros y el Colegiado permitió que el partido Nacional obtuviera una parte del gobierno, por lo menos. Ahora, la generación siguiente considera llegado su turno.

Daniel Fernández Crespo por un lado y Haedo por otro —ambos con iguales objetivos de poder— proponen el sistema de listas múltiples, donde Herrera encabezaría cada lista con su nombre y su retrato. "Pero Herrera siempre fue inflexible —define Haedo— y su política era halagar y despreciar, alternativamente". En este caso, el caudillo se niega a discutir las candidaturas en listas múltiples. Habrá una sola lista, dictamina, encabezada por Herrera junto a quienes él disponga.

Aunque sordamente, la rebelión estalla. Ya Haedo había dejado, meses antes, que un grupo de amigos editara el periódico **Brecha** y sostuviera su probable candidatura; Herrera le había sugerido que desautorizara a **Brecha**. "pero yo me hice el sordo", dice ahora. Cuando llegó el momento de estructurar la fórmula herrerista para el Consejo Nacional de Gobierno, los "jóvenes" fueron nuevamente radiados. "Ya les llegará el turno", los consoló Herrera.

Entonces Luis Puig, un hombre muy respetado dentro del herrerismo y al que una gran fortuna personal otorgaba independencia política, propuso a Fernández Crespo y Haedo la unificación de sus aspiraciones en torno a una lista disidente. Otros dirigentes del herrerismo —Salvador Ferrer Serra, Carlos M. Penadés, Faustino Harrison— prometieron su apoyo. Había nacido el Movimiento Popular Nacionalista.

Ni sus propios creadores sospechaban el éxito electoral que obtendrían. En determinado momento, el MPN pareció representar las ansias renovadoras de la masa partidaria, anquilosada detrás de la dirección autocrática de Herrera pero consciente de la urgencia de un cambio. Cuando finalizó el escrutinio de las elecciones de 1954, la victoria dentro del lema (porque una Convención, contra la voluntad de Herrera, había confirmado al nuevo grupo la facultad de usar el lema Partido Nacional) se le había escapado por una cifra relativamente pequeña. Daniel Fernández Crespo, primer titular, ingresaba al Consejo Nacional de Gobierno; Haedo y Ferrer Serra al Senado. Se obtenía además un notable número de bancas en el Parlamento y en las Juntas De-

partamentales, y la minoría en el Concejo Departamental de Montevideo.

Pero un año después de que sus hombres ocuparan esos puestos, la opinión general era la de que no todo marchaba como se había esperado. Fernández Crespo, una figura de gran prestigio en el ámbito municipal, comenzaba a aparecer excesivamente formalista y opaco en el Poder Ejecutivo nacional. Al mismo tiempo, la respuesta que el herrerismo no había encontrado en 1953 para las nuevas corrientes de opinión, comienza a estructurarse (fuera de filas, pero ineluctablemente destinada a combinar sus fuerzas con las herreristas) en el movimiento de la Liga Federal de Acción Ruralista, creada por el periodista colorado Benito Nardone.

Haedo, desde su quinta senaturía, constata todo. Ha sido cruelmente insultado por **El Debate**, manoseado no sólo en su conducta política sino también como persona privada. "Pero nunca consiguieron arrancarme un exabrupto", dice sonriendo. Y una mañana, los diarios traen una noticia sensacional: Haedo se ha reintegrado al herrerismo, abandonando al MPN. Una vez más, el frío calculador ha sopesado posibilidades y previsto consecuencias. La noche anterior, su amigo Juan Carlos Raffo Frávega lo había llamado por teléfono: "Haedo, el Viejo está muy enfermo y quizás no pase la noche. Te lo aviso para que decidas qué hacer". El disidente que había abandonado al caudillo por una candidatura, meditó largas horas. Dice que pensó: "¿Y si este hombre desaparece esta noche, quién me exculpa? ¿Cómo retira las atrocidades que mandó decirme?" No había tiempo ni de consultar con Fernández Crespo. Tomó el teléfono y avisó a la quinta de Herrera que iría a ver al jefe civil, con la única condición de que pudiera entrevistarlo a solas. Llegó cerca de medianoche y se le hizo pasar a la alcoba donde Herrera reposaba entre almohadas, inverosímilmente enflaquecido y débil. "Hacía dos años que no me veía —relata ahora.— Me miró y dijo: "Haedo, Haedito... ¡Qué canoso estás!... ¡Cómo has envejecido!" Me acerqué, le dí un abrazo y me besó en la frente." Después, Herrera tomó sus disposiciones: "Haedo, tenés que salir con este mozo Nardone por toda la campaña, hablando junto a él y vigilándolo. Si lo dejamos solo, se nos queda con el partido. Empezá mañana mismo. **El Debate** queda en tus manos." E hizo que le comunicaran con el atónito Castro Bethencourt: "Haedo va para allí. Hagan lo que él disponga."

Fernández Crespo y sus compañeros del MPN se en-

terarían recién a la mañana siguiente, por los diarios. Haedo no volvió por la sede ni les dio nunca ninguna clase de explicaciones.

El período previo a las elecciones de 1958 está poblado de los rechazos, las atracciones y los incidentes que el cuerpo extraño del ruralismo —receta aún no probada, que mezcla a blancos y colorados bajo la dirección de un charlista radial sin experiencia política anterior— ocasiona al injertarse en el tronco del herrerismo. Prácticamente desde la nada, Nardone salta al segundo puesto de la fórmula electoral, a continuación del propio Herrera, y deja tercero a Haedo. Nardone hace su juego: especular con el aporte de su fuerte electorado de la clase media rural. Pero Haedo no protesta, y sabe muy bien por qué. En una combinación donde Nardone contribuye con esos contingentes y su mística de "marchar sobre Montevideo", y Herrera con su medio siglo de caudillismo y la estructura monolítica de su despotismo partidario, el desidente del MPN convertido en hijo pródigo no puede allegar más que su buena suerte. "Yo no tengo votos —dirá más tarde— sino amigos. Mis amigos tienen los votos."

Cada uno de estos tres hombres especula sobre las limitaciones de los otros dos. Pero el de menos aporte en el capital social es el que posee más posibilidades, sin embargo. Herrera tiene en contra su avanzada edad; Nardone, su inexperiencia política y la heterogénea composición de su Liga Federal, que requiere remiendos y calafateos cada pocos pasos. Haedo, en cambio, está con las manos libres: ni electorado que cuidar o convencer, ni problemas de conservar preeminencias que todavía no ha adquirido.

Y, sutilmente, sin aparentar que es su mano la que maneja los hilos, promueve el distanciamiento entre el caudillo y el tercer socio. A pocos meses de las elecciones y de acuerdo a la voluntad omnímoda de Herrera, Nardone pasa en los editoriales de **El Debate** de "gran ciudadano y patriota" a "intruso", "comadreja colorada" y otros epítetos. Pero, increíblemente, el así insultado no se aleja; la fórmula electoral no se deshace porque los enemigos son importantes: el batllismo oficialista y la Unión Blanca Democrática, competidora en la obtención de los sufragios nacionalistas.

Pocos meses después del triunfo y apenas tomado el poder por el Partido Nacional, Herrera muere, quemado por la ardorosa campaña previa a los comicios. Haedo queda solo frente a Nardone, en la disputa por la he-

rencia política del viejo caudillo. Pero antes, tendrá que pasar por otro marzo crucial.

En 1933, un golpe de fuerza había franqueado a Eduardo Víctor Haedo las posibilidades de la carrera política. En 1959, la amenaza de otro golpe de fuerza está a punto de interrumpir su carrera, cuando ya tiene casi todo y presiente que el resto caerá en sus manos. Discusiones bizantinas entre los sectores blancos por la composición del Gabinete, hacen que hasta las 13 horas del 1º de marzo, con los nuevos consejeros listos para jurar sus cargos y la Asamblea General ya instalada para oir los discursos inaugurales, no hayan sido nombrados los ministros. Mientras una comisión de entendimiento (que Haedo integra en representación de Herrera) se reúne febrilmente, militares colorados están ofreciendo al presidente Carlos Fischer un golpe de Estado continuista. Confuso y ambiguo, este episodio deberá ser bien informado algún día. Hace unos meses, Nardone lo aludió en su audición radial y prometió hablar "en su momento." De todos modos, se sabe que el presidente Fischer, repudiando las insinuaciones, dió seguridades a Haedo, en nombre de Luis Batlle Berres, de que el mando sería transmitido normalmente. Por fin el Gabinete es designado, pero los generales no ceden. Al comenzar el desfile militar, con los nuevos gobernantes en los balcones de la Casa de Gobierno, el inspector general del Ejército quiebra la tradición y envía los tanques adelante, en la formación de la caballería motorizada. Desde los balcones de la Casa, los periodistas advierten que los camiones van cargados con cajas de proyectiles, y alguien trae la noticia de que los tanques llevan colocadas cintas de municiones en su artillamiento ligero. Pálido y exhausto, el nuevo presidente del Consejo, Martín Echegoyen, se retira del balcón; el Inspector General del Ejército es llamado a su presencia, en una salita interior. Allí, mientras las fuerzas siguen desfilando, se le quita el mando y en el acto se nombra un nuevo jefe.

Todo ha pasado en escasas dos horas y casi nadie, entre el público y los invitados de la Casa de Gobierno, se ha dado cuenta. Pero, por un angustioso lapso, las instituciones del país han estado en manos de un general ofuscado y de un hombre anciano, fatigado y valeroso.

Este segundo marzo, que tampoco lo tuvo de protagonista en la instancia fundamental (siempre es la generación anterior, la que se juega y decide) termina de aleccionar a Haedo sobre dos puntos casi incontrovertibles: 1) no hay una unidad nacionalista que proteja a

los gobernantes contra una inesperada solución de fuerza; 2) el Colegiado es un sistema de debilidad intrínseca.

Sobre esos dos supuestos se basará, si se observa con atención, toda su gestión en el Consejo. Sus iniciativas no han apelado nunca a la unidad de los blancos, sino que funcionan para sectores o casos aislados; su actuación es individualista y despreocupada del Cuerpo que integra.

En estos dos años de consejero, los episodios espectaculares que protagonizó han sido diversos: un intento de juicio político por haberse ido a las Naciones Unidas sin venia parlamentaria; una satírica conversación con Jruschov, en Nueva York después de haber obtenido el triunfo diplomático de que el primer ministro soviético asistiera a una recepción organizada por Beatriz; una declaración internacional, afirmando que evitó, mediante gestión personal, la guerra entre Brasil y Argentina; un insolente viaje a Asunción, para rendir homenaje al dictador Stroessner; un presunto y muy fotografiado romance con una actriz cinematográfica española. Pero quienes conocen a Haedo saben que todo eso —que alternativamente divierte o indigna a los lectores de diarios— es parte de un permanente plan publicitario. "Que hablen mal de mí, pero que hablen", dijo hace poco a un periodista, pidiéndole una mención en su diario.

Este veraneante de boina blanca —otro detalle publicitario— y shorts multicolores, que posee en un chalet abierto a todo visitante objetos de arte por valor de un millón de pesos pero pide fiado a los heladeros de la playa Brava, urde esas extravagancias como cortina de humo para un antiguo y calculado propósito: ser el jefe del partido Nacional, ser (realmente, y sin compartir honores o responsabilidades con nadie) el gobernante del Uruguay. Está esperando por ello desde 1916, cuando pronunció su primer discurso político. Y un error cometido por muchos —algunos ya lo están pagando con el ostracismo político— es el de subestimar su implacable decisión de alcanzar esa meta, el de sustituir una real comprensión del hombre por la burla o el desdén. Astuto, desasido de toda consideración personal que esté en conflicto con sus designios, suficientemente culto y ajetreado como para no creer en los grandes (y a veces hueros) conceptos de la política tradicional, Haedo no es el histrión que apuntó el desafortunado Castro Bethencourt, ni el insigne estadista que quieren los editoriales del incondicional Guadalupe, en **El Debate.** De formación conservadora y derechista, tiene la suficien

te flexibilidad como para dialogar demagógicamente con las masas; desaprensivo como para abjurar hoy, sin un pestañeo, de lo sostenido ayer, se ha desplazado cómodamente desde el nacionalismo oribista y el anti imperialismo, a la alianza complacida con la estrategia continental estadounidense; peligrosamente cordial, nunca ha provocado una fricción con su rival Nardone, pero éste sabe como ha ido minando su posición dentro del herrerismo y dentro del gobierno. Aficionado a la buena vida, puede presentarse como un político maduro y decepcionado, sensible a la belleza y secretamente ascético, para el cual el ejercicio del gobierno es algo sucio, obligatorio pero secundario, y las regiones de la especulación intelectual lo único respirable. Hace unas semanas, Fidel Castro confió a un visitante uruguayo: "Ustedes tienen en Haedo a uno de los cerebros más lúcidos de América". La periodista Alicia Behrens, que lo entrevistó en La Azotea, escribió después estas fascinadas impresiones: "Era difícil de asociar el hombre con su morada; la alegría, el sensualismo y la exhuberancia vital del dueño con el caracter monacal de la vivienda. Me tuve que alejar sin llegar a saber si esa contradicción había que interpretarla como las dos caras, sinceras ambas, de una doble personalidad; como la ilustración de una lucha entre lo que es y lo que desea ser, de un anhelo de librarse de las apetencias mundanas para ingresar en una vida espiritual, o como la lenta sustitución de la real, íntima y auténtica personalidad, desplazada por la personalidad pública."

Aparentemente, tanto Castro como Alicia Behrens se equivocaron, atrapados en los signos exteriores que Eduardo Víctor Haedo crea para uso de sus observadores. La realidad no es tan ditirámbica ni tan compleja. Rodeado de sus cuadros y su colección de fotografías de Herrera, asistido por la extraordinaria dedicación de una hija y secretaria que ya forma parte de su leyenda, envuelto en una atmósfera de empalago cortesano como no se veía desde la primera presidencia de Luis Batlle Berres, el hombre de la boina blanca alberga un secreto simple y decisivo: llevar al hijo descalzo de la costurera María Haedo al lugar que ocuparon Luis Alberto de Herrera y, antes, Aparicio Saravia. Solitario en medio de quienes lo rodean, el hombre de la boina blanca aún busca el camino. Cuidado, porque para él —como gusta decir con su cita preferida de Ortega y Gasset— "toda institución es un mero instrumento que, a fuer de tal, sólo puede ser justificado por su eficacia."

EL DIA QUE ENTERRARON A HEMINGWAY

REPORTER — 23/VIII/1961

Había estado varias veces en Cuba, después de 1958, pero nunca se me ocurrió intentar una entrevista con Ernest Hemingway, que vivía a quince minutos de auto de La Habana Vieja; quizás porque la realidad de esos meses era más absorbente que sus novelas y en aquella época presenciar la Historia era más atractivo que leer Literatura. Una vez lo observé desde una mesa contigua en el Floridita: sanguíneo, con un rastrojo blanco de la barba que volvía a dejarse y con una camisa a cuadros blancos y rojos, escuchando la cháchara de unos interlocutores cubanos en un silencio que estaba lleno de poder. Esa noche advertí que vivía en la misma ciudad que Hemingway y pensé: mañana telefonearé a alguien para que me presente. Después volví a olvidar la idea y pasaron años.

Cuando se mató, en 1961, yo había vuelto a La Habana. Entonces me fui al Floridita a tomar un daiquirí, y a la segunda vuelta consideré que todavía estaba a tiempo para conocer a Hemingway. Al día siguiente me llegué hasta Cojímar y pagué la visita postergada. Al principio, no fui con la intención de escribir una crónica. La decisión surgió después de hablar con Gregorio, con Juan Torres y con René; los tres me revelaron algo que debía ser comunicado.

El sol caía a plomo sobre la arena gris de Cojímar, donde la resaca deposita trozos de madera de extrañas formas esculpidas por la Corriente del Golfo. Gregorio hizo visera con la mano sobre sus ojos grises —no sé si para evitar el sol o para ocultar la emoción— y señaló hacia la figura lejana y solitaria que estaba pintando una barca sobre la playa. "Aquél es Chago —me dijo—. Papá lo tomó de modelo para escribir el libro sobre el viejo que perdió la mejor pesca de su vida.."

Como si lo hubiéramos llamado, Chago levantó la cabeza y saludó con la mano a Gregorio. Todo el mundo conoce a Gregorio en Cojímar. Bajo el sol del mediodía descendí por la pendiente de la única calle pavimentada del pueblo, buscándolo. De la cooperativa de pescadores al viejo fuerte español, desde el muelle donde los muchachitos se zambullen a buscar centavos que arrojan los turistas hasta La Terraza (el bar donde Papá ordenaba sus daiquirís) pregunté simplemente por Gregorio, sin necesidad de agregar ningún apellido. Gregorio había estado allí, por supuesto, como todas las mañanas; pasó temprano por la cooperativa; lo llamaron para que viera la aguja (pez espada) traída por un chico que recién comienza "a salir"; alguien le oyó decir que a mediodía lo encontrarían en lo de Juan Torres, en la bahía.

"Gregorio anda raro —me informó el dueño de un bar, sirviéndome el café de tres centavos—. La muerte de **Papá** ha quebrado a ese hombre."

Desde 1939 la vida de Gregorio giraba en torno a **Papá** y a su yate **La Pilar.** Fuera de Cojímar **Papá** era Ernest Hemingway, el más famoso de los novelistas contemporáneos, estudiado ya en vida como un clásico de la lengua inglesa. Pero aquí, sobre la arena gris donde Chago pinta su barca, todos conocían a **Papá** como a un americano barbudo y cordial, amigo de las grandes ruedas de tragos, tan sabio en materia de batirse con una **aguja** durante horas como Chago y tan versado en palabrotas cubanas como cualquiera. Pocos sabían que **La Pilar,** con su esbelto casco negro y aparejos para pesca de altura que sólo Gregorio y **Papá** podían manejar, había sido bautizada así en recuerdo de una guerrillera española que **Papá** conoció en el frente de Extremadura y dejó viva para siempre en una novela, pero todos estaban de acuerdo en que muy pocas barcas profesionales, desde el Morro hasta Varadero, se le igualaban en resistencia y rapidez. Y Gregorio, al que todos respetan en Cojímar, se ganó esa estimación por dos condiciones envidiables: era el mejor amigo cubano de **Papá** y era el patrón de la **Pilar.**

Elegí este bochornoso mediodía de julio para hablar con Gregorio porque hoy, en el valle de Ketchum, allá en Idaho, están enterrando a **Papá,** que hace unos días se puso el cañón de un rifle de caza en la boca y apretó el gatillo, destrozándose la cabeza.

En Kenya, en París, en Nueva York y en Madrid hay gente que bebió mano a mano con **Papá,** gente que lo amó y que él quiso. Seguramente algún guía indígena, o Mariene Dietrich, o Dominguín, o Picasso, o William Faulkner, estarán pensando hoy en Hemingway, sin poder explicarse por qué se mató. Pero aquí en Cojímar también los amigos humildes bajan la mirada o se quedan mirando el mar, cuando les hablo del viejo pescador americano. Aunque los rifles mejores estaban en Sun Valley y los cuadros de Picasso en el apartamento de Montparnasse, **Papá** dejó en Cuba a la **Pilar** y en su finca de San Francisco de Paula están todos sus libros y las chaquetas de caza, y en la pared del estudio cuelga la piel del león que **miss** Mary, la esposa, mató en Africa. **Miss** Mary (todos la llaman así, como cuando sólo era secretaria de **Papá**) dijo a un periodista después de la muerte de su marido: "Tengo que volver a Cuba. Allí está nuestra casa y todo lo que teníamos."

Y tal vez **miss Mary** no se refería solamente a las cosas materiales; también aludía a la fidelidad de Gregorio, a las manos callosas de Chago (que sustituyeron en los primeros planos a las de Spencer Tracy durante la filmación de **El viejo y el mar**), al canto de los gallos de riña alojados en las grandes jaulas que bordean la finca, a los daiquirís que esperaban ya servidos sobre el mostrador del Floridita, en La Habana, cuando **Papá** y **miss** Mary aparecían en la puerta saludando a Gustavo, el **barman**, y Hemingway dejaba la gorra de béisbol sobre su propio busto, instalado en el bar por admiradores después que obtuvo el premio Nobel.

Sobre el muelle yace otra cabeza destrozada: la de un pez monstruoso, con un ojo vaciado que derrama su masa cristalina sobre las tablas y la dura aguja frontal cubierta de moscas. "Esta fue pescada hoy temprano —dice Gregorio.— Es de las más grandes. A **Papá** le hubiera gustado."

Los negritos se han ido a la Tienda del Pueblo, a comprar papayas con mi moneda de medio peso que rescataron del agua, y Gregorio me convida a bajar hasta la playa.

Las barcas tienen nombres que vienen de otras edades: **Xaripa, Guanahabibe, Carabalí, Chinona.** Chago pinta lentamente; su barca es blanca y ahora ha comenzado a cubrir de rojo la quilla. Nos sentamos en una roca y desde un barcito de la playa, donde los milicianos han dejado las metralletas debajo de sus sillas mientras juegan a los dados, viene la canción de un **juke box:**

Al que asome la cabeza
duro con él.
Fidel,
duro con él.

Gregorio se quita el **jipi** y se enjuga la frente. Después habla hacia el mar verdiazul y hacia los torreones del fuerte, que parecen de azúcar bajo el sol: "Lo conocí alrededor de 1930. Era la época de Machado y mucha gente alquilaba las barcas. Las barcas se usaban para muchas cosas. Yo pescaba. Esa vez salimos con un cargamento y tuvimos un contratiempo."

Es inútil preguntar a Gregorio qué clase de cargamento. En el lento monólogo los recuerdos se mueven turbiamente. Como todo viejo hombre de mar, Gregorio está lleno de misterio. La época sombría de la dictadura de Gerardo Machado sugiere historias de exilados, fugas. Lo que importa es que Gregorio fue el patrón (él dice, "capitán") de una embarcación que quedó sin agua

potable en medio del golfo de México. A esta altura de la evocación Hemingway ya no es **Papá**; ha perdido su apodo y Gregorio lo menta por el pronombre respetuoso, como se debe hacer con los difuntos.

"La corriente nos llevó hacia los cayos y entonces encontramos un yate, con un grupo de americanos ricos que andaban pescando. **El** estaba a bordo. Nos dieron agua y navegamos despacito, juntos, hasta una caleta. Los americanos tenían una casa en la playa. **El** se había hecho muy camarada conmigo, y parecía que los amigos lo tenían aburrido. Al otro día, cuando estábamos aparejando para irnos, vino y me preguntó si podía llevarlo hasta Cayo Hueso, donde vivía. Lo llevé. Hablábamos en español. **El** sabía mucho de pesca."

Uno se imagina a los dos durante la lenta navegación, hablando de las cosas elementales que duermen en todos los hombres: el mar, la lucha sigilosa y eterna con el pez, la sed que da el océano, el arte inmemorial de las velas. Gregorio todavía no había aprendido a firmar su apellido; Hemingway ya había conocido a Gertrude Stein en la librería de Silvia Beach, en París, había sido el joven mimado de la **generación perdida** y había escrito **The Sun Also Rises** y **A Farewell to Arms.** Gregorio dice que hablaron solamente de pesca, pero en esas dos noches el pesacdor debe haber comunicado algún secreto fundamental al hombre que huyó de París y Nueva York para vivir en los áridos arrecifes de Cayo Hueso. Poco tiempo después Hemingway vino a Cuba, a buscar a Gregorio.

"En todos esos años —dice Gregorio— supe que andaba preguntando por mí. Había estado en Cojímar, pero no me encontró. Otra vez, en 1937, me dijeron en Regla que había dejado un recado para que fuera a verlo al Hotel de Ambos Mundos, en La Habana. Pero yo andaba navegando en un barco grande de Connecticutt, como maquinista. Fui a Shanghai, fui a Hamburgo, fui a Buenos Aires. Creo que no hay puerto que no conozca. Hasta que al final me encontró. Mi barco estaba atracado en el muelle San Francisco, aquí, en La Habana, cuando él subió a bordo una mañana y me dijo que había comprado un yate y quería que yo fuese el patrón."

Gregorio ganaba como maquinista mucho más de lo que Hemingway le ofrecía, pero no se negó. Puso como única condición la de que el capitán fuera consultado. Era a mediados de 1939 y se sabía que iba a haber guerra. El capitán, comprensivo, dió de baja a Gregorio.

Una gran fotografía en el estudio de San Francisco

de Paula muestra a la **Pilar** navegando a toda marcha, sus aparejos de pesca desplegados. Hemingway, con las piernas sólidamente separadas, se sostiene de un cable. Gregorio va al timón y mira sonriendo hacia su amigo. Quizás esta comunión, sellada por el mar, fue lo que Hemingway anduvo buscando durante años, mientras trataba de encontrar a Gregorio. ¿Quién dió más: el pescador o el hombre que aprendió literatura en París?

El astillero de Juan Torres, en Regla, es una playa pequeñita, cuya arena ha sido sustituída poco a poco por el barro y los cascotes. Enfrente se levanta la refinería que Fidel Castro expropió a la **Standard Oil** y el agua está cubierta de manchas iridiscentes de petróleo. Juan Torres es un anciano que ha enviudado. Corpulento y rubicundo, de poblada cabellera blanca, circula despóticamente por sus posesiones. Vestido con una guayabera inmaculada, gruñe sus órdenes al peón encargado del motor que mueve el "dique seco" (una herrumbrada armazón de rieles en forma de V) o a la vieja mujer que cocina para el personal del astillero. Dolores, la hija de la cocinera, está encinta y ha dicho melancólicamente que no sabe de quién. Después del almuerzo viene a sentarse en la playa sobre el casco de un bote carcomido, y Juan Torres la echa con un rezongo. Dolores suspira, entornando los grandes ojos de gacela, mientras vuelve a la cocina arrastrando los pies descalzos.

En una pequeña casilla azul vive un peluquero que afeita a Juan Torres a cambio del alojamiento y también le sirve de chofer para el anticuado Chevrolet. Pero ahora el peluquero está internado en un hospital de La Habana, enfermo de cáncer para morirse. Antes de dejar su casilla la cerró con candado, pintando para sus parroquianos sobre la puerta, con insegura caligrafía: "Clínica laS mercedeS." Juan Torres debe ir a Regla para afeitarse y ya no tiene con quien conversar. Se sienta en la playa, sobre el bote que dejó Dolores, y mira hacia la **Pilar**, que se mece suavemente amarrada a una boya. También para Juan Torres, Hemingway ha perdido el nombre.

"Desde que **él** compró la **Pilar** —dice Juan— siempre la dejó aquí para los arreglos. La última vez que estuvo, el año pasado por esta fecha, subió a bordo y se llevó unos libros de la cabina".

La insinuación de remar hasta la **Pilar** solivianta a Juan Torres: "El tenía prohibido que nadie subiera al barco. Ni yo mismo. Sólo Gregorio. Ahora no puedo ni siquiera moverlo de ahí. Hay que esperar a que venga **miss** Mary".

Aquí no hay mar azul, ni barcas blancas, ni olor a pescado fresco. Hasta el pequeño mundo de Juan Torres se llega por un camino de tierra donde apenas cabe el automóvil, rozando matorrales y árboles polvorientos deformados por el viento. Este es el fondo de la bahía de La Habana, donde se pudren viejos patachos, una cañonera fuera de servicio y gabarras semihundidas. El casco negro y airoso de la **Pilar**, con su cabina de teca amarilla, parece más vivo que el solitario anciano adormecido al sol. Allá en Idaho, Hemingway se pegó un tiro en la cabeza y hoy lo enterraban, pero la **Pilar** en el astillero herrumbroso otorga un sentido a la existencia de Juan Torres, el viudo.

El letrero dice: "No se reciben visitas sin previa cita" y el portón de postes blancos se cierra con una gruesa cadena y un candado. A una cuadra queda la avenida comercial del barrio de Luyanó, en el paraje San Francisco de Paula. La avenida está llena de tránsito, pero la callecita que conduce hasta la finca **El Vigía**, de Ernest Hemingway, es apacible y discreto. Sobre los setos cae hacia afuera el follaje de los robles y los pinos del parque. La mirada se pierde en una espesura de verdes y sombras que parece no tener fin. Hemingway compró esta finca en 1939, con las ganancias de su novela **Tener y no tener**.

Las casitas de la calle son de madera, pintadas de rosa y azul. En un porche, un viejo de bigotes enhiestos, un **mambí** típico, se hamaca despaciosamente fumando un puro. Durante varios minutos observa mi desaliento ante el portón clausurado; después, me transmite el secreto, del que evidentemente se considera depositario: "Joven, camine una cuadra hacia la izquierda y va a encontrar la **quincalla** de una señora. Allí hay un teléfono; usted pregúntele el número de **Jéminhuei**, que ella lo sabe. Entonces llama para la casa y le pide a René que le abra".

Para la dueña de la **quincalla**, o almacén, el uso del teléfono es un rito. El aparato está en una casilla adosada a la pared exterior. La llave de la casilla se guarda en el cajón del dinero y la señora, consciente de que en

su vida se ha introducido un periodista que anda averiguando sobre Hemingway (es decir, que ella participará vicariamente en ese mundo de Papá que todo el barrio atisbaba por encima del portón blanco) prolonga con deleite el momento. ¿Así que voy a escribir de **Jéminhuei?** Entonces, que no olvide la quincalla. Aquí venía **miss** Mary a hacer las compras, y a veces la acompañaba **Papá**, de pantalones cortos y descalzo. Sobre la baranda de la galería se asoma otra vecina: "Era el hombre más bueno del mundo. Caminaba por aquí casi todos los días, después de almorzar. Usaba un bastón y andaba descalzo". Una muchachuela rubia, que coquetea con sus uñas pintadas y un viejo vestido de algodón que apenas le cubre las rodillas, alarga el pescuezo para oir la conversación telefónica y después me dice, como en una confidencia: "Yo ví la película **El viejo y el mar**, en La Habana".

De vuelta a la finca, un hombre ha venido a abrir los portones y el automóvil rueda por un sendero bordeado de bananos y lianas tropicales, donde no se escucha un roce o un trino. Desde las galleras llegan los cloqueos de las aves de riña, que se picotean en el bochorno de la siesta.

René espera en la vieja escalinata de piedra, aparecido de pronto en un recodo del follaje. Es un mulato joven, de voz baja y dulce, que en medio de la finca adormecida parece el guardián del silencio. Se llama René Villarreal y desde hacía catorce años era el ayuda de cámara, jardinero, ecónomo y compañero de caminatas de Hemingway. Explico mis intenciones, pero cuando miro los ojos enrojecidos de René, advierto que suenan como impertinencias. ¿Podré visitar las habitaciones, anotar los títulos de los libros, tomar algunas fotografías? Si René se diera cuenta de que también quiero saber otras cosas, tal vez no me franquearía la entrada tan cordialmente. Pero todavía no han llegado otros periodistas a la finca; seré el primero en descubrir huellas de lágrimas en los ojos de René y en ver los recortes de diarios tal como los dejó **Papá** sobre su escritorio en julio del año pasado, la última vez que vivió en El Vigía.

René me explica detalles sobre la finca. Era propiedad de una familia española, con siglos de arraigo en Cuba, y tiene casi cuatro hectáreas. Allí, a la izquierda, está la casita blanca de huéspedes, que **Papá** edificó para que sus hijos vinieran a pasar las vacaciones. Detrás hay una quinta, donde se sembraba lechuga y yuca. Más allá de las palmas, la pileta de natación y la cancha de

tenis. Miss Mary y **Papá** usaban dormitorios separados, porque Hemingway escribía de noche o de madrugada. Desde el fondo de la finca, con largavistas, puede verse a la **Pilar** anclada en el astillero de Juan Torres.

René cita todo eso a medida que caminamos, como si estuviera dando forma desde ya al texto del folleto que los turistas leerán dentro de unos años, cuando vengan a visitar El Vigía. Pero después de media hora de monólogo, todavía no me ha dicho nada importante sobre Ernest Hemingway.

Hace un año que **Papá** se fue de Cuba, pero miss Mary no cerró la casa, como esas familias que se mudan. Los zapatos de Hemingway (enormes y viejos mocasines, chinelas de rafia, babuchas orientales, desflecados zapatos de tenis) están colocados en un estante bajo la ventana del dormitorio, y el bastón rústico se apoya en el ángulo de una biblioteca, como si su dueño fuera a iniciar de un momento a otro su caminata matinal por la finca. Esta es aún una casa viva y no un museo. No quiero dejarme inducir por René a una simple visita conmemorativa, a una peregrinación de lector devoto. En alguna parte —como en la mirada de Gregorio, como en la soledad de Juan Torres— Hemingway debe haber dejado la clave de su vida cubana, y tal vez, de su muerte inesperada.

Los trofeos de caza están en todas las habitaciones. Hay diez o doce hermosas cabezas de animales salvajes sobre las paredes pintadas a la cal; principalmente, antílopes de cornamentas maravillosas. El león cazado por miss Mary, de la especie de melena negra, cuelga entre dos bibliotecas. Y en el dormitorio de Hemingway, presidiendo la mesa de trabajo, hay una cabeza de búfalo africano que en la penumbra parece intimidantemente viva. El resto de la decoración de las paredes está de acuerdo con la arquitectura de la casa; grandes carteles de corridas de toros y, en una pared de la sala, la cabeza del toro que Antonio Ordóñez mató en la última corrida relatada en **Verano sangriento**, con las dos orejas cortadas y una plaquita de bronce indicando que el animal fue brindado por el matador "a Ernesto Hemingway".

La casa es silenciosa y fresca. Los pisos son a la usanza de las viejas casas españolas: anchas tablas lustradas, que crujen levemente al paso. René ha mantenido las costumbres normales de la familia, aunque hace un año que los únicos habitantes de El Vigía son él y su amigo Pedro Buscarons. En el enorme revistero del porche están los últimos números de las mejores revistas norte-

americanas y europeas, del **New York Times** y del **Times** londinense. La radio portátil de onda corta, donde **Papá** escuchaba la BBC y Radio Moscú, sigue funcionando y transmite ahora unos lentos danzones cubanos. Sobre la mesa de la cocina hay lechugas recién cortadas, como si **miss** Mary debiera venir de un momento a otro, para componer las fabulosas ensaladas que gustaban a Hemingway, y una pequeña alacena encierra docenas de botellitas con salsas y condimentos exóticos, destinadas al **curry**, al **chow mein** y a las enchiladas que Papá devoraba todos los días.

Cristóbal, el preferido de los veintidós gatos albergados por Hemingway en la finca, se eriza y escapa con un bufido, cuando pretendo acariciarlo. Es un animal hosco y nervioso, muy distinto a la imagen corriente del gato doméstico, y vaga por las habitaciones vacías sin permitir que nadie se le acerque. René dice que nunca ha intimado con nadie, ni siquiera con **Papá**. (Hay una fotografía de Hemingway, en un libro de estudios críticos editado en París por Gallimard, hace poco, donde **Papá** aparece bajando las escalinatas de El Vigía con Cristóbal en brazos, y el gato se debate entre los brazos del amo, queriendo huir). El lugar preferido de Cristóbal es un **pouff** árabe; allí se encarama y, con ojos de odio, mira al intruso que examina las bibliotecas y los cuadros.

La espaciosa sala tiene ya algo de museo, con su plétora de objetos y su silencio. Malcom Cowley, un escritor norteamericano, lo describió así en su libro, **Hemingway, el hombre y la obra**: "Sobre los muros de la pieza principal, de veinte metros de largo*, se suceden las cabezas de animales salvajes que Hemingway cazó en Africa. Al caer la tarde, esta habitación está frecuentemente llena de ruidosos amigos, y el cocinero chino no sabe casi nunca cuántos invitados habrá para la cena". Pero de esa enumeración sólo restan después de la muerte de Hemingway las cabezas de los antílopes. René y Pedro Buscarons hablan en cuchicheos; Cristóbal, inmóvil y vigilante sobre su almohadón, parece otro trofeo disecado, de relampagueantes ojos amarillos.

El tocadiscos, empotrado en un gran panel blanco que contiene también la discoteca, era uno de los **hobbies** de Hemingway. Hay instalaciones de alta fidelidad, con parlantes en la sala y en los dormitorios. (Me llama la aten-

---

* De paso: Cowley, quizás deslumbrado por EH, perdió el sentido de las proporciones. El Vigía no es un castillo medioeval y su sala tiene un largo máximo de nueve o diez metros.

ción no ver un televisor —aparato infaltable en todas las casas cubanas— pero René me explica. Papá odiaba la televisión y exilió al receptor en la cocina. Allí está sobre un estante para entretenimiento del personal doméstico. "Sólo venía a verlo —dice René— cuando se transmitía algún buen match de boxeo.") Pero la colección de discos es excelente y ecléctica; parte fue reunida por miss Mary, una experta en jazz desde su juventud, aunque Hemingway contribuyó con muchos ejemplares. Está el **Memorial Album** de Bix Beiderbecke, pero también las **Canciones** de Noel Coward; junto a calipsos, la versión completa de **Guillermo Tell.** En otros estantes se alinean Bach, Mozart, casi todas las óperas de Verdi, y además grabaciones de Andrés Segovia y la comedia musical **The Pajama Game,** entre cientos de otras piezas.

Los libros son la decoración dominante, junto con los trofeos de caza. En todas las habitaciones las paredes están recubiertas de estantes blancos que llegan al techo, con miles de volúmenes. (Hasta en el cuarto de baño de **Papá,** junto a una vieja balanza y una lámpara de rayos infrarrojos, un pequeño estante contiene algunos laboriosos libros de gran formato: **Los generales de Cromwell, El espionaje soviético, El mundo es ancho y ajeno.**) La biblioteca principal ocupa dos paredes del estudio, donde un gran ventanal, a espaldas del escritorio, da hacia la quinta y la cancha de tenis. Salvo la mesa semicircular —desnuda de papeles, con sólo una carpeta y una fotografía, dedicada, de Fidel Castro estrechando la mano del dueño de casa— todos los muebles son blancos. Aquí hay montones de libros; una estantería está dedicada exclusivamente a ediciones de Hemingway en lenguas extranjeras: **El viejo y el mar,** traducido al español, al alemán, al francés, al ruso, al japonés, al árabe, ocupa una fila entera. Además, en viejas y bellas encuadernaciones en pasta, todo Balzac, todo Pérez Galdós, todo Mark Twain, todo Flaubert. En la pared de enfrente, una cerámica de Picasso representando una cabeza de toro, y aún otra cabeza de toro, confeccionada en cestería por algún artesano hindú. La fotografía de la **Pilar,** con Hemingway y Gregorio a bordo, cubre el resto del muro. La habitación, sin embargo, tiene algo de artificial; es demasiado fácil de interpretar: los libros preferidos, el barco, los inevitables trofeos de caza, el aire ascético de las paredes encaladas y los muebles sencillos que este americano poderosamente sensual importó de España. Archibald Mc Leish llamó una vez a Hemingway, "un hombre que se escapa de su tarea real para dis-

frazarse como aficionado a la caza mayor, o héroe, o tipo rudo", y algunos ambientes de la casa evocan esa definición. Puede rastrearse en ellos la "personalidad pública" de Hemingway, sus aficiones tan ampliamente publicitadas, sus amistades famosas, hasta sus orígenes literarios. Pero esos libros, esos objetos y esos cuadros están precisamente en las habitaciones que, como dice Malcolm Cowley, servían para las reuniones ruidosas de amigos y visitantes. Papá tenía un hermoso estudio —con la clásica atmósfera de trabajo de un escritor famoso y hasta el indicio de sus preferencias políticas, en el sitio de honor atribuído a Fidel Castro— pero no escribía allí; la gran mesa semicircular y la iluminación a giorno del ventanal sólo se utilizaban para las tertulias más o menos literarias, para recibir a Martine Carol o a los periodistas internacionales cuando tomaban a San Francisco de Paula como etapa ineludible de una visita a Cuba. En realidad Papá escribía (de pie, debido a la herida de un viejo accidente aéreo, que le impedía flexionar por muchas horas la columna vertebral) en un rincón de su dormitorio. Los libros principales y realmente inspiradores —sobre todo, viejísimos volúmenes comprados en los bouquins del Sena en la época de la bohemia parisina, los artículos de Ring Lardner, las obras de Sherwood Anderson y Ezra Pound, la **Autobiography of Alice B. Toklas** por Gertrude Stein— están en otras estanterías más reservadas, en la antecámara del dormitorio. Allí se encuentra también la verdadera mesa de trabajo de Hemingway: un pequeño escritorio cubierto por un vidrio. Debajo del vidrio, los pequeños indicios más reveladores que la gran escenografía del estudio: una borrosa instantánea de Marlene Dietrich, tomada durante una gira por el frente aliado de Normandía; una foto de miss Mary con algunos actores caracterizados para la filmación de **The Red Badge of Courage** y recortes periodísticos amarillentos. Uno me llama la atención: es de un diario francés y contiene las fotografías paralelas de F. Scott Fitzgerald y de Hemingway; el título dice: **Celui qu'Holiywood a perdu et celui qui en a triomphé**, como si el éxito en Hollywood fuera la medida de un escritor. ¿Por qué Hemingway guardaba este viejo recorte, con su leyenda frívola? El crítico Maurice Coindreau clasificó una vez los libros de Scott Fitzgerald y Hemingway bajo el subtítulo "novelas alcohólicas", por el comportamiento de sus personajes. Ambos autores partieron del periodismo, ambos eligieron describir su generación de los twenties. Fitzgerald pro-

fundizó en la vida nacional, Hemingway prefirió la existencia aparentemente disipada y sin objetivo de los exiliados en París, conectada con la guerra y con la desorientación posterior. Ambos conocieron la bohemia, el alcohol y el inconformismo, pero mientras Hemingway dosificaba sus extravagancias al límite aceptado por sus editores, los productores cinematográficos y el gran público hasta llegar al academismo del premio Nobel, Scott Fitzgerald fue hundiéndose lentamente en la bebida y en la anulación intelectual, para morir en 1940 como un fracasado. Agrio crítico de Hemingway en sus últimos años, Scott Fitzgerald fue quien apoyó a su amigo en los comienzos, sin embargo, convenciendo a Scribner's para que editara **The Sun Also Rises.** Pero años después escribiría en su **Diario:** "Yo hablo con la autoridad del fracaso, Ernest con la autoridad del éxito. De ahora en adelante, ya no podremos sentarnos a la misma mesa". Quizás, involuntariamente, el Hemingway triunfante y millonario quiso que el amigo de 1925 permaneciera con él en la misma mesa, la de trabajo, como un recordatorio de lo que ambos habían hecho de su vocación literaria. Quizás, también, **Papá** no estaba muy seguro de cuál de los dos había sido el verdadero derrotado.

En la antecámara del dormitorio, sobre los estantes, encuentro algunos objetos inverosímiles: una colección de pequeños autos de juguete, pero no los modelos perfectos y a escala que se ven en algunas casas, sino viejos y descascarados, conteniendo algunos un sacapuntas, otros con ruedas de menos. René dice que **Papá** traía de cada viaje una nueva pieza, pero que nunca explicó el significado de la colección. Y junto a los autitos, un pote de vidrio con una gran rana-toro (cuyas ancas son la base de uno de los más sabrosos platos cubanos) sentada dentro del formol. Bajo la sombría cabeza del búfalo africano la rana-toro es como un ídolo monstruoso que vela sobre los papeles póstumos de Hemingway, pero René disipa toda fantasía: "A él le gustaban mucho los animalitos que encontraba al pasear por la finca, y nunca permitía que matáramos las culebras o los gusanos. Esa rana apareció muerta en la ventana, un día de lluvia, y él me pidió que se la trajera al dormitorio". Después me cuenta una pequeña historia. Llevándome al baño, me señala junto a los libros de la pequeña biblioteca otro pote de cristal, que contiene un camaleón de tamaño excepcional: "Una mañana caminábamos por la finca y hallamos este bichito, con una pata quebrada.

El lo recogió, y lo curamos con miss Mary. Después lo soltó en la bañera. Durante una semana pusimos papeles cazamoscas por toda la casa, para conseguirle comida. Papá dejó de usar la bañera. A la semana, el bichito apareció muerto, todo mordido. Papá se enojó con Cristóbal, pero no se pudo probar que hubiera sido él". (René mantiene una extraña alianza amistosa con Cristóbal, y habla siempre del gato como de una persona difícil pero incomprendida).

El mueble principal de esta habitación es una estantería que llega al pecho de un hombre. René la ha cubierto hasta el suelo con una colcha; allí está el santuario. Sobre esa estantería, donde se intuye el bulto de la vieja Royal portátil, Hemingway escribió **Por quien doblan las campanas, Across the River and Into the Trees** y **El viejo y el mar.** Además, bajo la cubierta con que René ha preservado de los intrusos los preciosos papeles inéditos de su amo, hay numerosos originales. Entre ellos, un libro terminado en mayo de 1960 * y otro a medio escribir. Pero René mueve espantado la cabeza, cuando se le sugiere la posibilidad de examinar ese terreno sagrado. Además, advierte que el visitante se está demorando demasiado en el dormitorio, la única habitación no destinada a los visitantes. Hay que continuar el paseo por la casa.

Pero ya queda poco por mostrar. Cortésmente, admiro el gran espejo veneciano de luna convexa y marco dorado de exquisito esculpido, que miss Mary cuelga en su alcoba. Recorro también el cuarto de huéspedes con sus camas gemelas, un grabado de la **piazza** San Marco y la infaltable biblioteca, que aquí contiene una pieza inesperada: el original del clásico libro de Charles Fenton, **Literary Aprenticeship of Ernest Hemingway.** En esta habitación durmieron Dominguín, Antonio Ordóñez, algún campeón de golf y varios alcohólicos célebres del mundo periodístico de Nueva York, pero no creo que ninguno haya tenido como libro de cabecera al imponente mamotreto mimeografiado del señor Fenton.

Todavía el sol no se ha puesto, pero el parque de la finca está sombrío y la penumbra comienza a invadir la casa. Casi no distingo a René, sentado en el extremo más lejano de la sala, que está hablándome de la última

---

* **A Moveable Feast,** aparecido después en español como **París era una fiesta.** Con ese libro Hemingway zanjó póstumamente la cuestión entre él y Scott Fitzgerald. En un capítulo referido a éste, desarrolló una de las más minuciosas demoliciones que un escritor haya dedicado a otro.

carta recibida de Hemingway. La hoja de papel con unas pocas líneas manuscritas tiembla en la mano de René y un pájaro canta en la ceiba centenaria plantada frente a la galería. En estos últimos minutos, antes de que se enciendan las luces, repaso esta jornada transcurrida en torno a las huellas que un hombre dejó en sus cosas.

¿Cómo era ese hombre? En 1954 la revista **Time** lo describió bajo el aspecto de "un infatigable viajero, profundo conocedor de las corridas de toros, las bebidas alcohólicas, las mujeres, la guerra, la caza mayor, la pesca en alta mar y el coraje". Pero la imagen que Ernest Hemingway dejó en el recuerdo de las gentes humildes de Cuba, en las habitaciones donde vivió y escribió, en los pequeños detalles de sus pertenencias, no se compadece con ese legendario Hemingway. De ahora en adelante no podré creer demasiado en ese autor colmado de éxitos, en ese heroico cazador y hombre de acción que los grandes semanarios y la publicidad de sus editores o de sus productores de Hollywood crearon para el consumo internacional. No importan las fotografías de la caza de leones, si todavía existe en San Francisco de Paula el pequeño camaleón curado con ternura por el viejo escritor y conservado cuidadosamente no como trofeo del coraje, sino de la bondad hacia toda forma de vida. No importan los millones de la cuenta bancaria, los 50.000 dólares pagados por **Life** en adelanto de ese mediocre y egotístico reportaje que se llamó **Verano sangriento**, si en Cuba, más allá del Hemingway sofisticado de Nueva York o de su deificación por el esnobismo intelectual de Paris, quedaba un Hemingway que en la soledad monástica de su dormitorio guardaba un amarillento recorte sobre Scott Fitzgerald y tal vez reflexionaba sobre su éxito material como un soborno que compró (y anuló) su verdadero destino literario.

René enciende las luces y su fisonomía honrada y triste es la misma de Chago, de Gregorio, de Juan Torres. Levantándome para despedirme, tengo la seguridad de que el Hemingway que se mató en Idaho, en el momento de apretar el gatillo no era el premio Nobel o el excéntrico millonario que ordenaba té de tilo en el bar del Ritz. El hombre que la noche anterior, antes de dormir en su cama por última vez, pidió a miss Mary que le cantara una vieja canción italiana de su juventud y por la mañana bajó a elegir el rifle, era un Hemingway más verdadero: el que habló con Gregorio durante dos noches en la cubierta de un pesquero que navegaba hacia Cayo Hueso; el que descendía, descalzo y tocado con una

gorra de béisbol como un pescador más, la asoleada calle de Cojímar; el visitante de la soledad de Juan Torres.

En **Death in the Afternoon** la vieja señora dice: "Entonces debe ser muy peligroso ser hombre". Y su interlocutor (el propio Hemingway) le contesta: "Es un duro camino, señora, y al final está la tumba".

LA MUJER QUE VINO A INFORMAR

MARCHA — 29/V/1964

En mayo de este año, un ex ejecutivo de la CIA, Thomas Wardell Braden, se sumó a las escandalosas revelaciones sobre las actividades de esa agencia como financiadora de organismos que parecían muy alejados del espionaje y la subversión. En un artículo aparecido en el Saturday Evening Post, *Braden declaró haber dado dinero a Irving Brown, de la* American Federation of Labor, *"para ayudar a varios sindicatos anticomunistas del extranjero." La revista* Time, *citando a Braden, añadió en esos días que "en unas pocas situaciones, la mera ayuda o las funciones de propaganda se transformaron en operaciones políticas integrales; por ejemplo, en la violenta huelga general que contribuyó a derrocar el gobierno del pro-marxista Cheddi Jagan, en la Guayana Británica, hace tres años. Ella fue financiada por los Servicios Públicos Internacionales, una organización respaldada por la CIA cuya finalidad oficial es la organización de los trabajadores gubernamentales en uniones independientes, alrededor del mundo."*

Los hechos de 1967 han venido a corroborar lo que Mrs. Jaggan denunciaba en este reportaje de 1964. En aquella poca, todavía la opinión pública general juzgaba a las acusaciones contra la CIA como simple propaganda comunista. Lo reproduzco, además, porque me parece que ofrece alguna descripción útil de una lucha y sus protagonistas, mal conocidos por estas latitudes.

NUEVA YORK

El **Delegates Lounge**, en las Naciones Unidas, es una espaciosa sala con ventanales que da hacia el Hudson, cómodos sillones para las conversaciones oficiosas que arreglan el mundo sin dejar constancia en actas, y un concurrido bar donde un argentino experto mezcla bebidas en todas las lenguas. Sólo delegados y periodistas tienen acceso al **Lounge**, custodiado siempre por uno o dos oficiales de la Organización. Al fondo, hay un santuario aún más recatado: la Cafetería, donde ni siquiera pueden entrar los periodistas, destinada a que los delegados, frente a pociones enervantes y no adormecedoras (café americano y café **espresso**, únicamente) coordinen en pactos de caballeros las trascendentes decisiones que reparten los cargos internacionales. Y entrando por el mismo pasaje algo disimulado que conduce a la Cafetería, después de pasar el letrero donde nos advierten **Delegates only** y el semblante hierático de una recepcionista que se parece a Helena Rubinstein, hay una simple puerta de vaivén sin indicación alguna.

Una mañana de principios de este mes, con más curiosidad que derechos, empujé la puerta de vaivén; en puntas de pie, fui a ubicarme en una de las butacas que rodeaban la amplia mesa circular donde representantes de 24 naciones escuchaban a una mujer rubia y

de anteojos que hablaba en inglés lento y preciso, mientras permanecía solitariamente acodada a un pupitre colocado en medio del ruedo.

Mi vecino, un negro altísimo y canoso, se llevó indignadamente un dedo a los labios cuando cuchicheé preguntando quién era la rubia. Sin interrumpir sus anotaciones, me tendió un repartido mimeografiado, para que me enterara. En la imponente Sala de Comisiones decorada con paneles de roble y alfombras azules donde yo había entrado subrepticiamente, el Comité de los 24 (o Comité para la Descolonización) presidido por el uruguayo Carlos María Velázquez, estaba siendo informado por quien el pulido estilo diplomático de Velázquez denominaba "la distinguida peticionante", o sea mi solitaria rubia: Janet Jagan, ministro del Interior en el gabinete de su esposo Cheddi Jagan, el Primer Ministro de la Guayana Británica; una de las mujeres políticas más famosas del Hemisferio ("Eva Perón del Caribe", la llamó una vez Churchill) y, según los recelosos voceros del Departamento de Estado, la eminencia gris que procura conducir el movimiento independentista de la Guayana Británica a un alianza con Fidel Castro.

Era muy cerca de mediodía y Mrs. Jagan estaba en el último párrafo de su exposición, que contestaba a una pregunta de Velázquez. Con sonrisa fatigada y un levísimo punto de ironía en la voz, se quitó los lentes y dijo: "No sé cuándo se realizarán las elecciones en la Guayana Británica, realmente. Como ustedes saben, el asunto está en manos del gobierno del Reino Unido, que a veces cumple sus promesas." Escuchó cortésmente el agradecimiento de la Presidencia por haber concurrido al Comité y, recogiendo sus papeles, caminó con modestia hacia mi vecino tomador de notas y se sentó a su lado. Casi de inmediato se vio rodeada por delegados afro-asiáticos y del bloque soviético, que desfilaban para saludarla o felicitarla. "Le pido disculpas, querida señora —dijo el señor Natwar Singh, de la India— por la insistencia de mis preguntas." El señor Tarabanov, de Bulgaria, retuvo unos instantes la mano de Mrs. Jagan, mientras elogiaba calurosamente una de sus intervenciones. Después pasaron el señor Melovski, de Yugoslavia y el señor Smiganowski, de Polonia. El largo monólogo del señor Ahmadou Baba Dicko, del Malí, fue cortado con impaciencia por mi vecino tomador de notas, que había asumido la representación de Mrs. Jagan. Me reservé, con cierto temor reverencial hacia el brusco temperamento de mi vecino,

el sitio de último interlocutor: ¿podría mantener una breve entrevista con Mrs. Jagan, para informar en el lejano Cono Sur de América sobre la independencia de la Guayana Británica? Mrs. Jagan me miró con un gesto característico que le hace torcer la cabeza meditativamente, con un vago aire de pájaro, y me indicó que mejor sería consultar a Mr. Cummings, delegado del Partido Progresista del Pueblo en Nueva York. Mr. Cummings era mi vecino irascible y preferí hacer de cuenta que mis vacilantes conocimientos de inglés no habían captado la indicación. Finalmente, mientras Mr. Cummings rezongaba entre dientes (con seguridad, acerca de la inconstancia femenina que estropea todos los horarios confeccionados por uno) la esposa del Primer Ministro se decidió: salía a las 20 de ese día para BG (pronunciando sólo las iniciales, como acostumbra a llamar a su país) y disponía de una hora, entre las 14.30 y las 15.30, para conversar mientras hacía las valijas. Su hotel era el Bel Air, a dos cuadras de las Naciones Unidas, en la calle 44, y me rogaba puntualidad porque tenía otras citas. Después aplacó a Mr. Cummings con una sonrisa deslumbrante y se enfrascó con él en la consulta de unos documentos.

La Guayana está muy lejos de nosotros y se nos acerca sólo cuando hechos sangrientos o espectaculares, como en estos días, la hacen entrar en el panorama noticioso del día.

Fundada en 1604 por los ingleses, la colonia de la Guayana Británica comprendía también el actual territorio de la holandesa, pero en 1687 Holanda recibió esa parte a cambio de entregar a la Corona inglesa la isla de Manhattan. (Citando el hecho, Janet Jagan lo aprovecharía para una broma algo erudita: "¿Se da cuenta —me observó— que esta mañana podría haber reivindicado ante el Comité nuestros derechos territoriales sobre Nueva York?") Pero fue recién en 1953 cuando apareció un movimiento independentista coherente y organizado, con un joven abogado de origen hindú, Cheddi Jagan, como líder. Su Partido Progresista del Pueblo ganó parcialmente unas elecciones, ese año, mientras Jagan y otros colaboradores eran perseguidos y encarcelados por la policía colonial. La Corona señaló a Jagan como un agente de "la subversión comunista", el nuevo objetivo de lucha con que el panamericanismo oficial había sustituído en el Hemisferio a "la subversión nazi". Las elecciones fueron anuladas, pero el PPP tomó estado público internacional. En

las fotos periodísticas junto a Jagan aparecía una joven rubia, con anteojos que le daban el aspecto de una maestra de escuela: era Janet, secretaria de su esposo y dirigente del partido; también, según la prensa inglesa, una intelectual norteamericana de pensamiento marxista, que dominaba al doctor Jagan y prometía ser una cercana amenaza para la democracia del Caribe.

En 1957, otras elecciones dieron un nuevo triunfo al PPP y Cheddi Jagan ocupó el cargo de Primer Ministro. En 1961 el electorado confirmó al Primer Ministro en el gobierno, y Janet fue designada ministro del Interior. Pero este respaldo de la mayoría del país a los Jagan proporcionaba sólo el marco formal para el ya indetenible desarrollo del movimiento independentista, y de la tendencia que las ideas de Janet habían incorporado al pensamiento político de su esposo.

Janet Jagan había crecido como una simple muchacha judía de los suburbios de Chicago. Cuando conocía a Cheddi, el futuro líder estudiaba leyes en la **Northwestern University**, de Illinois. "Yo no sabía mucho de política, en esa época", dice ella. Pero se señala que su colaboración con Jagan añadió al programa del PPP una sólida base de socialismo de Estado. Una faceta complementaria de su carácter es el reservado desprecio con que se refiere a su país natal y a los hechos de la política interna norteamericana. No es ajeno a ello el que haya sido prima de Julius Rosenberg, ejecutado con su esposa Ethel en 1951 bajo la acusación de espionaje en beneficio de la URSS. Julius, un estudioso marxista, parece haber sido un asesor importante en la formación ideológica de Mrs. Jagan. Y cuando se roza el tema de la ejecución de los Rosenberg, Janet endurece sus facciones y habla más acremente de los Estados Unidos.

Cuando golpeé a la puerta de Mrs. Jagan, en el hotel Bel Air, me atendió ella misma. Estaba hablando por teléfono y volvió a la conversación, indicándome una silla. Aproveché para enterarme de algunas debilidades de los estadistas de sexo femenino: un bolso aparecía a medio llenar de exquisita lencería negra; la media docena de libros sobre una cómoda se componía de novelas policiales; la que permanecía abierta con una página señalada era una de las fantásticas aventuras del agente secreto británico James Bond, actual furor editorial en los Estados Unidos.

Las valijas ya estaban cerradas y Mrs. Jagan, antes

de atenderme, desalentó en el teléfono a un insistente interlocutor que procuraba cenar con ella o lo que fuera: "No, lo siento. Lo siento mucho. Mi avión sale a las ocho. No, tampoco un drink. Tengo reuniones hasta la noche. Adiós darling. Espero verlo con el doctor Jagan, cuando vaya a BG."

Después, espantando las palomas neoyorquinas que se arrullaban en el antepecho de su ventana del sexto piso, escuchó dos o tres preguntas preliminares y me dijo: "Le haré un breve resumen de lo que pensamos y de lo que nos niegan. Ganamos elecciones en 1953, 1957 y 1961. Aborrecemos la violencia. Procuramos la democracia parlamentaria. Gran Bretaña nos ha prometido la independencia, pero dilata indefinidamente la fecha de las elecciones decisivas. Ya sé que se nos acusa de extremistas, pero advierta: en junio de 1963 pedimos un Comité de Buenos Oficios de la ONU, para que gestionara con Gran Bretaña la fijación de fecha; en octubre de ese año solicitamos a la ONU el envío de un grupo de expertos en derecho constitucional, para que trazaran un plan de institucionalización de la independencia. Los ingleses se negaron a ambas gestiones. El 22 de ese mismo mes se reunió en Londres la Conferencia de la Independencia. Ya en 1960 habíamos reunido la Conferencia Constitucional, también en Londres, donde se coincidió en la concesión de la independencia, a examinarse definitivamente en 1961 por ambas partes, porque "el principio había sido aceptado". La Constitución que redactamos de común acuerdo con los ingleses, en 1960, no era temporaria sino —con pequeños cambios destinados a contemplar situaciones futuras —la definitiva. Bajo la misma se llevaría a cabo la transferencia de poderes.

—¿Cuáles son las razones británicas para diferir la aplicación de esos acuerdos?

—Vengo de Londres, donde he hablado con Duncan Sandys, el ministro de Colonias. Le pregunté lo mismo. Los pretextos, no las razones, son típicamente ingleses. Mr. Sandys afirma que los tres partidos políticos de la Guayana no han podido ponerse de acuerdo en aceptar la Constitución vigente; que existen disturbios políticos y raciales que no garantizan un futuro pacífico. Mr. Sandys ha traicionado el mandato que, por decisión de los tres partidos, le confirió el Parlamento de la Guayana en 1963: fijar la fecha de la independencia. Ahora, Gran Bretaña dice que la situación obliga a llamar a nuevas elecciones: es decir, procura que nuestro parti-

do abandone el gobierno legítimamente ganado, y pone a las elecciones como condición previa para fijar la fecha de la independencia. Además, los ingleses sostienen la modificación del sistema electoral: representación proporcional de todos los partidos en vez del actual sistema de mayorías. Por éste, que está copiado del de Rhodesia del Sur, tenemos un Parlamento bicameral compuesto de mayoría y minoría mayor. Mr. Sandys quiere un Parlamento unicameral con representación proporcional de todos los grupos. Además, propugna cambios en el sistema de inscripción pre electoral, con formalismos imposibles de cumplir en un país que tiene un índice elevado de analfabetismo. Lo curioso es que en Rhodesia del Sur Mr. Sandys apoya el sistema que aquí critica; quizás, porque allá el gobierno actual es adicto a Gran Bretaña.

—Su relato —dije a Mrs. Jagan— indica que ustedes deberán prepararse a esperar largo tiempo, ya que aborrecen la violencia. Y dicho sea de paso: ¿el programa independentista del partido contempla entrar a la OEA, como nación sudamericana?

Mrs. Jagan, rectificando la graciosa posición ornitológica de su cabeza rubia, se quitó los lentes y se inclinó hacia adelante, mientras su tono adoptaba lo que puede llamarse, en el lenguaje de un gobernante en país extranjero, una educada indignación:

—Déjeme contestarle por el principio. Gran Bretaña difiere nuestra independencia pura y exclusivamente por la presión que el Departamento de Estado norteamericano está ejerciendo en el **Foreign Office.** Las decisiones de las Naciones Unidas sobre la Guayana han sido anuladas por acuerdos secretos entre Gran Bretaña y los Estados Unidos. El Departamento de Estado no quiere una Guayana Británica independiente en la zona del Caribe y ha usado todos los medios para impedirlo. Está documentado que el presidente Kennedy actuó personalmente, en ese sentido * y también

---

* En su columna de marzo 22 de este año, escribió el periodista Drew Pearson: "En la Guayana Británica el presidente Kennedy (...) procedió con más cuidado. Pese a que nunca ha sido publicada, esa fue la secreta razón por la cual Kennedy viajó a Inglaterra en el verano de 1963. Había prometido al **premier** Fanfani y al canciller Adenauer ir sólo a Roma y Bonn, pero el itinerario fue aumentado debido a la obsesiva preocupación de Kennedy por el hecho de que la GB obtendría su independencia en julio de 1963 y establecería otro gobierno comunista bajo la égida de Fidel Castro. Si esto ocurriera antes de las elecciones presidenciales de 1964 y, en esa época, una

otras autoridades norteamericanas lo han evidenciado en público.

—¿Por ejemplo?

—Un representante del Departamento de Estado, Willian Tyler, declaró ante el Sub Comité de Apropiaciones del Congreso que "el gobierno norteamericano contempla sin simpatía al gobierno de la Guayana Británica" y que desearía vernos fuera del poder. En Gran Bretaña, durante una conferencia de prensa, Pierre Salinger, secretario de prensa de Kennedy, afirmó igual cosa.

Mrs. Jagan, con recortes y papeles que saca de una carpeta, señala después que también cabía responsabilidad en los disturbios internos de la Guayana a los sindicatos norteamericanos.

—El columnista neoyorquino Víctor Riesel —indicó— ha escrito un revelador artículo, que describe el respaldo financiero de las centrales norteamericanas a los sindicatos de la Guayana. Figuras claves del movimiento sindical de mi país han recibido entrenamiento en los Estados Unidos, según Riesel, para tareas de subversión. El entrenamiento, dice el periodista, fue realizado en Washington, en el denominado **American Institute of Free Labour Development.** Y la representante en los Comunes, Jennie Lee, ha informado en un debate: "Tengo buenos amigos en los sindicatos norteamericanos, y cuando operan fuera de su país lo hacen en estrecha relación con el Departamento de Estado. Lo hicieron en Europa después de la guerra. Llegan a un país proporcionando dinero, personal e influencia a cualquier sindicato o partido que consideren anti-comunista."

Un llamado telefónico que interrumpió la conversación procedía de mi antiguo vecino tomador de notas. Mr. Cummings, desde el quinto piso del hotel (donde está situada su oficina) advertía a Mrs. Jagan que la

---

Guayana comunista se apoderara de la compañía de aluminio Reynolds Metals y otras propiedades norteamericanas, el efecto político podría ser desastroso. (...) Ellos (MacMillan y Kennedy) declararon principalmente que los ingleses rehusaron garantizar la independencia de la Guayana debido a la huelga general contra el pro comunista Primer Ministro Cheddi Jagan. La huelga fue secretamente inspirada por una combinación del dinero de la CIA y el **Intelligence Service.** Proporcionó a Londres la excusa que buscaba. La Guayana Británica no ha recibido aún su independencia y otro gobierno comunista en la costa del (en otro tiempo) lago norteamericano, fue temporariamente impedido."

hora había pasado. La relativa exaltación de Mrs. Jagan fue sustituida por una compostura enigmática, convenientemente ocultada por los anteojos otra vez en su sitio. Efectué entonces algunas preguntas que redondeaban el tema:

— Se acusa al doctor Jagan de ejercer una política racista, destinada a la supremacía de los ciudadanos de origen hindú contra los negros, población mayoritaria. ¿Eso es cierto?

— Los disturbios supuestamente raciales han sido estimulados por Gran Bretaña y por la CIA. En 1961, los candidatos de nuestro partido fueron 29.

De ellos, 12 eran negros, 13 de origen hindú, 3 portugueses y uno mestizo. De las 20 bancas que obtuvimos, 7 están ocupadas por negros, 11 por candidatos de origen hindú, una por un candidato de origen portugués y una por un mestizo. El Comité Ejecutivo de nuestro partido se compone de 6 negros, 5 hindúes y una persona blanca, que soy yo. Nuestro partido tiene, claramente, un carácter multirracial y unificador. El Gabinete se integra con 4 hindúes, 4 negros, 1 mestizo y una norteamericana de raza blanca: yo. Más aún: en este gobierno la Policía emplea un 95 % de negros; la educación ocupa sólo un 10 % de maestros hindúes y la administración civil un 75 % de negros. Los disturbios raciales, vuelvo a decirle, han sido estimulados por Gran Bretaña. En febrero de este año, cuando se estudiaba la fecha de las elecciones, aparecieron dos nuevos grupos religioso-raciales totalmente superfluos: el Partido Musulmán de la Guayana y la Liga Hindú de la Guayana, además de volverse a poner en funcionamiento al Consejo Hindú de la Guayana Británica.

Pregunté finalmente a Mrs. Jagan sobre sus contactos y opinión con respecto a la experiencia revolucionaria de Cuba, y sobre el programa de gobierno independiente del PPP. En el primer punto, Mrs. Jagan se mostró comprensiblemente discreta y evitó incluso calificar la obra de Fidel Castro.

—Cuba —dijo —es considerada por nosotros como una buena vecina.

—Aprovecho para recordarle mi pregunta anterior: ¿ingresarían a la OEA?

—No vemos la necesidad. Por formación e intereses, pertenecemos al sistema comercial y político de Gran Bretaña. Actualmente, Gran Bretaña actúa presionada por los Estados Unidos, pero eso puede pasar.

--¿Encuentran similitud entre el programa socialista de su partido y las realizaciones de Cuba?

—En ciertas vías.

—¿Establecerían relaciones económicas con Cuba?

—Producimos lo mismo que ellos: azúcar.

—¿Consideran que, como país sudamericano, tienen un destino común con el Continente?

—Antes que nada, queremos llegar a nuestra mayoría de edad. Después, obtener el intercambio económico con todos los países. Ya hemos enviado misiones a varios países vecinos.

—¿La Guayana independiente podría formar un bloque socialista latinoamericano con Cuba y algún otro país?

—Actualmente, no hay bloques. Prefiero hablar del presente. Nuestra tarea se compone hoy de dos puntos: primero, obtener la independencia; segundo, concentrarnos en la producción agrícola y en una reforma agraria.

El teléfono empezó a sonar otra vez, y me representé al irascible Mr. Cummings. "Otros detalles —me dijo Janet Jagan, al tiempo que se levantaba tendiéndome la mano— puede pedírselos a Mr. Cummings en la oficina del quinto piso." Pero yo preferí no arrostrar el carácter del delegado independentista.

Cuando esperaba el ascensor en el pasillo, dos minutos después, Mrs. Jagan salió de su cuarto y se dirigió a la escalera. Al pasar, advirtió que yo la observaba y sonrió débilmente: "Nunca uso ascensores —dijo.— Es una vieja costumbre de conspiradora."

EL APLAZAMIENTO

MARCHA — 25/VI/1965

Incluyo esta descripción no muy importante de un fracaso, porque releyéndola años después, encontré en sus entrelíneas algunas de las cosas que yo andaba buscando en el reportaje fallido a Jean-Paul Sartre y que éste, sin que yo lo advirtiera en ese momento, me comunicó por omisión: ciertos rasgos básicos de su carácter, la forma en que un intelectual europeo encara su relación con latinoamericanos. Todo el asunto, además, constituyó una espléndida admonición para un tipo de periodismo que a veces pierde de vista (cegado por la impertinencia profesional) sus límites de operación. La lección fue buena y las cosas quedaron en su lugar.

En París llovía casi incansablemente lluvia de primavera, como si Verlaine se hubiera puesto de acuerdo, en el Parnaso, con César Vallejo. En Santo Domingo, a pleno sol, el coronel Imbert se dedicaba a fusilar constitucionalistas en los Potreros de Trujillo. Johnson había desenmascarado de una vez por todas al panamericanismo, ciscándose sobre los augustos doctrinarios de la OEA. Los marines edificaban la democracia a bazucazo limpio, reventando contra las paredes a vendedores de diarios y estudiantes que vivaban a Caamaño con las manos vacías.

Jean-Paul Sartre estaba en París y la dulce geometría del Faubourg Saint-Honoré, mojada por la lluvia, inspiraba deducciones cartesianas. La América Latina lejana, la cercanía del hombre que había escrito **Huracán sobre el azúcar,** los cables amarillos de las teletipos de **Le Monde** donde Marcel Niedergang relataba todos los días la gran canallada norteamericana, convidaban a ejercer el silogismo: Sartre fue a Cuba, comprendió el drama de un continente avasallado, escribió y difundió nuestra causa como antes se había jugado por Argelia y por Africa; Santo Domingo representa más que la Bahía de Cochinos, porque allí ha quedado en cue-

ros todo el dispositivo del imperialismo, desde la brutalidad militarista hasta la hipocresía de los siervos que la sufren y la disculpan; conclusión: Sartre no tendrá inconvenientes en hablar sobre Santo Domingo.

Consultado, Claude Julien me dijo que el planteo era razonable. **Marcha**, añadió, era el vehículo apropiado —por su difusión continental— para la palabra de Sartre. Opuse un impedimento: la insignificancia del entrevistador, su anonimato parisién, su ignorancia de los caminos que conducen al santuario donde el hombrecito bizco viene desmontando analíticamente, desde hace veinte años, la conducta de nuestra época. Julien coincidió, pero dio a entender bondadosamente que lo importante en el abordaje era el pabellón; **Marcha** tiene muchos amigos en París.

Durante quince días, en consecuencia, se puso en funcionamiento una operación que participó del asedio, la imploración y la irrupción táctica y sorpresiva. Primero hubo que estudiar el terreno habitual y la conducta del objetivo. Amigos de amigos, enemigos que siguen día a día sus actividades y despechados periodistas que nunca fueron recibidos, me revelaron los usos y costumbres de Jean-Paul Sartre. "Sería más fácil que pidiera una audiencia a de Gaulle", me dijo un poeta cuya esposa actuó en **Kean.**

Porque la cosa era más o menos así: la vida de Sartre tiene dos finalidades principales (precisamente, las que titulan las dos partes de **Les mots**): leer y escribir. Su existencia está supeditada a esos dos actos vitales, los dos tiempos de la respiración sartreana que mantiene vivo al maestro. Su actividad, la de Simone de Beauvoir, la de los escasos siete seres humanos que conviven con el casal ilustre, han sido condicionadas a ese voto de castidad perpetuo, donde el comercio con el mundo exterior haría perder la virginidad necesaria a la tarea. Sartre y **madame** de Beauvoir poseen cada uno su casa, que comparten indiferenciadamente. De lunes a viernes, la monótona agenda del filósofo se repite: a las 8.30, traslado a la casa de Simone, donde tiene sus materiales y manuscritos; allí, ambos escriben o leen hasta el mediodía; después, almuerzo íntimo, **sin nadie**; de tarde, vuelta a escribir hasta las 7 o las 8; luego, alguna cena cuyos comensales no sean más de cuatro; una o dos veces por semana una función de teatro y, casi siempre, fin de velada en casa de Sartre, donde los dos escritores intercambian impresiones e ideas. Sartre y **madame** de Beauvoir tienen sólo dos amigos íntimos, una mujer y

un hombre. Con ellos comen una vez por mes, previa cita. La intimidad está demostrada porque los amigos son depositarios de dos sagrados misterios: los números telefónicos de ambas casas, que no están en ninguna guía. Las entrevistas periodísticas, como norma general, no son concedidas nunca. De todas maneras, deben pedirse con anticipación de seis a siete meses, sujetas teóricamente a que la pareja salga de viaje y todo deba recomenzar.

Marcha (no yo, en este caso, porque la identificación sería contraproducente) disponía de sólo dos semanas. Vencido de antemano, abrumado por la formidable estructura que protegía el recinto sacro, seguí hasta el final mi camino de Damasco, porque pensé (parado en una esquina de la avenida Wagram, a la salida de un nuevo y fracasado intento de aproximación y mientras la lluvia de junio me empapaba, solidaria con Sartre) que en un fracaso también hay una pequeña historia a contar.

Diplomáticos, artistas, periodistas y hasta mozos de café (de esos que pueden dar un dato de horarios por tres francos), fueron movilizados. Juan David, el diplomático cubano inolvidable para los uruguayos y ahora delegado en la UNESCO y consejero cultural en París, sacrificó sus siestas para colaborar; Juan Alcocha, que vive hace años en París y ha visto premiada su familiaridad con la ciudad cruel llegando a comer alguna vez con Sartre; Natty Revueltas, cuya voz ya puede ser identificada telefónicamente por madame de Beauvoir, Julien, Jean Daniel, Alphonse (el maître del café Bonaparte), monsieur Puy, que hace las veces de secretario de Sartre; todos fueron molestados, invadidos, comprometidos.

A los diez días, yo sólo podía ostentar como trofeos consoladores algunos de los secretos délficos: ODE 2828, teléfono de Sartre (casa propia); ODE 8653, teléfono del secretario; 11, rue Schölder, dirección de Simone de Beauvoir.

Una mañana, la carcoma del orgullo profesional llevó a romper las normas del juego de las citas telefónicas, las consultas para el viernes próximo, las postergaciones y las negativas. Cuando se golpea en la puerta de 11, rue Schölder, la puerta delgada se abre y no aparece una mucama, ni un mayordomo. Esos ojos pequeños, esa nariz imperiosa y ese rodete de cabellos rojizos son de Simone de Beauvoir, que espía a la visita inesperada desde el zaguán a medio abrir. No; es imposible

pasar; **monsieur** Sartre trabaja. La mejor sonrisa y la más dulce inflexión para pedir disculpas porque no se franquee el paso; ella misma está trabajando. Pero usted puede llamar a ODE 8653. O mejor, a ella misma; eso sí, el jueves.

El jueves, la misma voz, que deja adivinar el rodete y la impasibilidad, arrastrando inverosímilmente las guturales francesas, aduce un largo prólogo de obstáculos: Sartre está nervioso, ha postergado un viaje. Santo Domingo es un problema aún no bien estudiado. Aplacemos la decisión de una entrevista hasta la semana siguiente, ¿sí?

Una semana, y media docena de llamados telefónicos después, el circuito ha sido recorrido en su totalidad y la experiencia está completa. Tomo el tren para Francfort y dejo la lluvia de París. En la **Gare de l'Est** compro un **Playboy** y, por fin, **Les mots.**

A la hora de almorzar, cuando el tren corre bajo la lluvia de Lorena, leo en el **Playboy** una larga, larguísima entrevista a Sartre, donde el filósofo de la existencia y el exégeta de Fidel se embarca con un anónimo preguntador yanqui en preguntas y respuestas sobre si las mujeres le gustan desnudas o vestidas. Y cuando llega el café, encuentro en la página 54 de **Les mots** la historia de la carta que el niñito Sartre, a instancias de su abuelo Charles Schweitzer, envía a Courteline para que se la conteste. Courteline, como Sartre, ignora a la gente. Y en 1963, el hombre Sartre añade esta apostilla a la historia: "En esa época juzgamos severamente su silencio. Admito, dijo Charles, que tenga mucho trabajo, pero aunque fuera infernal, a un niño se le responde".

En Francfort, antes de que el vuelo 500 de la Fufthansa me devuelva a Montevideo, a Santo Domingo, a América Latina, copio estas líneas en una tarjeta postal y las envío a 11, **rue** Schölder, París.

LA REVOLUCION ARMADA DE PACIENCIA

MARCHA — 9/VII/1965

Me costó muchos días lograr que los revolucionarios africanos exiliados me toleraran en sus oficinas o en sus modestos cuartos de hotel. Tuve que ir pasando lentamente, de mano en mano, a través de una cadena de recomendaciones o avales que comenzó —quizás por facilidades de idioma— con el movimiento de liberación angolés y terminó en los hoscos y recelosos SIMBAS congoleses que eran mi objetivo.

Ahora que la revolución del Congo es un movimiento estancado (o por lo menos desdeñado por las informaciones internacionales) la atención latinoamericana ha perdido un poco de vista esa lucha. Puedo decir, sin embargo, como introducción a este extraño reportaje, que pocas veces sentí tanta intraductible emoción y tanto respecto por un movimiento revolucionario como el que motivaron aquellos jóvenes que, sin admitirme a su confianza, hablaron conmigo en un apartamento vacío de El Cairo. Aquella gente —abandonada por casi todo, algo patética— tenía la verdad en sus manos.

EL CAIRO

El edificio quedaba en el número 17 de la calle El-Massur Mohammed, en Zamalek, el barrio diplomático de El Cairo, y era un lujoso inmueble con portero uniformado y ascensores veloces. Cuando golpeé a la puerta del apartamento 25, una joven africana con una radio a transistores pegada al oído me condujo, sin perder el ritmo del chá-chá-chá, a una sala desguarnecida. El único mobiliario consistía en cuatro sillones baratos, una mesa quemada por cigarrillos y un enorme retrato de Patrice Lumumba, sin colgar y adosado a la pared. Por la ventana del séptimo piso se divisaba el atardecer sobre el Nilo y más allá, las torres de las mezquitas. Tomé asiento y pasaron varios minutos antes de que experimentara la incómoda sensación de ser observado. Me dí vuelta: en un rincón de la sala penumbrosa había tres niños negros de rostros extrañadamente contraídos, que me miraban en silencio. Vestían pantalones vaqueros, zapatos de lona y camisa de colores vivos; uno llevaba una flamante chaqueta de cuero. A no ser por aquella mirada rara, pudorosamente trágica, parecían muchachos comunes de su edad; quizás los hijos de algunos exiliados, que recién llegaban de la escuela. Les pedí que se acercaran y les hablé como se habla a los niños. ¿Cómo se

llamaban? ¿En qué grado estaban? ¿Eran hermanos? Sentí que los tres, de algún modo, estaban juzgándome un preguntador de necedades. Los dos más pequeños miraron al de la chaqueta. Este hizo un gesto casi imperceptible y los tres se adelantaron, colocándose frente a mí en posición militar. Después habló el de la chaqueta: "Dower Tokoko, trece años; Dieudonné Lufungulo, catorce años; y yo, Joseph Ikitete, quince años". Dieudonné Lufungulo, luego de consultar con la mirada a su superior, añadió: "No podemos ir a la escuela todavía porque somos **simbas**". Joseph Ikitete pasó con ternura una mano por la cabeza rizada de Dower Tokoko: "Estamos aquí con licencia porque nos enfermamos. Este vino hace dos días del Kivu. Ya mató un mercenario". Dower Tokoko sonrió con una sonrisa blanquísima y señaló con admiración una pequeña estrella dorada que había en el hombro de Joseph Ikitete: "El mató cinco. Mire la estrella". Hubo un clic de interruptor y el comandante Albert Kisonga, que acababa de entrar a la sala y encender la luz, me habló desde la puerta: "¿Ya conoce a nuestros guerrilleros? Aproveche a conversar con ellos, porque el domingo vuelven al Kasai, a seguir combatiendo".

Me había costado una semana ser recibido en el cuartel general del Gobierno Revolucionario Congoleño, en El Cairo. La capital de la RAU es sede de una docena de frentes, coaliciones, consejos y grupos de liberación africanos. Nasser acoge con fraternidad revolucionaria, que muchas veces no discrimina importancias, a todos los que se alzan en Africa contra el colonialismo y contra algunos flamantes gobiernos demasiado pro-occidentales. Los subsidios, las armas y los reconocimientos fluyen generosamente hacia estos hombres de mirada febril, que llevan en el rostro el sello impreso por las hecatombes y los genocidios del hombre blanco.

Las organizaciones se multiplican en El Cairo: el Secretariado Afro-Asiático Permanente, el Consejo Superior de la Revolución Congoleña, el Frente de Liberación Nacional de Angola, el UDENAMO (que representa la insurrección en Mozambique), las oficinas de los rebeldes de Rhodesia del Sur o de los terroristas de la Unión Sudafricana. Y circulando entre estas organizaciones mayores, las pequeñas células, los visionarios y los profetas que alquilan un cuartucho a la calle, izan en el balcón la extraña bandera de sus facciones y ayunan quince días para imprimir volantes escuálidos que nadie

lee, donde se da cuenta de otra masacre de los portugueses o de la policía de Sir Roy Welensky.

En el aprendizaje de las autonomías, las nuevas naciones africanas o los movimientos de liberación crecen y se afirman a costa de hondos desgarramientos; a veces, mediante luchas que enfrentan a los hermanos con mayor ferocidad que al colonialismo. La unidad interna es el gran problema vigente de la liberación africana; su proceso se advierte con nitidez en capitales que, como El Cairo, Argel o Accra, han alcanzado la independencia y la estabilidad que les permite albergar otros intentos. Para el observador extranjero, la diferenciación entre los movimientos eficientes y las chambonadas idealistas de insurrecciones que consisten sólo en un sello de goma y en un cuarto de hotel, no es difícil: los últimos están ansiosos de hablar y ser fotografiados; los primeros son casi inencontrables. Están muy ocupados en pelear la guerra de guerrillas local y sostener, desde sus cuarteles en el exilio, la compleja lucha diplomática de los reconocimientos y los abastecimientos. Los rebeldes congoleños (los "antropófagos comunistas", como acostumbra a llamarlos **Time**) pertenecen a esta categoría. Tienen dentro de su país a Mobutu y a Chombé, financiados por los capitales belgo-británicos, tolerados por el laborista Wilson y por de Gaulle, estimulados por la **Central Intelligence Agency**; su líder Lumumba fue asesinado; soportan una infamante campaña mundial de prensa y su revolución está cortada de las fuentes de riqueza del país. Y sin embargo, dominan la mitad del territorio nacional, levantan en combate casi 200.000 guerrilleros y han conseguido unificar su movimiento.

Acertadamente, entonces, los dirigentes congoleños de El Cairo consideran que la resonancia periodística de su tarea es algo postergable. Por eso, cuando a través de una cadena de intermediarios e identificaciones, pedí para hablar con Gastón Soumialot, con Pierre Mulele, con Laurent Kabyla o con Christophe Gbenye, las respuestas fueron elusivas. Sólo Soumialot estaba en la RAU; Mulele y Gbenye iban y venían secretamente entre El Cairo y el Congo. Además, Soumialot tampoco estaría esa semana en la ciudad.

Finalmente, con mi pasaporte examinado a fondo, con entrevistas previas que se demoraron horas en charlas exploratorias y a veces terminaron en brusquedades y suspicacias típicamente africanas, obtuve el consentimiento: Gastón Soumialot, como presidente del Consejo Superior de la Revolución, había delegado al comandante

Kisonga —que defendió a Stanleyville contra la invasión de los mercenarios— para la entrevista. (Después me enteraría que el mismo Soumialot había sido uno de los hombres que, sin intervenir directamente, asistieron a la conversación sentados en un ángulo de la sala).

El astuto Mobutu (y Chombé, que espera detrás de bambalinas la oportunidad de su reaparición) han conseguido casi todo lo que se proponían. Pero sus enemigos, los continuadores de Lumumba, ya no son las tribus analfabetas y desunidas de 1961, ni los sargentos disfrazados con uniformes europeos que sumieron al Congo en la anarquía. Estos negros actuales de francés impecable, que usan ropa de combate verde olivo y mantienen escrupulosamente expeditas las vías clandestinas por donde las ametralladoras Oerlikön compradas en Suiza llegan con regularidad al sur de su país, se proyectan ominosamente en el futuro de Mobutu. Ya no son sargentos ascendidos a mariscales, como éste, ni brujos de tribu convertidos en ministros. Entre ellos hay agrónomos, profesores de Letras graduados en la Sorbona, arquitectos. Han estudiado Economía Política y técnicas subversivas; saben que el método histórico predice su triunfo final y pueden esperar. Lumumba, su idealismo, sus poemas y su odiosa muerte son el estandarte de la nueva rebelión, pero otras tácticas han suplantado a la insurgencia sin plan de los primeros años.

Cuando hablé con Kisonga, hacía poco tiempo que la conferencia llevada a cabo en El Cairo había establecido con firmeza el esquema de la rebelión congoleña, distribuyendo los cargos y las responsabilidades. Mobutu enfrenta ahora una revolución nacional que posee una estructura de base y órganos ejecutivos. Las zonas de operaciones están administradas por comandos militares. Las guerrillas, aunque controlan principalmente la parte sureste del país, actúan en casi todo el territorio interior. Y lo más importante: ahora, la rebelión está unificada política y militarmente.

El órgano supremo es el Consejo Superior de la Revolución, compuesto de veinte miembros —cinco por cada una de las tres zonas operacionales y cinco por el resto del país— y dirigido por un **bureau** donde Soumialot es el presidente, Mulele y Kabila los vicepresidentes y Gabriel Yumbu el secretario. La rama deliberativa de la revolución es la Conferencia Nacional del Consejo Nacional de Liberación, que se reúne una vez por año integrada por delegados de las bases. El brazo político del Consejo Superior es el Gobierno Revolucionario,

presidido por Christophe Gbenye. Los antiguos recelos tribales han sido eliminados por medio de un gabinete de seis ministros, uno por cada provincia: Tumba-Mwassipu, de Finanzas y Asuntos Económicos, por Leopoldville; Casimir Mbaguira, de Relaciones Exteriores, por el Kivu; François Sabiti, de Comunicaciones, por la provincia Oriental; Camille Nkumu, de Educación Nacional, por la provincia del Ecuador. Y otros dos ministros por el Kasai y por Katanga, a designar apenas haya terminado la consulta a las bases, todavía dificultada por la guerra.

Las zonas de operaciones, rama militar del Consejo Superior, están confiadas a comandantes que actúan bajo directivas unificadas: Pierre Mulele en Leopoldville y el Kasai; Laurent Kabila en el Kivu y Katanga; Nicolás Olenga en la provincia Oriental y en la del Ecuador.

El comandante Albert Kisonga, como los otros oficiales que estaban en la sala, es un joven menor de treinta años. Casi todos llevan barba e invariables lentes para sol, que les ocultan la mirada y les hacen hablar como oráculos, mirando hacia adelante. La mística de una rebelión socialista se mantiene en algunos rasgos de sus exposiciones precisas y de palabras cuidadosamente elegidas: tutean a las primeras palabras y usan profusamente el término "camarada". Las crónicas de **Life** y **Paris Match** han descripto a los **simbas** como salvajes exhibicionistas, y las fotografías de algunos soldados excéntricos en atuendo pintoresco y actitudes ridículas han sido distribuídas con abundancia. Pero estos jóvenes que conversan gravemente fumando cigarrillos americanos, evitan caer en las anécdotas personales y en las descripciones heroicas.

Kisonga defendió a Stanleyville y fue su comandante militar hasta la retirada. Cuando procuré llevarlo al relato de una batalla que durante diez días mantuvo al mundo en suspenso, se limitó a las respuestas básicas, sin justificarse ni exagerar la crueldad del adversario. Los rehenes europeos, la muerte del misionero norteamericano Carlson, la entrada de los mercenarios borrachos (como aparecieron fotografiados en **L'Express**) que fusilaban en masa a los aterrorizados transeúntes negros, las intervenciones de aviones norteamericanos piloteados por cubanos anticastristas, todas las escenas dramáticas evocadas por mis preguntas fueron mencionadas en el mesurado lenguaje de ideólogos que están más allá de la anécdota. Los "salvajes" hablaban como historiadores y

querían que yo, ya que les hacía perder su tiempo, me enterara de lo que realmente importaba y no de la crónica policial. Naturalmente que se fusiló a Carlson —dijeron— pero no fue un asesinato sino una ejecución: tenía el grado de mayor de la **US Army**, informaba a la CIA, se le detuvo y juzgó por espionaje. Los rehenes europeos murieron después de la entrada de los mercenarios en Stanleyville, cuando los bombardeos con **napalm** a los suburbios y las masacres de mujeres y niños negros enfurecieron a los civiles, mientras los guerrilleros en retirada ya no podían protegerlos. "Por cada blanco —observó uno de los presentes— murieron ese día más de doscientos cincuenta congoleños". Y otros 15.000 más fueron ultimados a tiros, a palos, mientras estaban maniatados, acuchillados en las prisiones adonde los conducían las redadas callejeras, en las semanas siguientes.

Más importante, para Kisonga y sus compañeros, es desvirtuar las acusaciones de comunismo, de enfeudamiento al partido ruso o al chino, de convivencia con tal o cual tendencia africana, sea el grupo de Casablanca o el grupo de Brazzaville. Resumen así su ubicación: "Esta guerra es de liberación, y su principal objetivo es recuperar la soberanía del país. Mobutu y Chombé sólo representan la intervención extranjera. Su permanencia en el poder mantiene al Congo como colonia. Por ahora sólo queremos ganar la guerra, dejando para después el establecimiento de programas e ideologías. Las reformas de estructura ni siquiera se han planteado en nuestro movimiento, y las modificaciones locales a que hemos llegado en algunas zonas obedecen sólo a soluciones para anular las disensiones tribales. Y más aún; consideramos como finalidad de la guerra una victoria militar, pero tampoco creemos que ella llegue con la captura de Leopoldville, por ejemplo. Mientras haya extranjeros en el Congo, habrá guerra. Nuestra consigna es: no luchar en las ciudades y mantener la guerrilla en el interior. Liberamos a Stanleyville, por ejemplo, pero no insistimos en guardarla. Por supuesto, hemos estudiado el ejemplo de otras guerras de liberación. No poseemos, como pasó en Cuba, una guerrilla que esté apoyada en las ciudades por movimientos de resistencia civil. Y como no tenemos organizaciones civiles paramilitares, nuestro modelo es, en cierto modo, el chino: la guerrilla móvil. Las zonas de operaciones están proyectadas con arreglo a las necesidades de mantenimiento de la guerrilla. Hacemos cualquier sacrificio de hombres y de material con tal de conservar nuestro control actual de

las fronteras con Katanga, del área al sur de Bakuvu y de Buta, en el Norte, porque por allí llegan nuestros abastecimientos. No haríamos ese sacrificio por retener una sola ciudad".

Cuando se plantea a los congoleños la pregunta concreta sobre el fundamento ideológico de su revolución, sobre la opción entre el marxismo-leninismo y otras vías socialistas, sobre el acercamiento a Moscú o a Pekín, los silencios se hacen pesados. El apoyo chino a la rebelión de Soumialot, en 1964, fue un hecho evidente. También lo es el mutismo que la URSS y, en general los partidos comunistás de la línea soviética, han guardado sobre los acontecimientos revolucionarios posteriores a las masacres de Stanleyville. En El Cairo, los observadores juzgan a la rebelión como auspiciada inicialmente por Pekin, con apoyo de dinero y armas, pero dicen al mismo tiempo que la Conferencia logró una difícil unidad: la de los "chinos", los socialistas moderados, los "rusos" y los nacionalistas turbulentos como Gbenye o los rebeldes de Leopoldville, representados en el gobierno por Tumba-Mwassipu. En todo caso el comandante Kisonga —ayudado por alguna recomendación en dialecto que surgía de los hoscos compañeros sentados más lejos— no quiso tratar a fondo ese punto. "Eso lo discutiremos cuando termine la guerra", dijo.

La rebelión congoleña, que desde la época de Lumumba hasta el año pasado era una red de brotes esporádicos, gobiernos de caudillos locales y disensiones políticas, parece haber trasladado de manos su poder. Soumialot, Gbenye, Kabila, siguen siendo las cabezas visibles. Pero el poder político reside quizás en formas más colectivas de organización. En su conversación, Kisonga aludió repetidas veces: "Quiero destacar el rol decisivo jugado por los camaradas llegados directamente de los frente de combate".

Los jóvenes que están a la cabeza de la lucha armada parecen haber desplazado a los políticos y a los caudillos. Han impuesto la unidad, han reorganizado la guerra en forma más tecnificada y han incorporado a las guerrillas y al gobierno en el exilio un elemento significativo, en el que Lumumba ni había soñado: los comisarios políticos. (Durante la entrevista con Kisonga estuvo presente también un comisario político, que prefirió no decir su nombre pero intervino discretamente a lo largo de la conversación).

Estas modificaciones han impreso a la rebelión una firmeza de mando, un ascetismo de conducta y una efi-

ciencia sostenida por la mística revolucionaria, que no puede menos que evocar el sistema chino. La lucha contra el tribalismo y los caudillos locales ha sido exitosa. Cyrille Adoula, un separatista a su manera, fue desplazado y anulado pese a proclamarse el discípulo preferido de Lumumba. Christope Gbenye, que creó el denominado gobierno de Stanleyville, se sometió a las decisiones de "los camaradas del frente". "El gobierno de Stanleyville —dijo uno de los presentes en la entrevista— no representaba a nadie, pero hacía creer que estaba sincronizando la actividad de los frentes de guerra. Y en esa época no había las estructuras de base que hoy permiten armonizar la conducción de los frentes". También han sido drásticas las medidas contra el tribalismo. Las divisiones administrativas creadas por el gobierno Adoula (más de quince provincias artificiales, que contemplaban rencores locales) se eliminaron: "Sólo reconocemos seis provincias en el Congo: las de la antigua división política. Cada provincia tendrá un ministro en el gobierno".

"Después de Stanleyville —señaló el comandante Kisonga— sacamos algunas conclusiones que forman ahora nuestra cartilla de combate. Pueden describirse así: 1) estratégicamente, es ineficaz ocupar centros urbanos. Nuestra presencia provoca bombardeos aéreos que no nos afectan, pero masacran a las poblaciones civiles; 2) es fundamental para recibir abastecimientos y adquirir prestigio entre la población campesina, consolidar nuestras bases de operaciones en el interior y dominar, incluso administrativamente, vastas zonas bien delimitadas; 3) los grandes centros urbanos no deben ser ocupados sino cercados tácticamente, en un radio que, según la importancia de la ciudad, varía de 100 a 150 kilómetros. El caso de Stanleyville es una excepción: la tenemos cercada a sólo 7 kilómetros, obligando al gobierno central a abastecerla por vía aérea".

El apoyo popular que toda guerrilla requiere fue definido con palabras más ortodoxas, casi de manual, por Placide Kitunga, que presidió la Conferencia unitaria de El Cairo: "Esta es una guerra de liberación y no de conquista. Sabemos con quién tenemos que enfrentarnos, conocemos las posibilidades y la fuerza de nuestros enemigos, pero hay un hecho: en nuestro combate, tenemos a nuestro lado al pueblo congoleño. No se puede construir un país sin su pueblo, cualquiera sea la ayuda que una potencia extranjera otorgue, aún cuando esa potencia resulte ser la más fuerte del mundo".

Surge con evidencia, en entrevistas de este tipo, otro hecho: la rebelión congoleña se declara consagrada exclusivamente a una tarea militar: el sostenimiento de la guerrilla, su extensión progresiva hasta el debilitamiento del gobierno central. Y, complementariamente, la intención del Consejo Superior de no pactar ninguna solución que signifique un acuerdo con Mobutu o Chombé. Para los guerrilleros, Chombé, sobre todo, es el títere manejado desde afuera, la representación del enemigo verdadero que es el colonialismo. Fue mencionado casi sin odio, como una despreciativa verificación. "¿Reconciliarnos con quién? —ha dicho Mbaguira, ministro de Relaciones Exteriores—. Se excluye que lo hagamos con gente como Chombé, Kasabuvu, Mobutu o Nendaka" Igualmente, el CS ha rechazado la aparición de una personalidad neutral que pudiera ser la base de una fórmula transaccional de paz, o de un gobierno de unidad nacional.

"Nuestra arma principal —dice Kisonga— es la paciencia. Somos 200.000 hombres armados, controlamos territorios habitados por más de 7 millones de congoleños. Ya aprendimos, con Patrice Lumumba, lo que significa confiar en las transacciones. Podemos esperar y no dejaremos de combatir".

BOLIVIA BAJO EL PENTAGONO

MARCHA — 20/VIII, 17/IX/1965

En julio de 1965, el señor Guy Anaya Ferrer (un amable y cosmopolita consejero de la Embajada boliviana) me hizo saber que su gobierno se complacía en invitarme para asistir en La Paz a los festejos del 6 de agosto, la efemérides nacional. De paso, podría verificar las realizaciones y el pensamiento de los generales Barrientos y Ovando, que en noviembre de 1964 habían volteado a Víctor Paz Estenssoro y gobernaban mediante una Junta Militar. René Zavaleta Mercado, Ñuflo Chávez y otros amigos exiliados me aconsejaron el viaje. Puse como condición una absoluta libertad de movimientos y de contactos, y el señor Anaya Ferrer dijo que sí.

Las facilidades de entrevistas y desplazamientos corrieron por cuenta de la Junta, que cumplió la palabra de Anaya Ferrer; las conclusiones, exclusivamente por la mía. Fue una buena oportunidad de apreciar, en vivo, tres aspectos del proceso político latinoamericano (y en un país donde los hechos se han producido singularmente descarnados): el deterioro de un movimiento revolucionario en el poder, la sistematización del golpismo militar auspiciado por los Estados Unidos (con su concomitante de una burguesía nacional incapaz de oponerse o presentar fórmulas de salida) y, finalmente, la intuición admirable con que el pueblo, sordamente, estructura la resistencia y organiza las soluciones revolucionarias. En las situaciones de 1965 que describo en estos reportajes se puede hallar el germen de la eclosión guerrillera en 1967.

1.- Los fascistas simpáticos

El sol invernal caía a plomo sobre la plaza Murillo, y veinte mil estudiantes de enseñanza media desfilaban a paso de ganso ante el Palacio Quemado. Las bandas militares atronaban el aire y dos soldaditos, con uniforme de tipo norteamericano, se cuadraban junto al monumento nacional de la Revolución: el farol pintado de gris donde fue colgado el cuerpo agonizante del presidente Villarroel. En el balcón del Palacio los miembros de la Junta Militar presenciaban el desfile. Con el rostro despellejado por el sol y el frío de sus giras altiplánicas casi cotidianas, René Barrientos Ortuño hacía la venia a las muchachas que volvían la cara hacia el balcón, al pasar; a veces, agitaba subrepticiamente la mano, agradeciendo la sonrisa sugestiva de alguna abanderada. A su lado, el general Alfredo Ovando Candia se apartó de la baranda y entró en el Salón Rojo, donde los ayudantes habían preparado una mesa con café. Ofreció una taza a un periodista uruguayo, y mientras le servía cortésmente el azúcar, preguntó: "¿Qué le está pareciendo la demostración de la juventud boliviana?" Afuera se oyeron gritos fuera de programa, que las bandas se apresuraron a cubrir, tocando más fuerte. La multitud onduló confusamente y por un costado de la plaza aparecieron grupos de jóvenes del Partido Obrero Revolucionario, llevando carteles con leyendas contrarias a la Junta. Sobre la cabeza del público volaron puñados de octavillas a mimeógrafo. Unos decían: **Los generales fascistas son los autores del alevoso asesinato de César Lora.** Otros: **Mueran los generales asesinos.** Hubo corridas enérgicas de la policía militar, mientras el desfile proseguía, interminablemente. Después la multitud se calmó y los volantes quedaron en el suelo, sin que nadie los recogiera. El general Barrientos abandonó el balcón y se reunió con los tomadores de café, secándose la frente. Ovando extrajo un paquete de cigarrillos Lark y el coronel Juan Lechín Suárez, presidente de la Corporación Minera, le dio fuego con un encendedor que tenía el emblema de la Gulf Petroleum Company.

Ahora desfilaban los **boy-scouts** y los rostros crispados

de los muchachitos enrojecían en el esfuerzo del paso de ganso, pero los generales no volvieron al balcón. Con Barrientos y Ovando al frente de los periodistas, el grupo subió las escalinatas interiores del Palacio Quemado —donde los espléndidos murales revolucionarios de Pantoja están cubiertos por una capa de lechada amarilla dispuesta por la Junta— y se dirigió a la conferencia de prensa que los presidentes otorgarían a periodistas venidos de Venezuela, Perú, Estados Unidos y Uruguay.

El pretexto para invitar a los periodistas extranjeros estaba contenido en un nutrido folleto con las efigies de Bolívar y Sucre (en un paralelo subliminal con las de Ovando y Barrientos, más explícitamente difundido en las calles con afiches donde se veían las imágenes de los cuatro): la conmemoración de la Independencia Nacional, el 6 de agosto. El programa de festejos, sin embargo, se extendía hasta el 31 y comprendía cosas tan heterogéneas como la consagración del Año del Mariscal Santa Cruz, la creación del Día del Indio, exhibiciones de paracaidismo femenino a cargo de señoritas del ejército boliviano, la melancólica revisión de la guerra del Chaco en un partido de fútbol Paraguay-Bolivia, la confirmación de los títulos de propiedad de la tierra otorgados por el MNR a los campesinos, un ballet boliviano-español cuya directora se denomina "La Niña de Fuego", una corrida de toros, desfiles militares, la colocación de una bandera patria en el escarpado pico de la Muela del Diablo y la inauguración de innúmeras obras de ámbito municipal. Desde concentraciones campesinas hasta "diabladas" en el estadio, desde visitas al suntuoso Club 21 hasta los **cocktails** informales que organiza con sabiduría el secretario de la Junta, Marcelo Galindo (una especie de **playboy** democristiano, si el género existe), los militares gobernantes trazaron una atareada agenda folklórico-mundana a los periodistas visitantes. La concepción era ingeniosa pero ingenua; olía demasiado a **public relations**, transpiraba muy visiblemente la mecanicidad de una imagen nacional prefabricada. "Esta visita —dijo uno de los periodistas— se parece a una convención de vendedores de automóviles. Sólo falta el pastel con la chica adentro." No estaba muy errado: la Junta Militar importa de Washington no sólo sus uniformes de campaña y sus **bazookas**; también pide a los norteamericanos sus métodos para ganar amigos. Un señor rubicundo y amable, llamado Mr. Frederick P. Drew, dirige las relaciones públicas del gobierno en

nombre de su firma, la Hamilton Wright Organization Inc., con sede en Nueva York. Como ya lo hizo con Puerto Rico y con Perú, la Hamilton Wright Organization ha firmado un contrato con la Junta, para asesorarla en relaciones públicas. Es decir, para promocionar el sueño de los militares que ahora mandan: un país institucionalizado y pacífico, con clases dirigentes modernas, sofisticadas y comprensivas; con un pueblo que respeta a sus gobernantes, porque lo salvaron de la anarquía; con una iniciativa privada satisfecha, próspera y generosa; con una presencia norteamericana que financia, arma y aconseja, sin pedir absolutamente nada; con el unánime repudio social a un puñado de agitadores de izquierda sin masa; con campesinos agradecidos, mineros despolitizados y clase media leal. Y ese sueño militar que postula las antinomias de un sindicalismo sin conciencia de clase, un latifundismo satisfecho de perder su tierra, un embajador norteamericano encantado con la nacionalización de las minas, un proletariado feliz con sus rebajas salariales del 50 % y un inversionismo privado pronto a financiar las administraciones estatales, sería para la Junta nada menos que la continuación de la Revolución Nacional que inició Busch, profundizó Villarroel, se interrumpió con los doce años del MNR y es ahora retomada por Barrientos y Ovando.

Esta imagen boliviana, sintéticamente, es la que la Junta y el señor Frederick P. Drew han concebido para uso exterior. Los periodistas, sin embargo, rompieron el esquema y usaron la incondicionalidad de la invitación para otros usos: la recorrida de distritos mineros, el viaje a los campos de confinamiento en el Amazonas, las entrevistas inesperadas con dirigentes prófugos, con trabajadores despedidos y con políticos de la Izquierda que resiste. Ello restableció para los visitantes el rostro verdadero de un país bronco, desgarrado y sufriente, al que los militares pretenden otorgar una frivolidad que no le calza, convertirlo en una especie de Disneylandia del gorilismo continental.

Esa incomprensión, ese distanciamiento neurótico de la realidad, esa alienación de las verdades de país colonial o subdesarrollado, son el sello de este militarismo adiestrado en Panamá y en el Pentágono, uniformado y subsidiado por el panamericanismo. Lo que ilustra penosamente la Junta Militar es el peligro que corren las nuevas generaciones militares de estos países: perder pie en las nociones de patria y de continente. Por

debajo de la proclamada adhesión revolucionaria, de los abrazos con los campesinos y del uso del **lluchu**, en Barrientos y Ovando se advierte la condición insoslayable de un militarismo que Washington entrena para el policiamiento de las insurrecciones americanas.

Castillo Armas fue un sietemesino desagradable; Pérez Jiménez era un hedonista grasoso y rapaz; Castelo Branco supera muy pocas veces la ridiculez y la inepcia para la representación pública; Stroessner posee una eficiencia germánica para la crueldad, que repele. Pero el binomio boliviano, como la personalidad artística de un cantor de **twist**, ha sido creada y diseñada cuidadosamente por sus promotores. Si hubiera que definir la primera impresión que causa este nuevo militarismo boliviano cuando se entra en contacto con sus jefes, no podría dejarse de mencionar la simpatía. "Ser simpáticos" parece la consigna de la Junta. Ella se transmite a los tenientes, a los funcionarios civiles del Palacio, a los incondicionales que fingen como asesores o expertos de tal o cual ministerio, y que pasaron intactos, sin que se les moviera un pelo, del MNR al MPC, o Movimiento Popular Cristiano, el nuevo partido de Barrientos. ("Ese es un **mepasé**", dice el humorismo popular en La Paz, de estos tránsfugas bien rentados.)

Barrientos, un general joven que cultiva el tipo deportivo y se corta el pelo en **crew cut**, es el extremo opuesto del militarote latinoamericano. Reviste el sobrio azul pizarra de la Fuerza Aérea (aunque no desdeña los entorchados del uniforme Nº 7, gala, a la menor provocación mundana) y su expresión juvenil —curiosamente similar a la de Palito Ortega— nunca está plenamente distendida. Barrientos, callado o disertando, tiene siempre su rostro melancólicamente nublado, como si el fardo del poder o el sufrimiento de la responsabilidad nacional hubiera marcado definitivamente su vida. (Sus enemigos, en los pasillos del Palacio Quemado, susurran que esa expresión se debe a una otitis crónica.) No hay duda de que esta imagen del militar viril, responsable y preocupado por la patria pese a su juventud, fue atractiva en su momento para el hombre de la calle. Esta simpatía de Barrientos no surge de la sonrisa fácil o del gracejo malicioso que adorna al hombre boliviano. Es una especie de **ersatz**, y no es difícil entender que el interlocutor desprevenido llegue a simpatizar con Barrientos por la vía de la compasión, sensibilizado ante la modestia compungida del personaje. Es posible visualizar un paralelo, antes de noviembre de

1964, entre este joven general que discurseaba en quechua ante los campesinos, revestido de cierta aureola de valor personal, y el profesor Paz Estenssoro, el Mono (según sus enemigos), el Viejo (según sus discípulos), con su palidez intelectual y sus anteojos, gobernando desde un escritorio. Un paralelo que la Hamilton Wright Organization ha creído explotar con éxito.

En otro estilo, el general Ovando también es simpático. Agrega a la juventud del otro, a su vago desvalimiento, el respaldo de una madurez física (aunque son casi de la misma edad) y de una apariencia ascética. (En el balcón del desfile le mostré una revista satírica, donde aparecía caricaturizado con las patillas y el uniforme de Bolívar, aprovechando sus rasgos semejantes. Se rió silenciosamente y llamó a otros ministros para que la vieran. Mientras la revista pasaba de mano en mano, él fumaba observando con atención las reacciones de los demás, con cierta expresión de orgullo). Combatiente del Chaco, goza de gran prestigio en el ejército. "Obsérvalo bien —me dijo el director de un diario que está en buenas relaciones con la Junta— porque es el hombre de pensamiento del gobierno." Y Guillermo Lora, el dirigente del POR, había comentado antes: "Es el más peligroso de los dos. Piensa. Sabe lo que quiere". Ovando engañó a Paz sobre su lealtad al gobierno hasta el último momento. En Lima, el ex presidente lo confirmó: "Me di cuenta de que era un traidor —dijo ante mi pregunta —cuando el avión despegaba de El Alto." (Otros me dijeron que eso pasó mucho después, y que Paz Estenssoro, inclusive, envió una carta a Ovando desde el Perú, agradeciéndole su intervención en la huída y cómo veló sobre su seguridad). Una anécdota cuenta de una reunión conspirativa de militares, en octubre del año pasado. Se entera el Control Político del MNR y su siniestro jefe San Román llama al presidente. Paz Estenssoro despierta a Ovando, por teléfono: "Vaya a tal dirección. Están Fulano y Mengano en reunión subversiva." El general se viste, llega a la reunión... y se queda. Después del 4 de noviembre, comenta a los periodistas del Palacio: "Lo que el Viejo no sabía era que mi presencia estaba prevista en la reunión, pero tenía que llegar de esa manera, para que no sospecharan: mandado por él mismo."

Barrientos es el mecenas de su Fuerza Aérea; le consigue aviones flamantes y hermosos uniformes; dispuso para su capital político de los fondos de Acción Cívica (un programa de acercamiento de las Fuerzas Armadas

al pueblo, mediante edificación de escuelas, construcción de caminos, etc.) con dólares que proporcionaba el Pentágono; posa como amigo de los campesinos. Pero la fuerza la tiene Ovando, el hombre que habla poco pero piensa mucho. Sus declaraciones siempre contienen alguna afirmación básica, confusa pero inquietante: "Cuando una revolución nacional se frustra, el ejército se hace nasserista"; "Los partidos políticos pueden corromperse, pero en las Fuerzas Armadas siempre hay una mística que las salva." Y no vacila en decir algo importante sin circunloquios, si cree que ha llegado el momento. Durante la entrevista de prensa lanzó una inesperada bomba, que dejó estupefactos a los periodistas bolivianos y ocasionó más de un cable diplomático al exterior. Con cierta impertinencia yo le había preguntado, ante su afirmación de que la Junta Militar era absolutamente imparcial frente a los partidos: "¿No considera que la existencia del MPC, formado por amigos del general Barrientos, significa una ventaja previa para una posible candidatura presidencial del General? ¿Eso no representa, por parte del general Barrientos, un aprovechamiento de su situación frente a ustedes, que no hacen política pre-electoral?" Sentado junto a Barrientos y mirándolo, Ovando repuso: "No lo creo así. Cuando llegue el momento, cualquiera de nosotros podrá ser candidato presidencial." Era la primera vez que afirmaba públicamente la posibilidad de su candidatura, y se oyeron algunos murmullos.

Los pronósticos políticos son una forma de la ingenuidad, pero ningún observador de la realidad boliviana puede desechar la idea que surge después de adentrarse un poco en la personalidad de los dos presidentes y en la relación de fuerzas donde reposa la Junta Militar: si el proceso boliviano continúa dentro de las coordenadas actuales, el general Alfredo Ovando desplazará a su inseguro co-presidente, porque el ejercicio del gobierno exige cualidades más sustanciosas que el atractivo físico, o los métodos de simpatía prescriptos por los señores Drew que circulan en América Latina.

Los periodistas extranjeros pudimos encontrarnos varias veces con Barrientos y Ovando. El protocolo gubernamental boliviano no es la tramoya oligárquica de la Casa Rosada, ni el ceremonial brasileño que rememora el Imperio. Hay una especie de provincianismo cálido y cordial, que no es de este régimen ni de ninguno en especial, sino del ambiente paceño mismo, impregnando los actos oficiales y las recepciones mundanas. El

pisco popular se sirve entre los fracs y los uniformes de gala, y no hay edecanes ni intermediarios entre los deseos de conversar con uno de los generales y la posibilidad de hacerlo, si se coincide en una misma reunión. (En el teatro, una noche, los diplomáticos de los palcos contiguos y los uruguayos que nos refugiábamos, de pie, en la penumbra, pudimos observar al fatigado Barrientos durmiendo rígidamente, con la cabeza erguida, mientras en el escenario culminaba un ballet. Ni su esposa ni los ayudantes intentaron despertar al general, que había tenido un día agitadísimo, hasta que se encendieron las luces.)

La conferencia de prensa en el Palacio Quemado fue típica de este tranquilo sistema boliviano. La mesa de reunión era la de la Junta, y la carpeta de cuero de cocodrilo frente a mí decía "Vicepresidente de la República", trayéndome recuerdos de Juan Lechín Oquendo; enfrente, dos grandes retratos de Busch y Villarroel entronizaban a los dos héroes nacionales. Los muebles eran suntuosos y la silla presidencial de Ovando de fabricación reciente, aunque gemela de la más antigua, ocupada por Barrientos. Ambos se sentaban a la cabecera; Barrientos frente al retrato de Busch; Ovando, frente al de Villarroel. Pero estas connotaciones históricas de la escenografía no tentaban a los generales para apartarse de la llaneza bien libretada por sus asesores.

Antes de que su compañero iniciara la conversación, Ovando sacó sus cigarrillos Lark y convidó a los periodistas más cercanos. Le dí fuego, y no resistí a la tentación de decirle: "Discúlpeme, pero no tengo encendedor de la Gulf", lo cual le sonó, evidentemente, a frase dadaísta.

En muchos de nosotros se sucedían silenciosamente las preguntas posibles. Las predominantes, sin duda, se referían a la filosofía de la Junta Militar. Estábamos sentados frente a los generales que habían triunfado en el sexto golpe militar de los que la CIA y el Pentágono han previsto cuidadosamente para América Latina en la década del 60. Un nexo secreto unía a estos dos hombres con el gorilismo de Brasilia, con los azules y rojos de Campo de Mayo, con la Junta de Ecuador. Y la teoría boliviana que postula la simpatía como método de gobierno, nos daba más posibilidades de enterarnos de lo que pasa tras la frente de los militares en el poder.

Barrientos habló el primero, sin leer. Pero era curioso ver de qué manera, con fría discreción, el general

Ovando deslizaba de vez en cuando a su lado una sugerencia, un término más exacto o una advertencia. Por mi ubicación a su lado, pude ver además cómo Ovando iba tomando apuntes de la exposición de Barrientos, poniendo asteriscos en algunos puntos especiales.

Barrientos fue el vicepresidente de Paz Estenssoro. Desde Lima, Paz lo ha llamado felón y traidor. ¿Cómo explica Barrientos la aceptación de su candidatura para un gobierno que después derribaría? En sus propios términos, el segundo gobierno de Paz, donde él integraba la célula militar del MNR y fue ministro, era "la dictadura más secante que ustedes se pueden imaginar." Pero consintió en ser vicepresidente: "Después de discutir este problema con el general Ovando y con algunos otros jefes militares, aceptamos la candidatura vicepresidencial." "Al señor Paz no fue difícil echarlo a un lado; nuestro coraje no consiste en haber echado al señor Paz, sino en haber recibido esta tremenda herencia y tratar de salvar este país con medidas que son, indudablemente, antipopulares."

Pero cuando terminó el capítulo de exculpaciones y absoluciones, se pudieron hacer algunas preguntas más cercanas a aquellas especulaciones silenciosas del principio. Era el cuarto día de la visita y estábamos llenos de datos y estadísticas; la agenda prometía, además, entrevistas con ministros y técnicos. Algunos preferimos no descender la conferencia de prensa al nivel de los datos que pueden ser encontrados en las oficinas públicas, y encaminamos la charla hacia las preguntas políticas. Casi siempre, en este terreno, contestó el general Ovando.

—¿Quién les financió la revolución? —pregunté, por ejemplo.

—La nuestra —dijo Ovando con un epigrama involuntario— es la subversión más honesta que haya tenido Bolivia. No fue financiada ni por Patiño ni por el Departamento de Estado. Debo decirles un dato histórico que no se conoce. El 2 de noviembre llegó a La Paz un enviado diplomático norteamericano, para hablar con el general Barrientos tratando de disuadirlo.

—La disuasión —insinué— puede haber venido del Departamento de Estado, donde el doctor Paz contaba con buenos amigos. Pero se dice que en los Estados Unidos hay más de una política exterior.

—¿Qué otra política? —preguntó Barrientos.

—Por ejemplo, la del Pentágono, que ha apoyado su Acción Cívica, o la de la CIA.

Ovando adoptó un aire severo:

—Eso es una intriga de Paz. En nuestra calidad de militares, muchas veces fuimos invitados a los Estados Unidos y a conferencias, pero nunca se nos insinuó nada. Mire: este paso (la revolución) estaba programado para antes de las elecciones. Pero lo supo un amigo norteamericano del doctor Paz y fue a contárselo.

Un periodista peruano tuvo entonces su oportunidad de ser también impertinente y aludir al embajador estadounidense que fue íntimo respaldo de Paz, y sigue en su cargo:

—¿Eso quiere decir que el señor Henderson es mal visto por la Junta?

—El señor Henderson —dijo Ovando— cumple su función honestamente y no me refería a él.

A esta altura, la conversación respiraba ya el aire de irrealidad que contagia todos los procedimientos de los militares bolivianos. Ciertas actitudes fueron dificultosamente justificadas por Barrientos. Las elecciones para el tercer período de Paz habían sido fraudulentas, pero él aceptó la vicepresidencia así obtenida. Su futura candidatura presidencial requeriría (Ovando lo confirmó) la renuncia a la Junta. ¿Cómo, sin embargo, su anterior candidatura inmediata al golpe fue sostenida sin renuncia? ¿Se debió a ello la creciente imposición de Ovando en el gobierno? ¿Ovando lo controla? Desarmado de su calma y apelando únicamente a su expresión indefensa y juvenil, el general Barrientos ignoró varias de esas preguntas.

—General —pregunté finalmente a Ovando—: ustedes integran un grupo de gobiernos militares que han venido instalándose en el Continente, por lo menos sin oposición de los Estados Unidos. En Brasil, en la Argentina, en Ecuador, los militares sostienen que ellos son la fuerza moral del país, frente a los civiles y políticos corrompidos. ¿Ese criterio también es el de la Junta? ¿La Junta, o usted personalmente, tienen criterio general formado sobre ese punto? ¿Se reconocen junto a las Fuerzas Armadas de otros países con dictaduras militares, como participantes de una filosofía de acción que les es común?

La respuesta fue más cautelosa que lo previsto en Ovando. El ideólogo se convirtió en diplomático:

—No quisiéramos opinar. Aquí, con nuestro problema local, tuvimos que levantarnos en armas. Lo deploramos. Yo, como Barrientos, soy civilista. Pero hay situaciones que impulsan a tomar medidas. No sé en otros

países, pero aquí, en Bolivia, las Fuerzas Armadas son la seguridad de la nación.

Barrientos había recobrado su apostura y se me ocurrió la última pregunta:

—General: de aquí viajaré a Lima, para ver al doctor Paz Estenssoro. ¿Qué le mandaría decir, por mi intermedio?

Ovando intervino, con cierta furia:

—¡Que sea patriota!

Sonriendo, Barrientos vio la oportunidad de los lugares comunes prestigiosos:

—Si el doctor Paz estuviera sereno, no seguiría en política. Pensaría: ¿qué está haciendo la Junta? Dígaselo: estamos haciendo la Reforma Agraria con más fuerza que nunca; estamos haciendo aquéllo que él siempre dijo que quería hacer. No tenemos camarilla; no nos hemos entregado a la Rosca. ¿Entonces, contra quién lucha? Que no se entierre en vida. En este país, ya no tiene nada que hacer.

Al día siguiente, los periodistas dejaríamos a los fascistas simpáticos en su Palacio Quemado, viajaríamos a las minas, hablaríamos con los dirigentes clandestinos. Fuera del cordial provincianismo de La Paz y de los dos generales convencidos del astuto esquema en que sus amigos norteamericanos les han ordenado la existencia, otra Bolivia mostraría su rostro: la que hizo la experiencia de una revolución mediatizada por el MNR y, ahora, la de una dictadura que no es sino la secuela de ese proceso desintegrador, donde las culpas de Paz Estenssoro son evidentes. Además de los libretos que elabora el señor Drew y las proclamas y folletos de los exiliados, Bolivia tiene otra voz y pudimos escucharla.

2.- Las voces de la oposición

En el comedor artesonado de su residencia, el ingeniero administrador de la mina Siglo XX levantó su copa (con el clarete recogido en sus viñedos particulares del

sur) y brindó por los periodistas visitantes y por Bolivia. Ya habíamos admirado el mobiliario eduardiano, los palos de golf del administrador y el jardín inglés, con sus álamos moribundos y sus canteros secos en el suelo pedregoso de Catavi. A un kilómetro de allí, en Llallagua, los indios ebrios de chicha conmemoraban la fecha nacional del Seis de Agosto. Al sol, revestidos de sus mantas violentamente coloridas, hombres y mujeres se apiñaban en la plaza pasándose de mano en mano las botellas, vigilados por los carabineros. En las casas de adobe y piedra, en los socavones abandonados donde se guarecen ahora las familias de los despedidos, los mineros de salarios rebajados a la mitad esperaban a que terminara el feriado, sin sumarse a los desfiles patrióticos y a las ceremonias que ocupaban toda la jornada.

Cuando llegó el café, pedí permiso para ir hasta el pueblo en la camioneta de la empresa. "Tengo que ver a un obrero", dije al dueño de casa. El administrador extremó su cortesía: "No tiene que molestarse, —me dijo.— Dispondré que él venga. ¿Cómo se llama y dónde vive?" Debí rechazar la oferta. El obrero no podía venir hasta la casa del administrador; ni siquiera tenía una dirección permanente en Llallagua, porque además estaba despedido. Se llamaba Isaac Camacho Torrijo, era dirigente del Comité Sindical Clandestino formado en Catavi después del decapitamiento sindical dispuesto por la Junta y miembro del Partido Obrero Revolucionario. El 29 de julio —el mismo día que los periodistas uruguayos éramos invitados a visitar Bolivia para constatar su normalidad— pistoleros oficialistas habían querido matarlo a tiros. Consiguieron asesinar a otro dirigente minero del POR, César Lora, que iba con él. Camacho había escapado y, a través de su partido en La Paz, acababa de publicar una carta abierta en los diarios, narrando las circunstancias del asesinato. Ahora estaba fugitivo, escondido en alguna parte de Llallagua o en los cerros, dentro de alguno de los ocho mil socavones de Catavi. En La Paz me habían indicado el medio de comunicarme con él.

Dorbal Paolillo, de **El Día**, vino conmigo en la camioneta. En Llallagua vencimos la excesiva cordialidad del chofer y de otro colega, insistentes en acompañarnos hasta el final. La camioneta de la COMIBOL quedó frente a la plaza donde hormigueaban los indios, que se acercaban a examinarla con rostros impenetrables. Yo remonté la cuesta de la calle Arze, donde se estiran dos

hileras de casas de adobe y piedra. Allí viven los mineros con sus familias, desde las épocas de Patiño. A los gobiernos oligárquicos y al "super Estado" de la Rosca sucedieron una revolución social y doce años de gobierno del MNR, pero los mineros bolivianos mantienen las mismas condiciones de vivienda: largas filas de casas bajas, confundidas con el ocre pedregoso y sin una brizna de hierba que forma el paisaje. Las viviendas tipo constan de un solo ambiente, con una puerta y una ventana. No hay tabiques, no hay instalaciones de cocina, no hay servicios higiénicos. Tampoco hay jardines o terrenos contiguos donde puedan instalarse gabinetes o pozos negros. Una o dos canillas de agua corriente y una derivación de la red eléctrica del pueblo es toda la concesión del sistema al confort y a las necesidades sanitarias. En esa pieza, se amontona comúnmente una familia; a veces dos, con sus proles. La promiscuidad, la morbilidad infantil, el hacinamiento, son condiciones de la vida minera que Simón Patiño legó a Paz Estenssoro y que han sido transmitidas intactas a Barrientos.

En la dirección indicada, una muchacha de rostro ajado abrió la puerta y me hizo entrar. Desapareció con las líneas de presentación que le había entregado, y yo examiné la pieza. Era igual a las otras casas, con la misma humildad de mobiliario. Había dos diferencias, sin embargo: la casa estaba silenciosa, sin ruido de niños; además, en un ángulo se veía una biblioteca colmada de libros y folletos. Después apareció un hombre joven, que me dijo: "Pilar va a llevarlo, compañero". Pilar era la muchacha, la esposa de Isaac Camacho. En el medio ambiente de indios y cholos, su tez blanca y sus ojos claros eran una singularidad, pero la cara y la actitud estaban marcadas fatalmente por las privaciones, el acosamiento y la desesperanza, como en todos los trabajadores de las minas. Caminaba copiando el trote rítmico y apurado de los indios andinos y me costaba trabajo seguirla, bajo el sol ardiente, mientras subíamos y bajábamos por los suburbios escarpados de Llallagua. Las casas del pueblo no siguen calles o líneas rectas, sino que se desperdigan por las laderas y los cortes de cerros. Pilar ahorraba camino deslizándose por la ladera de un río seco, orillando edificios administrativos. Agitándome un paso más atrás, la seguí haciéndole preguntas. ¿Cómo vivía ahora? Bueno; vivía como la mujer de un dirigente despedido; de lo que podían ayudarla los compañeros, de algún trabajo ocasional. La habían echado con sus dos hijas pequeñas de la vivienda, en mayo. Isaac se

había ido a encontrar con César y ella había quedado con un pariente. Cuando le pregunté por las niñas, Pilar atenuó un poco el paso:

—Dos tenía, señor, pero ahora me queda unita...

Para mantenerse ella y las dos niñas, Pilar lavaba ropa en casa de los empleados de la empresa, o hacía alguna limpieza. Pero debía dejar a las hijas en casa de las vecinas.

—Aquí el agua es mala, y hay que cuidar que las guagüitas no la beban. A la mía, no podían cuidarla mucho y tomó. Se me murió en una semana, señor. Tenía tres años y le dieron vómitos.

Cuando entré a Llallagua desde Uncía, esa mañana, me habían mostrado el hospital de la empresa. ¿No habían atendido a la niña de Pilar en ese hospital?

—Un médico me dio pastillas, pero no me la dejaron quedar. La llevé para casa y le dí las pastillas, pero se me murió igual, señor.

Pilar hablaba sin que yo le viera el rostro. Mientras contaba el hecho simple y terrible, bordeábamos sin detenernos el alto alambrado de una cancha de tenis. Dentro, unos jóvenes vestidos con shorts blancos distraían la tarde con sus raquetas, que valen el salario mensual de un minero. Eran los técnicos y altos empleados de la COMIBOL, para los que no había habido rebajas de salarios. Dentro del cuidado rectángulo de polvo de ladrillo, el alambrado los separaba de los cerros pedregosos. Y sin embargo, tenían los mismos rasgos duros y salientes de los mineros, porque también eran bolivianos.

Pilar se detuvo frente a un grupo de flamantes casas modulares de madera, que parecían bungalows de California. Esa mañana me habían dicho que eran las nuevas viviendas mineras construídas por la Junta.

—¿Es ahí?

—No; esas son las casas para el ejército. Todavía queda un poco de marcha.

En un recodo del camino, Pilar me dejó con un muchacho y se despidió. El muchacho me llevó hasta otra vivienda, que tenía algo más de comodidad que la usual. ("Esta es de un soltero", explicó). Cerró la puerta con llave y esperamos, en la penumbra. Media hora después, tres hombres entraban a la casa. Uno se quitó el sombrero, los lentes de sol y el sobretodo. Estaba barbudo y transpiraba, quizás por alguna marcha forzada desde un sitio lejano. Era Isaac Camacho, el sobreviviente del atentado donde habían matado a César Lora.

Los cuadros oficialistas del MNR, el Partido Comunis-

ta, el POR trotskista y el PRIN de Lechín Oquendo, fueron los sectores que han aspirado tradicionalmente a la hegemonía en las minas. Desde la ruptura de Lechín con Paz Estenssoro —cuando éste postergó el acuerdo de que la cuarta presidencia constitucional del MNR correspondiera al líder minero— la predominancia de Lechin en el movimiento obrero privó al gobierno del respaldo que siginificaban los 28.000 mineros sindicados dentro de la COMIBOL, y los 22.000 pertenecientes a la minería privada. Dentro del sindicalismo de las minas, el POR, el PRIN y el Partido Comunista siguieron disputándose la dirigencia, pero tácitamente todos coincidieron en la oposición a un gobierno que, según ellos, había desvirtuado la Revolución y se encontraba ya en el campo del imperialismo. Durante dos horas, Isaac Camacho me proporcionó una versión de la situación minera boliviana que era la de un militante del POR (un partido pequeño, minoritario en la dirigencia sindical de épocas normales, pero cuyo fanatismo y mística revolucionaria lo convierten en fuerza de choque importante y decisiva en situaciones de hecho como la boliviana), y también la de un dirigente minero y la de un opositor político que se ha decidido por la violencia. Esa versión comienza por señalar errores pasados en Lechín, y hasta en el mismo POR ("a veces no trabajamos lo suficiente por la unidad, e hicimos mucha política"). Pero ni Camacho ni el Secretario del POR en La Paz, Guillermo Lora, llegaron a aceptar el otro error común a toda la izquierda sindical (el que Siles Zuazo procura borrar inútilmente, el que Ñuflo Chávez disimula ahora con interpretaciones correctas pero tardías, en folletos del exilio); por repudiar a Paz Estenssoro y a la mediatización de su régimen, sus enemigos dentro de la Revolución facilitaron la llegada de Barrientos al poder. Cuando se alude a ese hecho, Camacho contesta:

—Víctor Paz fue el primero en meter el ejército en las minas, cuando lo mandó a la mina San José, en Oruro. El gobierno ya era enemigo de los mineros en octubre.

La parte final de la nota de presentación que me dieron en La Paz para los dirigentes mineros, decía: "Deben relatar todo lo que piensan los obreros". Al preguntarle si esos acuerdos son entre la dirigencia del interior y el exilio, Camacho responde: "Todavía no, pero sí en las bases. Lo que piensan los obreros es que la unidad se debe concretar en hechos. Por ejemplo, aceptaron la consigna de trabajo a desgano emitida por el

Comité Sindical Clandestino. Hasta mayo, la mina Siglo XX producía 300 toneladas mensuales de fino (y aún, 480); en julio, esa producción bajó deliberadamente a 190 toneladas".

"Hemos intentado las soluciones pacíficas'", afirmó Camacho. A fines de junio, cuando Barrientos visitaba la mina Siglo XX, una delegación sindical le entrega una nota que pide el mantenimiento de salarios, libertades sindicales y retiro de las tropas. Añade una sensata solución técnica, como fórmula sustitutiva de rebajas y despidos, para enjugar el déficit de COMIBOL. Los seis obreros firmantes son despedidos al día siguiente y dos de ellos, René Daza y Andrés Ferrufino, encarcelados como agitadores.

—Los mineros —dijo Camacho— creemos ahora que sólo existe un camino: el de la insurrección armada. Es un camino largo y doloroso, inclusive para ponerlo en práctica, pero no vemos otro. La huelga general es el primer paso, y en setiembre la unidad de las bases se plasmará en otras medidas.

Cuando César Lora fue muerto a tiros en julio por milicias civiles del partido oficialista MPC, Isaac Camacho y él estaban en una tarea inicial de esos propósitos: el contacto con dirigentes campesinos para el establecimiento de guerrillas. Aparentemente, esos propósitos son compartidos por el partido Comunista y el PRIN, en entendimientos que, en agosto, se encontraban a estudio.

En un barrio aristocrático de La Paz, el doctor Walter Guevara Arze recibió a los periodistas en un salón con pinturas de Bernard Buffet. Lo rodeaban prohombres y dirigentes femeninas de su partido disidente del MNR; el Movimiento Nacionalista Revolucionario Auténtico. Canciller, vicepresidente, ministro, Guevara Arze fue uno de los fundadores del MNR y, según lo afirman muchos (él, en primer término) uno de sus ideólogos. En 1955 siendo canciller, redactó el Plan Inmediato de Política Económica, un memorándum destinado a Washington. Ese documento básico del régimen es también una de las primeras evidencias de las derivaciones que, a escasos tres años de su toma del poder, iba sufriendo la Revolución boliviana En el prólogo, se dice que "gracias a la primera ayuda financiera y técnica recibida del Gobierno americano, se ha conseguido evitar, en parte, el sufrimiento del pueblo de Bolivia". Y se afirma que "los bo-

livianos... desean desarrollar, de una vez por todas, una economía estable, contando con su esfuerzo propio y la ayuda financiera y técnica de los Estados Unidos".

Sus ambiciones presidenciales, su brillante personalidad limitada por la presencia inflexible de Paz Estenssoro, llevaron a Guevara Arze a la ruptura con el jefe del MNR. Su MNRA se situó a la derecha del partido gobernante, y al fin rompió con el régimen. En la oposición, en el exilio, Guevara Arze sufrió, curiosamente, la misma involución de Rómulo Bentancourt, aproximándose a EE. UU. Reintegrado por la Junta a Bolivia, con sus propiedades y su residencia paceña devueltas, el ex ideólogo del MNR es ahora una figura de lujo, que acepta decorar con una elegante oposición de tipo intelectual la atmósfera de institucionalidad procurada por la Junta .

En un folleto de 1946, aspirando a la diputación por Ayopaya, Guevara Arze decía cosas como éstas: "Lo que crea conflictos y lo que ha deformado nuestra economía es el capitalismo imperialista"; "Las contradicciones interiores del capitalismo han encontrado un remedio, así sea temporal, en la expansión colonial o semi colonial"; "En las semi-colonias —Bolivia es un país de economía semi-colonial— el proceso es menos simple... Son necesarios los servicios de abogados, periodistas y políticos que garanticen la estabilidad y el régimen legal y económico de la explotación imperialista... En tales condiciones, la independencia política del país es muy relativa. Las aspiraciones populares por el bienestar económico, el progreso de las instituciones políticas y la difusión de la cultura, no dejan de ser un mito".

En 1965, sentado bajo su costoso Buffet, el doctor Guevara Arze, dice cosas más moderadas:

—El MNR cometió tres errores: primero, creer que aquí podía hacer una revolución social; segundo, no tener en cuenta la inaccesibilidad geográfica de Bolivia; tercero, eternizarse en el poder para cometer negociados.

Después explica: en Bolivia podía hacerse sí, una revolución **nacional**, pero no una **social**. La primera se ejecuta por el método democrático, sin lesionar intereses internacionales. La segunda los lesiona, y entonces el país requiere ayuda exterior, como Cuba de la URSS. La inaccesibilidad del país impide la llegada de esa ayuda y la revolución sucumbe. (Mientras Guevara Arze hablaba, me parecía estar escuchando a Rómulo Bentancourt, en una entrevista que le hice en enero de 1958, en su exilio de Nueva York: "Tengo una convicción for-

mada: en el Caribe se puede obtener la democracia política; procurar la democracia social es, parafraseando a Casona, como suicidarse en primavera").

El MNRA —el partido de lujo de la institucionalidad boliviana, la prueba de la oposición organizada y libre para hablar— piensa más cosas. "La nacionalización de las minas es irreversible —dice Guevara— pero creo que ahora puede hacerse concesiones a la explotación privada". "No creo que la Junta Militar haya sido una criatura del Pentágono, aunque puede pensarse que era la carta sustitutiva de los Estados Unidos, si Paz perdía apoyo. Y Paz había perdido toda popularidad. Lo echaron por teléfono." "El MNRA, aceptará ir a las elecciones que convoque la Junta, aunque uno de los generales sea candidato. Tiene a estudio la posibilidad de integrar un frente electoral, y no se ha pronunciado. Rechaza todo intento de acercamiento con los dirigentes del MNR en el exilio."

El doctor Mario Alarcón, del elenco político que responde en La Paz al doctor Hernán Siles Zuazo, sigue el pensamiento de su jefe, en cuanto a la consigna de vaguedad para el pasado, unidad para el futuro.

—El MNR —dice— pasó a la oposición en mayo. La atomización del partido, debido al caudillismo, fue un error que causó la caída del gobierno. Se está trabajando en la reunificación.

—¿Con Paz?

—Los sectores en contacto son la izquierda del PRIN, el paz estenssorismo, el sector asociado de Aníbal Aguilar, los militantes antiguos y por supuesto, los amigos del doctor Siles Zuazo, que es la expresión clásica del nacionalismo revolucionario. El MNR que quedó en Bolivia ha formado un Comando Colectivo.

La compulsa de versiones señala que el Comando Colectivo, presidido por Fernando Alvarez Plata, responde a la tendencia de Siles y Ñuflo Chávez. Alarcón afirma que el Comando "se integra con la tendencia paz estenssorista que dirigen el doctor Guillermo Jáuregui, Guillermo Alborta y Juan Valdivia", pero el mismo doctor Jáuregui me dijo que las discrepancias todavía son hondas y que el Comando puede entenderse simplemente como la expresión del silismo, comprometido en el golpe de noviembre y ahora en busca de una salida opositora.

Cuando le pregunto la opinión del Comando sobre el pacto de unidad insurreccional que se menciona en Mon-

tevideo entre Lechín, Paz, Siles y Chávez, Alarcón se asombra: "Usted me da la noticia". Dice que el programa del Comando es "reunificar, convocar a la Convención y diseñar una política. Los que se fueron, no tienen derecho a opinar". Le indico que Siles y Chávez también se fueron. "Se les obligó a abandonar el país. En cambio, Paz y sus ministros se fueron por su cuenta en noviembre y ha habido un relevo de sus cargos dentro del partido". Naturalmente, termina Alarcón, el MNR del interior participará en las elecciones que convoque la Junta.

El sector paz estenssorista que tiene como portavoz al doctor Jáuregui da la impresión de sufrir aún un hondo trauma político. Sus portavoces me entregaron un memorándum, que traza la interpretación dada por el sector a la situación presente. Puede resumirse así:

—La Rosca preparó el golpe militar, movilizó a sus partidos políticos (PURS, Falange, PL) y "tuvo la habilidad de poner contra la Revolución a los llamados partidos de izquierda... y finalmente al sector del MNR encabezado por Siles Zuazo".

—Si Siles y Lechín "no hubiesen aportado sus masas, no se hubiese producido el triunfo militar". "Los partidos de la llamada izquierda traicionaron al pueblo, al que habían levantado en armas, al no tomar el poder y al entregarlo en bandeja de oro a los militares".

—"La revolución boliviana es una revolución democrática popular, a lo más. No es socialista. Pero, si se prolonga el actual estado de cosas, en el futuro la revolución boliviana se radicalizará y se convertirá en revolución socialista, con moldes castristas".

Muchos de estos conceptos, como se verá más adelante, coinciden con los que me expresó en Lima Víctor Paz Estenssoro. Otros, demuestran la timorata mentalidad del MNR interno, que procura nada menos que ofrecerse como garantía de la paz social y del **status**. De todas maneras, su comparación con las declaraciones de Guevara Arze, es ilustrativa. También llama a la reflexión el reconocimiento de "un pueblo en armas" contra el gobierno, en noviembre .

Desde nuestra llegada, los periodistas uruguayos insistimos ante el capitán Víctor Aguilar, Director de Informaciones de la Presidencia, para que se nos permitiera

visitar el campo de confinamiento político de Puerto Rico, en la zona amazónica de Bolivia. La cortesía y la cordialidad del capitán Aguilar pudieron diferir algunos días nuestro deseo. El lunes 9 de agosto, los diarios de La Paz anunciaron la detención de Mario Diez de Medina (h), que había sido diplomático en Montevideo. Junto con otros ciudadanos (según el Ministro del Interior) estaban siendo encaminados "a un campo de confinamiento en el Norte". Yo había obtenido, antes, la promesa personal de Barrientos en el sentido de permitirnos la visita. Hicimos valer con más vigor nuestro pedido, y el 10 de agosto Dorbal Paolillo y yo (los demás colegas habían renunciado a la excursión) transpirábamos en un destartalado avión militar, durante un trayecto de cuatro horas que mezcló las cumbres nevadas del Illimani y del Huayna Potosí con el monótono sobrevolar de la selva virgen.

Casualidad o deliberación, el programa del viaje impuso llegar a las 17 a Puerto Rico (un mero claro en la vegetación amazónica, adonde sólo se arriba por avión), disponer allí de media hora debido a la inmediata puesta de sol y a los vientos de la zona y pernoctar en Riberalta, una población situada a orillas del Beni, más al norte.

Cuando nuestro avión aterrizaba en la estrecha franja del desmonte selvático, otro bimotor carreteaba hacia un grupo de oficiales que esperaba a un costado. Allí venían los tres nuevos confinados: Mario Diez de Medina, Eduardo Valda Ballivian y Germán Helgueras. Paolillo y yo coincidimos con los tres, que eran conducidos por soldados a un rancho distante. Sin tener en cuenta las objeciones de los militares, nos unimos al grupo y entablamos conversación con los presos. Tomados así, de improviso, Diez de Medina, Valda e Higueras hicieron declaraciones breves pero significativas; Diez de Medina dijo que había sido detenido en el ministerio de Gobierno y torturado con picana eléctrica por un civil extranjero llamado Mario Malenberg (después nos enteraríamos que Malenberg desempeñaba oficio similar en el Control Político del gobierno anterior); Valda, que había sido preso a su llegada de Lima; Higueras que lo había sido en plena calle de La Paz. Coincidieron en que se les acusaba de transportar cartas de Paz Estenssoro y lo negaron. Cuando pregunté a Higueras si había sido torturado, también, dijo: "Prefiero no contestar. Piense lo que quiera". La conversación estaba siendo grabada por periodistas paceños y era presenciada por las auto-

ridades del campo, que no interfirieron en la charla. Cuando nos dispusimos a visitar al resto de los confinados, dije a los tres: "Mañana volvemos a La Paz. Escriban las cartas que deseen, que las llevaremos a sus familiares". Higueras pidió una lapicera a Paolillo y se puso a escribir. Yo entregué a Diez de Medina cartas que me había dado su hermano en La Paz, mientras Higueras me daba la dirección de su familia.

En La Paz, dirigentes de la oposición de izquierda me habían proporcionado una lista de confinados, para cotejarla con los existentes. Constaban en ella 28 detenidos. Con Aguilar y el comandante del campo, nos dirigimos a los alojamientos de los confinados. Puerto Rico es un caserío sin trazado de calles (simples recintos con vallas de madera, en algún caso), con una docena de casillas desparramadas en un claro de la selva, y otros edificios de madera donde residen los oficiales. Los presos viven en unas barracas, con techo vegetal, en aparente libertad de movimiento, constreñida, por supuesto, al perímetro del desmonte. Duermen en camas o cuchetas, hacinados en poco espacio y en condiciones de higiene terribles. En otro rancho cocinan su propia comida, con medios rudimentarios. El clima es abrumador; a esa hora del crepúsculo el calor húmedo pasaba los 40 grados y los mosquitos y el **marihuí** (una especie de diabólica mosca) se prendían en enjambres sobre la piel. La única distracción de los soldados y de los presos es una cancha de fútbol, pero entre el pasto de la zona amazónica acecha el **japuiamo**, un anélido microscópico que se mete en la piel y produce infecciones. La cancha es, así, algo simbólica. Los presos, prácticamente, no salen del recinto de 200 metros cuadrados donde tienen sus viviendas.

Cuando nos acercamos al grupo de confinados, hubo una sorpresa. Uno de ellos, alto, rubio, con una espesa barba, se abrazó con el capitán Aguilar, y cambiaron palabras de afecto. Después el rubio reasumió su expresión y se unió al grupo, que también nos miraba con hosquedad. Con Paolillo, explicamos nuestra presencia y nuestros fines. Vicente Daza Flores, que parecía ejercer cierta autoridad en el grupo, habló nerviosamente: "No queremos hacer ninguna declaración, ni contestar ninguna pregunta. No tenemos garantías". Le dije que procurábamos, precisamente, establecer las condiciones de trato. "Aquí no tenemos garantías", repitió. Después, concertadamente, todos se retiraron a una barraca. Antes, les dije: "Su actitud nos lleva a pensar, entonces, que están su-

jetos a mal trato". "Saquen las conclusiones que quieran", contestó Daza.

Cotejé mi lista con la que pedí a la comandancia. De los 28 confinados, quedaban 14 en Puerto Rico. Los demás, se nos dijo, habían sido liberados. (No pudimos corroborar el dato, obviamente). Tres más, volverían con nosotros a La Paz, en el mismo avión.

En el último cuarto de hora, hablamos con el médico militar de la guarnición. Con interrupciones algo coléricas del comandante y de los oficiales, y también de un civil presentado como el alcalde de Puerto Rico, el médico (un anciano de acento extranjero y de una tozudez excéntrica) insistió en que carecía de medicamentos y alimentación como para mantener a los confinados en buena salud. "Hay, por lo menos, dos casos de enfermedad que requieren el traslado", añadió.

Nos faltaba aún la impresión final del ambiente que impera en el campo de confinamiento. Cuando dejamos al médico, se nos exigió volver al avión, que estaba ya con los motores encendidos. Desatendiendo la orden, corrí hacia la barraca de Diez de Medina, a unos 100 metros, para retirar las cartas. Un soldado armado me alcanzó y se puso a correr a mi lado. Pero los tres detenidos habían cambiado de parecer. Un oficial los acompañaba. Diez de Medina, hablando en nombre de los tres, me dijo: "Pensamos que será mejor que nuestras cartas sean entregadas primero a la comandancia. Las que usted me trajo, también voy a entregarlas, para que las lean. Queremos ajustarnos a los reglamentos del campo". Higueras me dijo: "No hace falta que vaya a ver a mi familia. Yo les escribiré".

Cuando me di vuelta, antes de subir al avión listo para despegar en la pista, la selva amazónica ya estaba en sombras y los confinados, en un borroso grupo, miraban desde las ventanas de sus barracas.

3.- Los meses por venir

"Cuando lo vea en Lima, dígale que aquí ya no tiene nada que hacer", me indicó el general Barrientos. "Lo echaron por teléfono", dice su ex correligionario Walter Guevara Arze. "Mal salvaje", lo denomina un escritor de Falange en su libro. "Se aisló de la masa", sugiere un exiliado boliviano en Montevideo. "Estaba entregado a los americanos", dictamina Alberto Bayley, director del diario católico **Presencia.** "Aquí, en los últimos tiempos, el régimen policial no dejaba respirar", recuerda un agrónomo uruguayo (de izquierda) que trabajaba en Bolivia para la FAO. "Permitió que el ejército ocupara las minas", denuncia Víctor Sosa, un dirigente de Catavi. "Sí, se cometieron errores que deben obligarnos a reflexionar", confiesa su partidario Guillermo Jáuregui. Dicterios, acusaciones y reparos se acumulan sobre la figura ausente de Víctor Paz Estenssoro, ideólogo del MNR y último presidente constitucional de Bolivia. El resentimiento de sus partidarios derrotados, el odio inextinguible de una oligarquía que el MNR desalojó del poder, el revanchismo de la oposición política que estaba condenada a no tener posibilidades de gobierno mientras existiera el partido de la Revolución, coinciden ahora en execrar a Paz Estenssoro.

El presidente derrocado, dentro de Bolivia y para muchos de los exiliados, es el gran responsable de la situación actual. A sus trágicas equivocaciones y a sus culpas reales, se añaden además las de todos los otros. En las **élites** políticas de La Paz, en la dirigencia sindical y en los medios universitarios, no encontré a nadie que defendiera abiertamente al hombre que Bolivia aclamaba hasta hace pocos años como su segundo libertador. Tuve que ir al campo, a la comunidad indígena de Lipari, para oír una voz solidaria. Allí en Lipari, donde nuestro Encargado de Negocios Mario Real de Azúa había hecho levantar una escuela en nombre del Uruguay, Santos Mamani —el jefe de la comunidad— se quedó mirando borrosamente hacia las montañas cuando le hablé de Víctor Paz Estenssoro: "El nos dio todo ésto, señor". Mario Real de Azúa me cuenta que en la noche del golpe militar oyó frenar un camión ante su casa.

Eran Santos Mamani y sus muchachos, llorando. "¿Qué ha pasado, don Marito? —preguntaba Santos Mamani—. ¿Qué haremos ahora que han matado al doctor Paz?". La falsa noticia, llegada confusamente a la comunidad, había abrumado a los indios más que todos los vuelcos de régimen.

En ese campesinado indio que cargaba sobre sus lomos, hasta 1953, la herencia colonial del pongaje, vendido con la tierra y los aperos de labranza como ganado en pie, permanece intacta la veneración del jefe del MNR; una actitud irracional, casi telúrica, que confunde el inmemorial arraigo del indio a la tierra con la figura del presidente, con la mano que firmó las leyes redentoras. Santos Mamani, sus hijos y sus nietos, —que antes debían trabajar cinco días a la semana, sin paga, para el patrón— viven ahora en la misma finca solariega que ocupaban los Bedregal, dueños de la tierra. En Ucureña, durante la concentración campesina convocada por la Junta para ratificar los títulos y publicitar el agrarismo de Barrientos, el general vio desfilar ante el estrado carteles increíbles: "Viva Víctor Paz" "Gracias, Paz Estenssoro". Sobre la existencia inmutable del indio boliviano han resbalado las contingencias políticas; estos campesinos propietarios y con fusiles ocultos, quizás no salgan a pelear por las consignas del anti-imperialismo, de la justicia social o de otras entelequias; quizás lo hagan, sí, por la concreta figura del "doctor Paz", que les devolvió la tierra.

Pero los indios —potencialmente, una fuerza social; en la realidad, una mayoría ciudadana no politizada, fácil presa de la demagogía de la Junta, huraña falange que desconfía por igual de obreros y patrones, si son citadinos— no servirán a Paz Estenssoro como la base insurreccional para el regreso que trama desde Lima. Más que el difuso apoyo popular, el presidente necesita de cuadros aguerridos y eficaces, sean sindicales o políticos. Y esos cuadros, atareados en la unidad o en la división, están actuando ya sin Paz Estenssoro.

¿Advierte Paz Estenssoro esta derivación de los hechos? Al regresar de Bolivia me detuve un día en Lima para hablar con el presidente derrocado. Una charla de casi dos horas, hasta la madrugada, me dio la impresión de que Paz Estenssoro —con su metódica organización de profesor liceal— está construyendo recién una interpretación real de los factores bolivianos, adquiriendo una tardía conciencia de la mediatización que el MNR y su propio y poderoso influjo personal hicieron sufrir a la

Revolución de 1952. Sin embargo, todavía no parece haberse dado cuenta de las nuevas condiciones bolivianas; de la fluidez social del país, de la ruptura de los viejos cuadros y de los moldes políticos, de la vertiginosa rapidez con que el instinto popular y las bases sacrificadas por los dirigentes han creado nuevas salidas a la situación contrarrevolucionaria. El exilio, naturalmente, obliga a noticias de segunda mano y a comunicaciones defectuosas. Pero aún lógicamente mal informado de la atmósfera política que se respira en Bolivia, el presidente parece seguir pensando en términos de partido, atendiendo a las ya clásicas divisiones del MNR; a lo que no podrá hacer Lechín, o a lo que decidirá a los exiliados de Montevideo para firmar un pacto unitario; a la forma en que la opinión del interior reaccionará al enterarse de tal o cual posición suya o de Siles Zuazo. Quienes dedicamos muchos días a auscultar esa opinión del interior, coincidimos en un punto: poco pesarán, en los acontecimientos previsibles para los meses venideros —esos acontecimientos que en esta tercera semana de setiembre ya han comenzado a conmocionar Bolivia— los hombres que están fuera del país, aunque se trate de los de primera fila. La historia de las revoluciones y de los regresos, en estos países, enseña que la opresión hace formar nuevos cuadros y nuevas mentalidades en quienes la experimentan. Los que se fueron, pueden volver a encabezar los movimientos cuando no se han ido como se fue Paz; cuando no han parteado al fascismo como hicieron Lechín, Siles o Chávez, al apoyar el levantamiento de noviembre. Hablar con Paz Estenssoro sobre el futuro de Bolivia, sobre posibilidades insurreccionales o sobre su futuro personal, es ingresar a cierta irrealidad que el presidente no parece advertir. Su perspectiva histórica se ha afinado, hacia atrás, como para racionalizar los elementos de su fracaso. No funciona, sin embargo, hacia los acontecimientos venideros.

En su exilio, Paz Estenssoro ejerce una copiosa actividad de publicista. Decenas de cartas salen todas las semanas hacia el interior de Bolivia y hacia media docena de capitales, donde sus ex-ministros y sus correligionarios esperan la palabra del Jefe. Dos folletos —sin pie de imprenta, lo que ha motivado reclamaciones diplomáticas de la Junta— han sido editados en el Perú con su firma: "La obra maestra de los militares restauradores" y "Contra la restauración, por la Revolución Nacional". En ellos, el presidente ha trazado una justificación de su gobierno, a través de la descripción de la

obra revolucionaria, y ha adelantado también una caracterización del régimen militar y ciertas líneas de acción futura.

En esos folletos, el lenguaje de Paz Estenssoro ha retomado un acento perdido hacía mucho tiempo: el de un conspirador, el de un insurrecto. "El pueblo, bajo el cruel terror militar, no puede alzar su voz pero sabe lo que tiene que hacer. La opresión empuja inexorablemente a la rebeldía", dice en uno de ellos. "El cacareo anticomunista —añade— en busca del apoyo extranjero, a la larga, no será suficiente para sostenerlos". En el segundo folleto, redactado con menos pasión, pueden rastrearse las recientes transformaciones de su pensamiento político y algunas coordenadas de tareas prácticas (subrayo algunas frases por mi cuenta): "El MNR está básicamente intacto y tiene vitalidad suficiente para seguir con una actuación trascendental. Si mantiene la posición correcta, en leal representación de las clases que lo componen, combatiendo a la reacción ahora con modalidad militar, podrá continuar siendo el primer actor en la gran aventura de la liberación nacional boliviana. Porque su posición obedece a razones doctrinales y, a la vez, tiene que considerar con realismo las circunstancias actuales, **no requiere ser excluyente en su acción. Al contrario, debe coordinarla con otras fuerzas políticas y sociales afines o que se encuentren en la misma posición de lucha,** para dar mayor efectividad al gigantesco esfuerzo que es necesario realizar. La experiencia de su paso por el gobierno tiene que servirle, **a través de un análisis exhaustivo y desapasionado,** para la formulación de objetivos de lucha de mayor vuelo, de acuerdo a la tendencia de los tiempos. Asimismo, para la adopción de nuevas tácticas que tomen en consideración las transformaciones operadas y las características del momento que vive el país. (...) **La posición de intransigencia revolucionaria, en cambio, permitirá al partido conservar y aún acrecentar su parte más dinámica y con mayor espíritu: los obreros.** Es de primerísima importancia, **que llegue sangre joven a los altos puestos de dirección,** llevando más fuerza vital, a fin de hacer nuevos y más audaces planteamientos para la lucha del pueblo boliviano. (...) **No siendo sólo un acoplado a un régimen política y socialmente antitético, sino el titular del poder,** la realizará (a la obra creadora) conforme a la doctrina en que cree y con soluciones de valor colectivo, al servicio de las clases a que debe responder la acción del partido".

Para quienes recuerdan la progresiva apertura de puer-

tas a la ayuda norteamericana, la incorporación de Bolivia a la estrategia del Pentágono, el decreto de agosto de 1964 que permitía una verdadera ocupación del comercio boliviano por las exportaciones de manufacturas estadounidenses, la ruptura con Cuba, el continuismo presidencial, la politización sindical en el sentido negativo del caciquismo y la corrupción administrativa y otras desvirtuaciones del proceso revolucionario, surge con evidencia la forma en que Paz Estenssoro ha repensado su actuación de los últimos años. Esa enumeración es, al mismo tiempo, una inmejorable requisitoria contra los graves errores que condujeron a la liquidación del régimen estenssorista y estimularon el éxito de los militares.

No se equivoca el presidente en las sugerencias que dicta a sus correligionarios, ni en la amplitud unitaria que reconoce como necesidad inicial, ni en la depuración del espíritu revolucionario del MNR. Como dice más o menos Borges en un cuento, "sólo estaban alterados la fecha, el motivo y alguna circunstancia". Estos propósitos correctos de Víctor Paz Estenssoro llegan tarde; son actitudes que debía haber asumido en el poder y no consejos a proporcionar desde el exilio. Sus correligionarios, sus enemigos y los obreros, ya lo saben. Pese a su lucidez retroactiva, él todavía no lo ha entendido.

Paz Estenssoro vive en una casa acomodada de Miraflores, el suburbio residencial de Lima. Sus ventanas dan al Malecón, donde rompen las olas del Pacífico. Un patrullero policial, con varios agentes, monta guardia las veinticuatro horas del día frente a su puerta. Dentro, los espaciosos ambientes están amoblados con elegancia y en las paredes cuelgan óleos de pintores bolivianos. El presidente me recibió cerca de medianoche, cuando ya la familia se había retirado al piso alto. Ha encanecido mucho, desde la última vez que estuvo en Montevideo, pero su mirada sigue aguda detrás de los gruesos lentes y la voz calmosa continúa analizando los problemas con el desapasionamiento destinado a un teorema. Este hombre que encabezó una nación revolucionaria durante doce años y ha conocido las más altas dignidades, conversa sin embargo con la misma informalidad y llaneza con que lo hacía en el Sorocabana, durante su exilio de 1945. Para él, el examen de la política parece reducirse a un ajedrez sin fervor, a una rememoración algo melancólica. ¿Es éste —me preguntaba, escuchándolo—

el mismo hombre que hizo pedazos la unidad de su partido y tentó al militarismo, para conservarse en el poder?

En las primeras frases, se interesa por los bolivianos de Montevideo. ¿Qué hace René Zavaleta? Me habla de las dificultades que encuentra en comunicarse con ellos, de los problemas documentarios para que los exilados puedan moverse por América. Le digo que en Bolivia me han contado de la presión ejercida por la Junta para que el gobierno peruano lo expulse.

—Estoy enterado —responde. —No sólo ha habido presiones: Barrientos ha ofrecido un precio: que Bolivia abandone oficialmente su tesis tradicional de revisión de los tratados —una doctrina que nos ha permitido siempre mantener abierto el cuestinamiento de los límites con Perú y Chile— con tal de que Belaúnde disponga mi salida del país.

Añade que en ese caso, que podría producirse hacia octubre, estudiaría la posibilidad de radicarse en Montevideo.

Le planteo las preguntas que sus amigos uruguayos le guardamos desde hace años, las que sólo él puede contestar a fondo:

—¿Cuando aceptó la financiación del presupuesto por los Estados Unidos, con los compromisos consiguientes, advirtió que podía frenar la Revolución? ¿Considera compatible la marcha de un proceso revolucionario con el ingreso al esquema desarrollista norteamericano? ¿De un modo general, no fue constatando la mediatización del régimen, a medida que iban cumpliéndose las exigencias económicas o estratégicas de Washington?

Paz Estenssoro no profundiza mucho en las respuestas (¿O no tiene respuestas más profundas, en estos temas?):

—Estábamos en una disyuntiva: parábamos la ayuda y entrábamos en el caos económico, o seguíamos adelante, procurando estabilizar el país, para pensar después en los objetivos finales de la Revolución.

—¿No existían posibilidades de recurrir al financiamiento europeo, o al del bloque socialista?

—Recurrimos a él. Luego de la visita de Tito, comenzamos a estudiar trueques con Yugoslavia.

—La ayuda norteamericana comienza a fines de 1953. Los contactos con Yugoslavia son muy posteriores. ¿Y antes?

Se dice en La Paz (me lo han confirmado algunos exiliados), que la Unión Soviética intentó un arreglo con el presidente para alejarlo de la influencia norteamericana. Un informante bien situado me aseguró, inclusive,

que Frol Kozlov viajó personalmente a Bolivia, y se entrevistó con Paz Estenssoro para asegurarle el sostén económico ruso. Ahora, Paz no responde específicamente a esas cuestiones, pero dice algo sorprendente, con la precisión de siempre:

—Reconozco que estábamos demasiado atareados en la estabilización económica y no calculamos el efecto político del acercamiento a los Estados Unidos.

Después, hace un largo silencio cuando le reitero la pregunta sobre las trampas del desarrollismo. En su estilo, la vaguedad o el silencio equivalen a la negativa. Paz Estenssoro, debo concluir, no está convencido de errores en esa materia. Acumula, además, razones que evocan los argumentos de Guevara Arze, días atrás.

—Estábamos seguros de nuestro programa. La minería nacionalizada era la base de nuestra economía, pero el ingreso de divisas resultaba inferior a 20 millones de dólares, menos de la tercera parte del presupuesto nacional. La tarea vital era reorganizarla, rescatar las riquezas, estructurar el comercio y las exportaciones. No transigimos con exigencias norteamericanas que significaran pasos atrás en la Revolución.

Le enumero algunas transigencias conocidas y las aparta con un gesto.

—Desde afuera, esas cosas se juzgaban erróneamente. El plan de desarrollo estaba concebido por nosotros hasta su última línea. Los norteamericanos no impusieron ninguna modificación. Aunque le parezca raro, simplemente aportaron las financiaciones. Mire: lo que les importaba era que no hubiera comunismo. Pero nunca nos tuvieron confianza; nunca nos consideraron sus amigos. Henry Holland, que era un hombre duro, como Mann, tuvo fricciones conmigo. Me sugirió que reforzara el ejército y me negué. Es cierto que cometimos errores. Esos errores nos debilitaron, y cuando nos debilitamos, los Estados Unidos retiraron su apoyo al gobierno.

—¿El golpe, entonces, fue inspirado por los norteamericanos, a su entender?

—Totalmente.

—No se hizo en veinticuatro horas. ¿Sus servicios de Inteligencia no le advirtieron sobre la connivencia de Barrientos con el Pentágono? Después de todo, Barrientos fue su ministro y su vicepresidente.

—Algo sabíamos. Pero la forma de controlar a Barrientos era teniéndolo adentro. Ahora pienso que en algunas cosas nos equivocamos.

Estos **racconti**, con un hombre como Paz Estenssoro,

son inútiles. El cortés reconocimiento de algunas equivocaciones no parece variar las actitudes que las originaron. Es conocida su profunda divergencia con la interpretación revolucionaria del imperialismo practicada por otros dirigentes; Castro, por ejemplo. El estilo político de Paz es el de un líder civil, el de un político de cuello y corbata, al que se añadiera la prudencia y la morosidad de un profesor. João Goulart más Juan Pivel Devoto. Es más útil ir hacia adelante.

—¿Qué va a pasar ahora, en Bolivia?

Primero, me define su opinión de la Junta Militar y sus cabezas:

—Barrientos tiene los días contados. Ovando es el hombre fuerte, el que dará el puntapié a los demás. Hay que mirar hacia él, vigilándolo. Después tener en cuenta que la Junta no es un fenómeno aislado, sino un síntoma de un militarismo continental que va ocupando el poder. Detrás del golpe, estaba la complicidad de los gorilas. Los agregados militares de Argentina y Brasil colaboraron directamente en el levantamiento.

—¿Y el norteamericano?

—Lógicamente, debe haber participado.

—¿Considera posible esperar a una normalización por medio de elecciones?

—El terror que ha desatado la Junta, las masacres de obreros, hacen imposible creer en esa salida. El repudio popular a los militares es unánime. La violencia engendra la violencia.

—¿Qué papel cree que corresponde a ustedes los exiliados, en los futuros acontecimientos?

—Ante todo, trabajar de firme por la unidad. Hay que superar las divergencias pasadas, olvidar los resentimientos personales y presentar al pueblo boliviano un programa práctico, atractivo, que esté de acuerdo con las necesidades actuales. Dígalo a los bolivianos de Montevideo.

—¿Un programa insurreccional?

—Digamos, un programa que dé respuesta viable a lo que exigen en este momento las bases obreras y campesinas.

—¿No considera que los errores del MNR pueden dificultar la unidad interna para una acción opositora?

—El MNR ha recibido una gran lección, y se ha depurado de sus elementos negativos. Los dirigentes hemos advertido también lo necesario de un cambio de mentalidad.

Cuando se introduce el tema, Paz no se niega a hablar

de Lechín, de Siles Suazo o de Chávez. Narra sus enfrentamientos y la actitud de los tres durante la crisis de noviembre. Pero define todo eso como "historia superada"; "Ahora, hay que llegar al pacto".

A la una de la mañana, mientras la llovizna cae sobre Miraflores, Paz Estenssoro telefonea para que un taxi venga a buscarme, y conversamos todavía unos minutos esperando el coche. Me dice algunas cosas, "que no son para que las publique". En su sinceridad, ellas corroboran mi impresión general: Paz Estenssoro sigue pensando en que Bolivia espera todo del exilio, y ese error será corregido muy pronto, cuando los acontecimientos internos estallen sin tener en cuenta las dilaciones, ni las difíciles conjunciones de los que se fueron.

A lo largo de esta crónica —a veces con excesiva minuciosidad, a veces simplificando datos, prefiriendo en lo posible la descripción periodística a las pretensiones del análisis político— he tratado de transmitir, sobre todo, lo que asalta de inmediato al visitante de Bolivia: el clima de provisoriato ineficiente y tozudo en que vive el gobierno, la oculta pero inconfundible presencia norteamericana en los resortes de la vida nacional, la atmósfera de desorientación que reina en los partidos políticos desarticulados y expectantes, la sorda rebeldía y la violencia que se incuban en las masas proletarias abrumadas económicamente por las medidas de reajuste. (No sería completa esa relación, si no le añadiera, en un plano de estricto reconocimiento de hechos, una constancia: la forma correcta en que el gobierno militar cumplió la promesa hecha previamente sobre libertad y facilidades de desplazamiento y de entrevistas, dentro del territorio boliviano).

Cablegramas de los últimos días, han informado sobre el comienzo de una situación que se preveía perfectamente en la época de nuestra visita (agosto). La Junta Militar ha debido dictar una Ley de Seguridad del Estado, que no sólo restablece la suspensión de garantías constitucionales, sino que instaura en forma cruda y descarada la represión militar y policial sobre todo tipo de oposición política. El Ministro de Gobierno, Quiroga Terán, (célebre por sus **gaffes**) ha hablado ayer de que esa represión incluirá las matanzas que hagan falta. El rostro afable de René Barrientos, el fascista simpático, ha dejado lugar al ceño lúgubre de Quiroga Terán, el fusilador de El Alto. Los asesores en re-

laciones públicas que el Departamento de Estado colocó para dirigir a los generales despavoridos, son suplantados ahora por los uniformados sargentos (con reconocimiento del grado de coronel, ante los bolivianos) que el Pentágono exporta para combatir guerrillas y levantamientos populares.

Como en el Brasil, como en Ecuador o en la Argentina, los esquemas norteamericanos para enchalecar los procesos revolucionarios de estos países empiezan a reventar sus costuras; los buenos modales, las promesas electoralistas y de "normalización institucional", desaparecen. Frente a esas situaciones comunes —que tienen de positivo, por lo menos, la eliminación de la hipocresía y la clara división de los campos— la oposición política boliviana ha contraído una grave responsabilidad.

El MNR está descabezado en sus líderes, disperso en sus cuadros sindicales, raleado en sus bases por las deserciones y el terror gubernamental; sin embargo, sigue constituyendo la estructura política más importante del país, el instrumento de toda actitud opositora. Sin él, ningún partido podrá hacer nada; ni siquiera la izquierda sindical que ahora dirigen decididamente el POR y el partido Comunista. Al mismo tiempo, no parece posible que el MNR adopte decididamente la línea insurreccional —única salida que la Junta ha dejado a la oposición— con sus actuales dirigentes: tanto la vieja generación del exilio, viciada por errores y culpas, como los segundones cuyo único mérito es haber permanecido dentro, pero que no se muestran capaces de la amplitud de miras y de la audacia de posición que reclaman las bases. Falta de autoridad moral para indicar caminos, en el exilio; indecisión y divisiones timoratas de pequeño-burgueses en el interior; tal la impresión que proporcionan los cuadros oficiales del MNR.

Al establecerse públicamente la represión como ha ocurrido esta semana, las combinaciones electorales, los frentes y la redistribución de cargos que constituyen desde mayo el tema de la oposición política, han quedado sin significación, desconectados con la realidad de un clima insurreccional que brota vigorosamente desde el pueblo. No veo de qué otro modo que aceptando con humildad ese mandato, yendo a la unidad en las bases, despojándose de ambiciones personales y constituyéndose en intérpretes de esa voluntad (que, además, impone reanudar sin trampas el proceso de la Revolución interrumpida y afirmar previamente un claro anti-im-

perialismo), pueden las nuevas generaciones del MNR (y sólo ellas) cumplir con la tarea que la hora les impone.

CHINA
ANTE LA GUERRA

MARCHA — 20/V, 17/VI/1966

Una vez escribí, al completar la publicación de la serie que estas notas integran: "Supongo que todo el que intente reducir a la escritura la inasible experiencia de una visita a China, llegará a la misma insatisfacción y al mismo desasosiego. Quizás el asunto impone al propósito la misma vastedad y desmesura del experimento humano que China alcanza a su atónito recién llegado. No es fácil asistir —aunque sea con fugacidad, en un débil atisbo de testimonio— al alumbramiento de una sociedad nueva, quizás de un mundo nuevo a escala del planeta."

Con el estado de espíritu que reflejan esas frases recorrí a principios de 1966, durante muchas semanas, el campo y las ciudades de China Popular. En lo que conversé, en lo que fotografié y en lo que fijé en la memoria traté de soslayar estadísticas, datos prefabricados o versiones oficiales. Fui con la idea —y esa resultó una de mis pocas decisiones y opiniones previas sobre China que sobrevivieron al enfrentamiento de su realidad— de observar al individuo común y estudiar su reacción ante un mundo occidental que lo ha alienado y, por ahora en teoría, decreta la necesidad de su aniquilamiento. En las notas que siguen, quise reflejar dos caras de esa reacción —en el pueblo y a nivel de gobierno— ante un mismo hecho.

1.- El trauma chino

A la semana de vivir en Pekín, hace un año y medio, Juley Roy escribía en **L'Express** palabras de desencanto: "Durante algunos días creía que tenía fiebre. Sufría sin saber de qué. No veía más que millones de hombres tirando de carros de mano. No oía más que el aullido de las locomotoras y las bocinas obsesionantes de los coches. Empujaba las ventanas enrejadas de mi cuarto, para convocar el aire que me faltaba. Sin atreverme a confesarlo, me ahogaba. ¿De qué? De vivir fuera del mundo."

Posiblemente sin recordarla, Roy confirmaba en cierto modo la vieja observación de Simone de Beauvoir: "Cuando la burguesía grita que se acaba el mundo, es que se acaba el mundo de la burguesía." Jules Roy estaba fuera de su mundo, que en esa lejanía cobraba el carácter de único valedero. Los hábitos cotidianos, la sensación confortable de pertenecer a una clase que protege nuestras prerrogativas de intelectual, hombre de negocios o artista, estaban sofocados en China, imposibles de ejercer debido a la simple inexistencia de las condiciones occidentales de vida. Pekín traumatizaba al periodista y le hacía postergar su objetividad y hasta sus simpatías de liberal ante una revolución socialista.

Las quejas del occidental Roy atrapado en el otoño neblinoso de Pekín, pueden bordear la puerilidad: "En Pekín, capital de China, no se sabe nada de lo que pasa en China. La radio y la televisión no difunden más que música y visitas de laboratorios, de casas-cuna y de museos. Aquí no está en venta ningún diario occidental... En Pekín me descubro con terror a años-luz de lo que constituye en mi país el amor de los hombres y de la vida." Es decir: Roy, el intelectual europeo, descubre con pavor (porque lo vive por primera vez) el drama de la alienación, esa condena que el capitalismo ha arrojado sobre los millones de hombres que constituyen sus estratos desposeídos. La sociedad occidental —por lo menos en sus mecanismos intrínsecos— está hecha para las minorías que Roy integra; el resto de sus miembros permanece ajeno porque las finalidades del proceso no los contemplan, a no ser como objeto de lo que Herbert Hoover llamaba —cuando era ingeniero de minas en China— "la gran ciencia de extraer el mayor dinero posible de otro ser humano." La sociedad socialista — más, aún, a la escala gigantesca de China, a la medida de su inhumanidad transicional— está hecha para esas mayorías omitidas y rechaza con dureza a quienes no son sus destinatarios. Aceptar esta noción puede ser una de las claves para entender en algo, desde una posición occidental, el fenómeno de un país que, con 700 millones de habitantes, arranca hace sólo diecisiete años desde el feudalismo agrario, la esclavitud industrial y un cuerpo social descuartizado por el colonialismo y llega a ser la nación soberana, unificada y orgullosa de hoy, donde todos comen, se visten y se educan a la medida de sus necesidades.

Lo que llamo "el trauma chino" está compuesto de los hechos que Roy enumeraba verazmente. Yo también, al segundo día de vivir en el Hotel de las Nacionalidades en Pekín, desarmaba frenéticamente con un destornillador los marcos de tela metálica que en las ventanas parecían retener el aire y el paisaje; por la noche, procuraba con avidez que nunca sospeché escuchar las transmisiones en inglés de Radio Tokio o de La Voz de América desde Okinawa, porque en medio de la acostumbrada propaganda podía rescatar las inflexiones de un idioma conocido o alguna noticia de la América Latina lejana. Habiendo pasado por el trauma chino, reconozco que el observador de mentalidad occidental (digamos, un periodista) debe añadir a la objetividad, a la receptividad y a la equidad de juicio

que usaría para otros países, un esfuerzo adicional en el caso de China; el que significa despojarse temporalmente de toda una modalidad de existencia y entrar voluntariamente en otra. Estos ritos de iniciación no incluyen solamente los rubros que preocupan a Jules Roy. Podremos acostumbrarnos a no leer todas las mañanas diarios que informen sobre nuestro mundo, aceptaremos finalmente como manjar delicado las fetas de huevos cuya putrefacción se provoca enterrándolos en cal y barro durante un año, o descubriremos que andar en mangas de camisa, sin corbata o con zapatillas de fieltro, puede ser la vestimenta adecuada para toda ocasión, inclusive la entrevista con ministros.

Pero esos acondicionamientos deben ser complementados con otros menos superficiales. Por ejemplo, hay un **tempo** chino para todas las cosas, donde las gestiones, las resoluciones y los plazos de decisión se cumplen a un ritmo que no es el nuestro. Quienes intenten incluir en su jornada china la diversidad y multiplicidad de asuntos que acostumbran en Occidente, sólo obtendrán una frustración deprimente y la desorientación de los funcionarios y los amigos que debieron asistirlo.

El extranjero choca irremisiblemente contra esa barrera invisible, verdadero campo de fuerza donde gira un universo de valores distintos. Y sin embargo, si acepta ese ritmo que no es el suyo —desde las entrevistas a las visitas de museos, desde la lectura de un poema hasta la ceremonia de una cena— encontrará que en esta sociedad aparentemente inhumana ("sin el amor de los hombres y de la vida", como decía Roy) hay una lenta y entrañable fruición de los logros, de la fraternidad, del arte o de la política.

En las terrazas agrícolas de Yenán (esculpidas en la piedra rojiza que forma las montañas de Shensi, colmadas penosamente viaje a viaje con la tierra fértil del llano que está mil metros más abajo) un atardecer encontré a un viejo arrodillado entre las espigas verdes del trigo. Era en la cumbre y comenzaba a soplar el viento frío del noreste; el sol se ponía detrás de la milenaria Pagoda del Tesoro y los campesinos habían regresado a sus cuevas labradas en la roca viva. El viejo se confundía casi con la sombra de la montaña y cuando me acerqué más, descubrí su tarea: con un cuenco de barro sacaba agua de un odre que había transportado a la espalda y regaba solícitamente los tallos de trigo, uno a uno. Miré a lo largo de las dila-

tadas terrazas que rodeaban la montaña y que se prolongaban infinitamente en el paisaje. El viejo sonrió, entendiendo mi perplejidad. Después dijo: "Las mías son éstas, solamente." Y señaló cinco hileras de espigas, unas cien plantas. Ya todos los comuneros estaban en sus hogares y la jornada ("ocho horas para la labor; dos para la discusión política", como recomienda el Partido) había terminado. Pero aquel viejo, sin que nadie lo obligara, había vuelto a subir a la montaña para regar las filas de plantas de que era responsable y se demoraba en la tarde, complacido. En las interminables terrazas organizadas como jardines, decenas de miles de otros comuneros se encargarían de otras plantas. Este viejo había reducido la desmesura del tiempo y del espacio a un acto de creación individual; en su sonrisa descubrí a la vez el orgullo de ese acto y también la seguridad de integrar un esfuerzo colectivo cuyo sentido le había sido revelado.

Los chinos parecen haber descubierto un nuevo metabolismo del cuerpo social, otra velocidad de circulación de sus fluídos, otros procesos de asimilación y producción de energía. Cuando se llega a entender esa noción diferente, el tiempo deja de ser un obstáculo y se convierte en un instrumento. Engranaje de una imponente maquinaria, el hombre chino es, a la vez, el conductor del mecanismo. Ha renunciado a las evidencias superficiales del individualismo, como se entiende en la sociedad capitalista: el **status** otorgado por las posesiones materiales, la vestimenta, aún determinados rasgos del espíritu. A cambio, la organización socialista del trabajo y la capacitación política le han otorgado una confirmación más profunda de su condición de individuo: el conocimiento exacto de que su acción determina realmente el proceso revolucionario; la seguridad sobre medios y fines que da el manejo de una ideología.

Quizás el chino no sea libre en el sentido que Occidente otorga al término; quizás lo sea en otro plano, al haber descifrado finalmente su función dentro de la sociedad, al haber adquirido la certeza de que integra un proceso de liberación colectiva que es irreversible; al sentirse, como ha dicho alguien, protagonista de la Historia y no su objeto. En China, la combinación de ese **tempo**, que otorga al flujo y reflujo social una sabiduría milenaria, con el método crítico proporcionado por la dialéctica marxista-leninista, ha convertido al hombre en un tranquilo dominador de todos

los procesos en que interviene, y nadie se plantea dudas al respecto. ¿Podemos decir lo mismo en Occidente?

Ninguna crónica de China puede alcanzar una eficacia demostrativa si no entrega a sus lectores una clave de interpretación. Los relatos pueden ser demasiado fabulosos, las cifras exorbitantes, la psicología de los protagonistas irritante o incomprensible, las políticas oficiales fácilmente siniestras o paranoicas, si no se ha establecido esa advertencia.

La situación china es atípica en relación a cualquier nación de la actualidad. Esa atipicidad debe sumarse a las condiciones de carácter que he citado, para completar las claves. Salvo China, ningún país ha decidido aceptar como un hecho necesario y positivo la guerra nuclear; ningún país existe en los planes de las demás potencias como el inevitable enemigo a destruir; ningún país afronta una indecible tarea de desarrollo económico-social sin contar en absoluto con ninguna clase de ayuda y financiamiento exterior; ningún país debe combinar un aislamiento geográfico y político tan abrupto con un ecumenismo tan ortodoxo a propósito de la revolución mundial y del combate anti imperialista.

Y aún teniendo en cuenta todos esos factores, faltarán todavía al observador ciertos datos que acostumbra a obtener en otros países: una estadística al día, el conocimiento de la estructura del gobierno y de sus órganos delegados, el proceso que siguen las decisiones dentro de los grupos de poder, la composición y jerarquía de esos grupos. Así, el único elemento de juicio que el visitante extranjero puede manejar integralmente es el propio pueblo chino.

Amable, ingenuo, susceptible, politizado hasta el sectarismo, xenófobo en algunos niveles y fraternalmente internacionalista en otros, odiando visceralmente al norteamericano, sensitivo a la amistad, ciegamente confiado en la sabiduría de sus dirigentes, el pueblo chino ofrece un fascinante experimento de convivencia.

Las cuatro o cinco semanas de mi estadía y las dificultades de integración al medio hicieron que procurara examinar a los chinos sólo en relación a una actitud básica, la que el país adopta ante el hecho que China considera inevitable y cercano: la guerra con los Estados Unidos, a escala atómica y total. Porque la guerra es el obsesionante punto de referencia de la vida china. Ha condicionado no sólo las políticas que el gobierno proyecta en el exterior; influye también en el funcionamiento interno del país; determina la mo-

dificación de los programas educacionales y del cultivo de la seda; obliga a crear nuevas técnicas artesanales y a diseñar tipos distintos de maquinaria pesada; encamina y sustituye íntegramente escuelas literarias y artísticas, transforma la estética teatral y las tradiciones de la danza; obliga a un país en subdesarrollo agrícola a fabricar aviones supersónicos que igualan a los aparatos similares de los Estados Unidos y a construir microscopios electrónicos, prensas hidráulicas de 12.000 toneladas o computadores, con métodos que, al no poder basarse en las normas técnicas occidentales o soviéticas, se originan en la intuición de obreros semiletrados; hace que en menos de dos décadas el armamento del ejército pase de las alabardas de la Gran Marcha a la bomba atómica.

Preferí descubrir esa honda transformación no en las estadísticas atrasadas o en los textos oficiales, sino en la mentalidad de la gente común. Al fin de cuentas las guerras —por lo menos las victoriosas— tienen que contar con el consentimiento de la gente común.

Tuve que liberarme, por supuesto, del trauma chino. Como en el proceso de una gripe, debí pasar por el período de incubación y el de crisis. Y en el caso de China, las primeras impresiones no son las determinantes.

Cuando se cruza desde Miami, México o Londres a La Habana, la grisura del paisaje urbano de una sociedad socialista (faltan los estímulos visuales de los anuncios luminosos, de los escaparates, del tránsito motorizado y moderno, de las mujeres lujosas) puede deprimir al observador desprevenido o frívolo. En Berlín, cuando el extranjero sale de la Kurfürstendamm occidental constelada de luces, debe atravesar la horrible zona de casas muertas, campos minados y alambradas que enmarca el Muro y anticipa una tétrica imagen del socialismo. Pero en Asia, cuando el viajero, después de una hora de tren, camina desde el pequeño puesto fronterizo de Lo Wu, en el territorio británico de Hong Kong, a la estación blanca y reluciente de Shengcheng donde flamean banderas rojas y un tren de alegres vagones verdes espera en el andén. China aparece ante el visitante (sobre todo, si hay sol) como una comarca encantadora y cordial.

Se viene de la escualidez de Hong Kong, de los miles de desocupados viviendo a bordo de sampanes en los malolientes pantanos del Aberdeen, de los soldados borrachos de las **Special Forces** de Vietnam, que están

pasando su licencia en el hotel President, de la fabulosa prostitución nocturna, del trato levemente brusco de los policías británicos, que en Lo Wu despiden con inocultable desprecio a los **fellow travellers** decididos a entrar al Infierno Rojo sin tener, evidentemente, ni siquiera la plausible razón de ser hombres de negocios británicos.

Me atrevería a decir que cambia hasta el paisaje. No es tan absurdo: los métodos de cultivo, la arquitectura rural, los **posters** de las carreteras, obedecen de un lado a la rutina capitalista y del otro a la planificación del socialismo. En Lo Wu, las jóvenes campesinas descalzas, con sus sombreros de paja circundados de un velo negro, se encorvan bajo pilas de diarios viejos que venden a los viajeros de tercera para suavizar los bancos del tren; en Shengcheng, cada metro cuadrado de tierra muestra sus hileras de trigo o arroz y, en medio de ellas, los cultivos complementarios de lechugas o soya. A lo lejos, además, las mágicas montañas azules de Nailing encuadran un río de tarjeta postal y el espejo cuadriculado en verde de los arrozales.

El tren hasta Cantón era cómodo y el jarro de té verde con flores de jazmín que la muchacha guardatrén depositó en mi mesa estaba construido de porcelana azul con bellos dibujos de fénix y dragones. Cantón fue sólo un fugaz vistazo a través de las ventanillas del automóvil polaco, con calles hormigueantes y edidificios relucientes bajo la lluvia, en el camino al aeropuerto. El flamante Britannia a turbo-hélice que me llevó a Pekín en cinco horas tenía asientos de brocato; la azafata, de infaltables pantalones anchos y trenzas, obsequiaba con abanicos de sándalo y canastillas de mimbre rebosantes de **li chi**, esa fruta extraña y deliciosa que parece provenir de otro planeta y es el orgullo de la provincia de Kwantung.

En Pekín, el encanto persistió esa noche. Desde el aeropuerto, el automóvil rodaba por una excelente autopista bordeada de espesos álamos y al desembocar en la anchura inconcebible de la avenida Chang Han, las tribunas doradas y rojas de la plaza Tien An Men, las columnatas del Palacio del Pueblo y los tejados verdes y poblados de dragones que coronan el blanco rascacielos del Museo de las Nacionalidades, junto a mi hotel, fueron un tableteo de imágenes hermosas o sorprendentes.

El proceso infeccioso del trauma chino comenzó recién a la mañana siguiente y siguió su evolución lógica.

La primavera pekinesa amanece a las 5. Desde antes, los altavoces de las fábricas y las escuelas comienzan a emitir consignas, himnos o editoriales del **Renmin Ribao, o Diario del Pueblo.** Desde las ventanas clausuradas por las telas metálicas yo divisaba en las veredas del hotel a los obreros madrugadores, que cumplían lentos ejercicios gimnásticos bajo los álamos nuevos. Sin llamar, con la acostumbrada familiaridad que mozos y camareros chinos usan con sus parroquianos (en un restaurante es normal que un mozo intervenga en la conversación de un banquete o interpele a un orador que hace un brindis; aún, como me pasó en Sian, que tome una copa y se una al homenaje) un camarero de brillante sonrisa entró con el gran termo de agua caliente y tazas limpias para el té amargo de la madrugada. Más tarde, en el hall del hotel, no encontré diarios extranjeros; el café del comedor era agua tibia y levemente ocre; en ninguna tienda de Wang Fu Chin, la gran arteria comercial, existía film de 8 mm. para mi cámara. El régimen que oprimió a Jules Roy continuó haciendo su efecto durante los próximos días. Desde el aeropuerto (y hasta que, cinco semanas después, rehice el trayecto de Shengcheng a Lo Wu y me paré en el andén británico a mirar las dos figuritas de azul que agitaban sus manos detrás de la frontera) Wang Chen, el intérprete, y Shui Chi-shen, miembro de la Asociación de Amistad Chino-Latinoamericana, fueron mis inseparables compañeros. En esos primeros días, todavía no había encontrado las claves de la convivencia. Wang y Shui eran sólo unos corteses e indespegables jóvenes que aparecían en mi cuarto a cualquier hora —preferentemente, cuando estaba bañándome— se enfrascaban en interminables explicaciones muy parecidas al adoctrinamiento más ingenuo y nunca obtenían las entrevistas que yo necesitaba.

Supongo que a Roy, como a cualquier extranjero que caiga en manos de la hospitalidad burocrática china, le pasó lo mismo. Una visita a un museo estaba integrada, invariablemente, por un complicado ceremonial donde yo tenía que ser recibido en la vereda por un vice director como mínimo, espaciar la recorrida de las salas con varios períodos "de descanso" —que consiste en retirarse a un gabinete espléndidamente alhajado a tomar té amargo y cambiar lánguidas cortesías, y una despedida igualmente bombástica en la vereda, previo obsequio de insignias. En un mes visité doce museos; nunca pude obtener la pequeña gracia de que me dejaran

visitar alguno solo, de incógnito, sin recepciones ni té amargo; de todos tengo insignias y un vago recuerdo de rostros corteses e idénticos, repitiendo las mismas fórmulas.

En esos primeros días de Pekín, el complejo de incomunicación humana llegó a ser obsesionante. Todo se desarrollaba según fórmulas y había demasiados obstáculos entre mi plan de contactos y la gente: el automóvil con chofer, el desconocimiento del idioma, Wang y Shui, una agenda de visitas que se me iba comunicando parcialmente pero sin dejarme conocer el programa total. Yo había hecho requerimientos específicos de entrevistas, había pedido confirmaciones o negativas. Nada de eso ocurría, y esa primera semana la fricción de mi tempo occidental con la idiosincracia china me llevó, muy fácilmente, a perder la ecuanimidad. En China no pasaba nada; el sistema, evidentemente, practicaba el alejamiento con los extranjeros; todo era una experiencia ridícula y sin valor. No sabía que, como cuando uno sube al altiplano paceño, estaba sufriendo las consecuencias del apunamiento; que debía acostumbrar mis pulmones a respirar la atmósfera sutil de China.

Sé exactamente cuándo me curé y aprendí a respirar como los chinos, a acompasar mi metabolismo con el de ellos. Fue en la noche del 9 de mayo, y ese motivo no es fácilmente olvidable.

Esa noche, después de la cena a las 6 de la tarde, al estilo chino, subí a la terraza del hotel. El sol se puso detrás del Museo de las Nacionalidades y en la inmensa masa gris de la edificación pekinesa comenzaron a aparecer los puntos rojizos del alumbrado público. Hacia el sur, el bulto colosal de una pagoda blanca aparecía entre un parque. La brisa nocturna levantaba un polvillo impalpable de la tierra amarilla y yerma de la planicie, que envolvía a Pekín en una niebla dorada. En la avenida Chang Han se encendieron las luces de mercurio y los enjambres de niñitos de las casas-cuna, en fila y tomados de sus blusas, ya desfilaban hacia sus hogares guiados por las maestras y entonando canciones infantiles. Decidí no ir a la ópera esa noche y telefoneé a Wang para avisarle: me quedaría en mi cuarto, escribiendo. Pero cuando se hizo de noche bajé a la calle y caminé por Chang Han hacia la plaza Tien An Men, donde se levanta la puerta ritual que es a Pekín como la torre Eiffel a París.

La vida nocturna de la capital termina prácticamen-

te a las 9. La inmensa avenida de seis pistas, con su iluminación espectral, sólo estaba habitada por los agentes de tránsito en sus grandes plataformas circulares a rayas rojas y blancas y por algunos grupos de ciclistas que volvían de las fábricas. Caminé despacio, por primera vez convertido en un simple peatón, y aspiraba el olor de la primavera en los álamos y sentía la soledad de la avenida. Entre la ciudad apacible y yo no había letreros luminosos, ni bocinas, ni ruido de gente. Crucé por los viejos palacios y me detuve a mirar la triple puerta del Kuou Yuen, el Consejo de Estado, con sus centinelas.

La caminata duró horas. A medianoche estaba parado en medio de la inmensa plaza de casi un kilómetro de lado, pavimentada con piedras de talla minuciosa. Después atravesé los centenarios puentes de mármol que llevan hacia el Palacio Imperial de la Ciudad Prohibida y miré la luna llena que se reflejaba en las aguas negras de un canal. (Se dice que allí la emperatriz Tseu Hi, de la última dinastía, hizo ahogar al emperador niño, su sobrino.) Los leones de mármol que vigilan los puentes estaban gastados por el roce respetuoso de los campesinos que vienen a visitar Pekín. El único ruido en esa hora de Tien An Men era el trino de los murciélagos revoloteando en torno a las grandes columnas del alumbrado, que tienen catorce globos de cristal y fastuosas guirnaldas de bronce. Consideré con un vistazo circular la Puerta de la Armonía Suprema, que recuerda una tradición milenaria, y la nueva arquitectura socialista: el Palacio del Pueblo y el Museo de la Revolución, que flanquean la gran plaza, el imponente monumento a los mártires de la Revolución, con su centinela adormilado sobre el fusil. Pensé que cuando la dinastía manchú, a fines del siglo XVIII, recibía en estos palacios de la Ciudad Prohibida a los traficantes ingleses, ya los murciélagos giraban sobre el canal de aguas negras. Pensé, equivocadamente: "Están aislados del mundo y no lo entienden. Tampoco quieren que los entiendan."

Ya me volvía y estaba a unos centenares de metros de la plaza, cuando un rumor de automóviles invadió Chang Han. Desde el este venía una caravana de esas anticuadas limusinas negras que los soviéticos impusieron como sello de pompa gubernamental. Eran casi una docena y viajaban a toda velocidad, con las cortinas de seda bajas y las luces interiores encendidas. Cuando el cortejo dobló para entrar bajo las puertas

del Kuou Yuen, los cromados brillaron a las luces de mercurio y los centinelas se cuadraron. El Consejo de Estado se reunía esa madrugada con la presencia de los grandes dirigentes. Me fui a dormir.

A las tres de la mañana, me despertó el llamado telefónico de un amigo: por la tarde, China había hecho estallar su tercera bomba atómica —esta vez con elementos termonucleares— y la noticia estaba circulando desde la medianoche en las redacciones de los periódicos. La bomba de hidrógeno ya estaba, prácticamente, en manos de los chinos.

Cuando me vestí y salí a la calle para presenciar el júbilo y las manifestaciones por el acontecimiento, fuimos con otros latinoamericanos hasta la redacción del **Renmin Ribao.** En la vereda, grupos de estudiantes y obreros escuchaban ávidamente los boletines radiales atronando el cielo, que ya clareaba. Los rostros de los chinos sonreían con orgullo y un mecánico me extendió la edición especial del diario, con la tinta roja de sus títulos aún fresca.

En esa madrugada de Pekín, mientras volvía al hotel con la hoja de caracteres incomprensibles, supe donde estaba, finalmente; en un país que podía ser objeto de la aniquilación atómica ese mismo día, si alguien juzgaba en Washington que había llegado el momento del ataque preventivo; en medio de un pueblo aparentemente condenado a ese horror y que, sin embargo, encontraba valeroso y sereno, unido en su noción nacional y en su fé revolucionaria. Los chinos, con sus palacios detenidos en el siglo XVIII, eran sin embargo mis contemporáneos, porque estaban sometidos a la misma amenaza y la bomba era su común denominador con el resto de la humanidad.

Después, súbitamente, creí descubrir que los chinos tenían razón, y que no comprenderlos era, simplemente, una carencia de observador. ¿Me había abandonado a la onda de irrealidad que proporciona un país donde el plano político está regido por una escolástica que sólo admite valores absolutos, juzga todo con implacable perspectiva histórica y rechaza cualquier juego de matices y reservas como síndrome burgués? Instalado ahora fuera de China, todavía no puedo saberlo claramente. Y sin embargo, mientras miraba salir el sol sobre la bruma dorada de Chang Han y los viejos jubilados realizaban su lenta gimnasia filosófica en las veredas pobladas de álamos, llegué a imaginar otra variante del gran dilema: intuí una posible verdad dia-

léctica: que de la contradicción contenida en el apocalipsis de una guerra nuclear puede ocasionarse, además del exterminio de una civilización (civilización de la que los chinos se niegan a considerarse tributarios; exterminio que quizá no sea el de la humanidad toda, sino el de un sistema occidental de vida) una síntesis que restablezca nuevas formas sociales y otro sentido de la existencia.

Creo que esa mañana me curé del trauma y llegué a rozar las razones finales de la conducta china, pero tampoco de eso estoy seguro.

2.- El tigre agazapado

PEKIN

El Kuou Yuen levanta sus muros pintados con la pintura ritual a pocos metros de la Puerta de la Armonía Eterna. En una de las salas que se abren a los pequeños patios de bancos verdes y pinos retorcidos por los siglos, hay un gran biombo de papel donde un pintor del siglo XVII trazó los contornos brumosos de una montaña sagrada. Frente al biombo, existe un globo terráqueo de dimensiones gigantescas, movido electrónicamente. Sentado entre esos dos extremos de una síntesis de morosa cultura y de impaciente tecnología que China encarna como ningún otro país, escuché hablar durante cuatro horas a Chen Yi, vice primer ministro, ministro de Relaciones Exteriores, y uno de los diecinueve miembros todopoderosos del Buró político, explicando la inevitabilidad de la guerra con los Estados Unidos.

Chen es ahora un anciano socarrón, que fuma sin pausa y estalla en irritaciones fugaces y calculadas para subrayar alguna vituperación de los rusos. Sus manos sorprendentemente pequeñas y delicadas siempre sostienen algo: el jarro de té, una confitura o una mandarina que va mondando con aire pensativo, mientras escucha la traducción de una pregunta. Pero detrás de la máscara bondadosa y de la cordialidad se presiente otra imagen más dura: la del **kuai-tsu-shou**, el joven

lugarteniente de Mao, que cruzó el Yangtzé con el Cuarto Ejército, derrotó muchas veces al invasor japonés y conquistó el Este de China, aniquilando a las divisiones de Chiang y convirtiéndose en mariscal. Esa imagen del guerrero veterano, que ahora languidece entre la diplomacia y los jardines cuidados del Kuou Yuen, es la que corresponde al verdadero Chen Yi. El año pasado dijo a unos periodistas de Hong Kong: "Durante dieciséis años hemos estado esperando que los imperialistas vengan a atacarnos. Mis cabellos se han tornado grises durante la espera. Quizás yo no tenga la suerte de ver la invasión de los imperialistas yanquis a China, pero mis hijos podrán verla y la combatirán". Y esta semana, cuando le pregunté sobre la guerra atómica, sus ojos chispearon entre los párpados protuberantes y semi cerrados: "Cuanto más pronto vengan, mejor".

La China de 1966 (que se dispone a entrar en su tercer plan quinquenal, calcula completar su industrialización en 50 años y tendrá para entonces casi 900 millones de habitantes) cree que enfrenta ahora dos amenazas: la guerra —seguramente a escala atómica, posiblemente contra una coalición occidental que incluiría de alguna manera a la Unión Soviética— y la desviación ideológica. En lo que puede deducirse de la observación directa, no teme a la primera y se prepara con modestia y serenidad para recibirla. En cambio, el riesgo de la desviación ideológica está conmocionando verticalmente la sociedad china. Sus teóricos la llaman "degeneración capitalista del socialismo" y radican el comienzo histórico del problema en Yugoslavia, pero atribuyen la responsabilidad de la epidemia a la URSS y a lo que caracterizan como "la gran tragedia del revisionismo soviético". No es una simple discrepancia de exégesis, una interpretación distinta. Se trata de una verdadera enfermedad social, que puede provocar la involución del proceso hacia el comunismo. "Hemos edificado el socialismo —me dijo Chen— durante 17 años. Ustedes los latinoamericanos, no, porque todavía no han obtenido el poder. Construir el socialismo no es un problema real para ustedes. No pueden darse cuenta de la degeneración del socialismo y de lo que eso representa".

En cierto modo, el riesgo desviacionista aumenta en la proporción en que una sociedad socialista enfrente la posibilidad de una guerra. El revisionismo, dicen los chinos, debilitará el frente interno. Así, su ansiedad

inocultable por investigar las causas de la desviación y adoptar las medidas preventivas, está relacionada con la presencia norteamericana a las puertas de China.

Tuve oportunidad de escuchar largamente la opinión del vice primer ministro sobre estas cuestiones. Después de una reunión en Kuou Yuen con un grupo de latinoamericanos venidos para el 1º de mayo, Chen aceptó un diálogo en privado que se prolongó hasta la madrugada, frente al globo electrónico y entre las caras adormiladas de los intérpretes. Habló solo casi toda la noche. Es un conversador a la manera de Fidel Castro y únicamente la cortesía china disimula su impaciencia cuando las preguntas o las aclaraciones cortan su monólogo. El primer tema fue la guerra, el aislamiento de China.

China, explica el vice primer ministro, es consciente del cerco imperialista: Corea, Taiwan, Okinawa, Vietnam, Tailandia. "Harold Wilson —añade— dijo hace poco que China es el único país que crea disturbios constantemente. Es correcto. Cometemos disturbios constantemente, pero contra el capitalismo. La presión capitalista provoca golpes militares en países que son nuestros amigos, hace romper relaciones y nos acosa. Posiblemente, más países aún rompan relaciones con China. Pero no cambiaremos nuestra política aunque la tierra estalle".

Inflamado, se sienta en el borde del sillón y agita su índice ante mi cara: "No tenemos por qué incorporarnos a los grandes que se reparten el mundo. Hay una mesa tendida y el imperialismo sirve los platos. Nos ofrecen un plato y piensan que China se quedará tranquila, como los rusos, con el reparto de zonas de influencia. Pero si cambiáramos nuestra política, el pueblo nos echaría. Quieren convertir a Kuou Yuen en otro Kremlin. Que aquí surja otro Jruschov, para eliminar la dictadura del proletariado y sustituirla por una burocracia revisionista. Si hiciéramos eso, tendríamos abiertas las puertas de la ONU, nos incorporaríamos al clan de las grandes potencias. Pero, no. Puedo equivocarme en muchas cosas, pero de esto estoy seguro: si abandonamos el anti imperialismo, abandonamos el socialismo".

Después se ríe y enciende otro cigarrillo: "Yo podría lucirme en Nueva York, ser recibido en las Naciones Unidas con grandes agasajos. Pero así, China traicionaría a la revolución y al marxismo-leninismo". Apaga el fósforo con un chorrito de té y prosigue: "'Yugosla-

via fue el primer país revisionista, la URSS el segundo y Cuba el tercero. Podríamos ser el cuarto. Pero jamás ingresaremos al grupo de la coexistencia pacífica, de la agresión y del imperialismo. Queremos mantener el honroso título de perturbadores".

Hago una pregunta: ¿China ha calculado las consecuencias finales de esa postura intransigente? Chen Yi empieza a hablar y de pronto la conversación crea un gran silencio que abarca hasta el susurro de los pinos en el jardín, porque el anciano ha cerrado los ojos y dice cosas terribles. Sus palabras transmiten a la vez la verosimilitud que cobra, aquí en China, el tema casi académico de la guerra nuclear, y la dolorosa conciencia que estos hombres tienen del juego que han elegido: "A China la odian, a la vez, los reaccionarios y los revisionistas. Tenemos que correr el riesgo. Un día, quizás, destruirán a Pekín con su bomba. Norteamericanos y japoneses desembarcarán en China, para borrarnos. No puedo dejar de pensar en esto. Los generales del Pentágono ya lo han dicho abiertamente: quieren atacar las instalaciones atómicas chinas. La última etapa del escalonamiento es China. La dirigencia de China ha examinado este problema. Y los resultados fueron que tenemos que correr ese peligro. Probablemente las ciudades de la costa quedarán destruídas. Calculamos el sacrificio en centenares de millones de seres. Lucharemos treinta años más". Hace una pausa, y agrega una frase meditativa, como si yo no estuviera presente: "Los proyectiles rusos pueden volar un día de Moscú a Pekín. Pekín ya es un blanco atómico..." ¿Qué pregunta agregar a la conversación donde el canciller de una potencia mundial afirma estas cosas y advierte que el holocausto nuclear entra en sus previsiones? Chen completa su declaración: "Tenemos la valentía de Stalin, que dejó llegar a los alemanes a las puertas de Moscú. Ya no podemos retroceder. Retroceder es capitulación. No se trata de propaganda. Es posible que pronto hierva la tierra y que todo se atrase muchos años".

Desde fuera de China, es posible creer en la inanidad de la polémica sobre revisionismo. Los documentos conocidos sólo nos han alcanzado los planteos teóricos, y en ese plano, todo se reduce para el observador externo a una querella que puede mantenerse a un costado de la pugna política real. Leer que los chinos sostienen que la tesis jruschoviana en el XX Congreso sobre la transición pacífica y la vía parlamentaria al socialismo desvirtúa la doctrina de Lenín, o que Deng Siao-

ping no defendió, en realidad, (como afirman los soviéticos) la lucha contra el culto de la personalidad, no revela la profundidad de la brecha real que separa en estos momentos a China de la URSS.

Las afirmaciones de Chen, en cambio, establecen otra medida. Chen habla de la URSS como del enemigo; se ha completado la ruptura, aunque los embajadores sigan en sus puestos. Colocada en su papel de blanco atómico, China ha definido ya a sus amigos y a sus enemigos, posiblemente con el maniqueísmo que da el peligro de muerte, pero también con una frialdad convencida. Hace tres años, miles de asesores soviéticos vivían aquí, en fraternización con los chinos. Las huellas permanecen: la mayoría de los vehículos son rusos; en todas las librerías, hay secciones enteras de textos en ruso, aunque ya no quedan los lectores a cuya intención se crearon. De ese país tan próximo a los chinos a lo largo de medio siglo, Chen habla ahora como del enemigo nuclear. Ninguna prueba mejor de la alienación definitiva que las palabras impetuosas del vice primer ministro.

Y sin embargo, la condenación de la URSS no excluye que los chinos se inclinen sobre su supuesta herejía, tratando de disecar el mecanismo. Hay en esa actitud un sentido de auto defensa: "Antes —dijo Chen— la URSS era un ejemplo para China. Ahora también. Es, usando la frase del camarada Mao, un maestro con signo negativo".

Porque el virus de la epidemia —China lo ha localizado— está en los intelectuales. Cuando pedí a Chen que explicara más en detalle la tesis, contó una anécdota: "Una vez le dije a Jruschov: usted tiene muchas bombas y yo no tengo nada. Pero yo no les tengo miedo y usted sí. ¿Por qué?" Jruschov me contestó: "Porque las conozco". Creo que los rusos han incurrido en la degeneración capitalista, en parte por miedo a la bomba. Pero hay otras razones. En el XX Congreso, Jruschov dijo que Stalin había matado mucha gente. Eso no es importante. Que estimulaba el culto de la personalidad. Eso no es importante. Que era un tirano. Es cosa secundaria. Es posible que Stalin cometiera esos errores. Pero hubo otro más grave. Al estimular la industria y la tecnología (es decir, al trabajo urbano y a los intelectuales), sin resolver el problema de la agricultura, contribuyó al proceso de la degeneración. No adoptó medidas para eliminar los resabios capitalistas

de la intelectualidad. Estaba impaciente por declarar que ya no había en Rusia lucha de clases. Stalin no advirtió la posibilidad del cambio hacia el capitalismo. El pueblo soviético debido a esa política omisa, no estaba preparado para enfrentar el revisionismo. Molotov, Melenkov, Kamenev, no supieron oponerse, y los revisionistas llegaron a la crueldad de quemar el cadáver de Stalin. Después Jruschov utilizó a los intelectuales para restaurar el capitalismo. Y el imperialismo lo apoyó."

Agrega otra frase sorprendente: "Procuramos eliminar la clase intelectual". Hace una semana, el gran poeta nacional Kuo Mo-jo escribía en su autocrítica: "Aunque tengo ya más de 70 años, quiero revolcarme en el lodo y quiero recibir en el cuerpo los estigmas del aceite y de la sangre. Juzgada conforme al criterio actual, mi obra carece de todo valor y debe reducirse a cenizas". La retractación de Kuo, que leí en Montevideo, pareció en ese momento un absurdo. Considerada en el contexto del proceso interno impuesto en China por la dirección colectiva, tiene el sentido de una vanguardia, A lo largo del país, está en marcha lo que se denomina "la revolución cultural" o "la remodelación de la cultura". China no puede caer en el revisionismo, porque arriesga su esencia revolucionaria y una estructura que es la garantía de su enfrentamiento exitoso con la agresión. Entonces debe ir a la destrucción preventiva de los virus de la "degeneración capitalista". Los intelectuales han aceptado su caracterización negativa pero, además, han aceptado su dispersión como grupo social, su reabsorción en la masa. La actitud de Kuo se señala como ejemplo y todo el aparato del Estado se dispone a la tarea que Chen Yi me definió en nuestra conversación: "Para prevenirnos del desviacionismo, estamos procurando eliminar las tres diferencias: entre trabajo manual e intelectual; entre la ciudad y el campo; entre campesinos y obreros".

"Los intelectuales —dice Chen— deben trabajar en el campo y en las fábricas para forjarse políticamente. Porque los intelectuales son la nueva clase, son el peligro. Marx y Engels no previeron esta posibilidad de la degeneración capitalista del socialismo".

Cuando China, a partir de 1949, inició el Gran Salto, sus poetas hablaron del "salto del tigre". Ahora, con el enemigo cercándolo, el tigre está agazapado y expectante. Preparar al país y al pueblo para la posibilidad

aterradora de una guerra atómica, reorganizar su superestructura en consonancia con la amenaza y, a la vez, encarar la enorme tarea teórica de crear las defensas ideológicas contra un revisionismo que considera letal para la revolución, es el objetivo que China se ha impuesto.

INDICE

Advertencia	7
Perón, el prófugo	9
Operación Punta Arenas	21
Con Fidel, en la Sierra Maestra	35
La madurez de un jefe	69
Haedo llega al poder	85
El día que enterraron a Hemingway	105
La mujer que vino a informar	123
El aplazamiento	135
La revolución armada de paciencia	141
Bolivia bajo el Pentágono	153
China ante la guerra	187

Impreso en forma cooperativa en los talleres gráficos de la Comunidad del Sur, Canelones 1484, Montevideo, en el mes de Julio de 1967.
Edición amparada en el Art. 79 de la ley N.º 13.349

CARLOS MARIA GUTIERREZ

Nació en Montevideo a fines de 1926 y dice que se siente más joven que eso, aunque Emir Rodríguez Monegal, en uno de sus últimos libros, insiste en colocarlo dentro de la generación uruguaya de 1945. Aceptando la inserción, ha aceptado también trasladar al periodismo la tarea que se atribuye como característica de esa controvertida Generación del 45: preocupación por el país, relación de la comarca con el proceso político y cultural del resto del mundo, independencia de análisis y una tentativa permanente de examinar los hechos y extraer conclusiones en base a una información previa lo más sólida posible. En los últimos quince años ha aplicado ese método a su trabajo en diversos diarios y revistas. Como corresponsal, ha visitado la mayor parte de los países latinoamericanos, Europa, Asia, Africa, el Medio Oriente y ha vivido en los Estados Unidos; allí, inclusive, estudió técnicas periodísticas en la Medill School de la Northwestern University, pero aclara que no le sirvieron mucho para manejar un tema que considera fundamental: el fenómeno imperialista norteamericano. Actualmente es redactor político del semanario "Marcha" y escribe para revistas especializadas del exterior. Este año aparecerá en España un libro suyo con crónicas sobre su experiencia en la China Comunista y tiene en preparación una biografía del Ché Guevara.